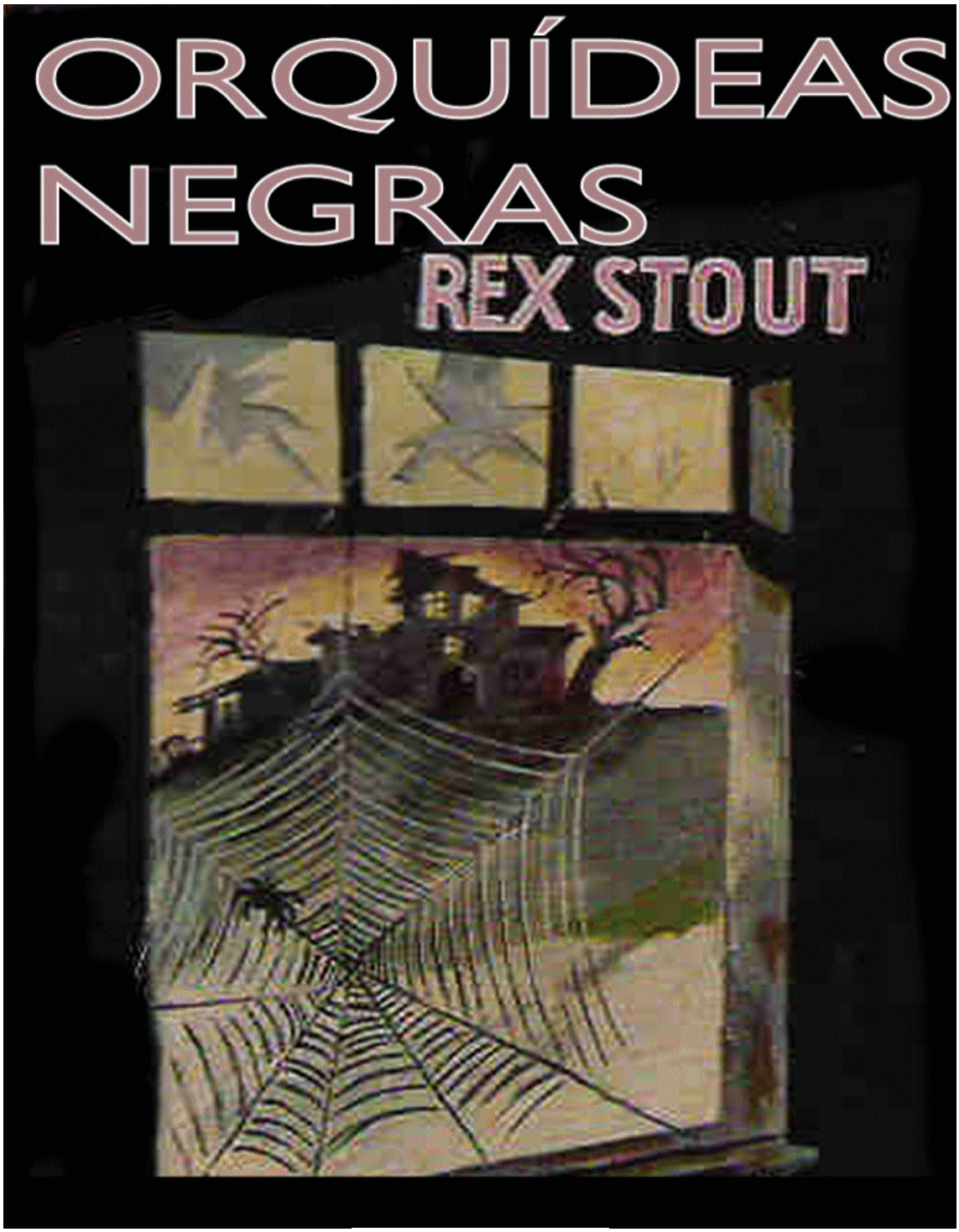
ORQUÍDEAS NEGRAS

Rex Stout



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos
a continuación los principales personajes
que intervienen en esta obra

ARANGO (Pete).
Empleado de Updegraff.

BRENNER (Fritz).
Experto cocinero de Wolfe.

CRAMER
Inspector de la Brigada de Homicidios.

DILL (Wade G.).
De la firma «Rucker y Dill», Sociedad Atlántica de Horticultura.

GOODWIN (Archie).
Ayudante y brazo derecho de Nero Wolfe.

GOULD (Harry).
Jardinero de Wade G. Dill.

HAWLEY (Jim).
Empleado en la Exposición de Plantas.

HEWITT (Lewis).
Millonario, productor de orquídeas negras.

HORTSMANN (Teodoro).
Jardinero al servicio de Nero.

KEEMS (Johnny).
Otro colaborador de Wolfe.

LASHER (*Miss* Rose).
Amiga de Harry Gould.

MURPHY.
Detective oficial.

PANZER (Saúl).
Detective auxiliar de Nero Wolfe.

STEBBINS (Purley).
Sargento de policía.

TRACY (Anne).
Linda muchacha, secretaria de Dill.

UPDEGRAFF (Fred).
Floricultor, componente de los «Invernáculos Updegraff», de Pensilvania.

WOLFE (Nero).
Famoso detective y gran aficionado a la floricultura.

ORQUÍDEAS NEGRAS

Mucho se conjeturó, el año pasado, en bares y cafés, acerca de la forma cómo Nero Wolfe logró apoderarse de las orquídeas negras. Vi tres versiones distintas, impresas; una en el suplemento dominical de un diario, el verano último; otra en una página de comentarios neoyorquinos, hace un par de meses, y finalmente, otra en un telegrama de la Prensa Unida, cuando un manojo de las dichosas orquídeas apareció en cierto funeral celebrado en la Capilla de Belford.

Así, pues, en este libro hay dos casos diferentes de Nero Wolfe, con dos grupos distintos de personajes. En el primero se narra cómo Nero Wolfe echó mano a las orquídeas, y en el segundo, cómo resolvió otro crimen, aunque dejando un punto oscuro, y eso es lo que me desasosiega. Si alguno pudiera interpretar a Nero Wolfe mejor que yo... pero aguardad a leerlo.

Archie Goodwin

CAPÍTULO UNO

El lunes a la Exposición de flores, el martes a la Exposición de flores, el miércoles... ¡Oh, diablos! Vaya una majadería, digo yo, Archie Goodwin.

No niego que las flores son bellas, pero un millón de flores no son un millón de veces más hermosas que una sola. Las ostras son muy ricas para comer, pero no a carretadas.

Cuando el lunes por la tarde, Nero Wolfe me mandó que fuera allí, no lo sentí mucho; de todos modos, ya me lo había esperado. Después de toda la propaganda por la Exposición realizada en los suplementos dominicales ilustrados de los periódicos, estaba escrito que algún miembro de nuestra razón social tendría que ir a echar un vistazo a esas orquídeas. Firtz Brenner, atareado en la cocina, no podía separarse de ella mucho tiempo; Teodoro Hortsmann dedicaba todos sus afanes al invernadero de la terraza, y en cuanto a Wolfe, más pronto se habría conseguido desplazar a la estatua de la Libertad que arrancarlo de su sillón. De manera que yo era la víctima señalada por las circunstancias; y así fue.

Cuando Wolfe bajó, el lunes a las seis de la tarde, de la terraza y entró en nuestro despacho, le comuniqué:

—Las he visto. Me resultó imposible cortar una muestra.

El detective se arrellanó en su sillón y gruñó:

—Ni te lo he pedido.

—Tampoco yo lo he dicho, pero usted lo esperaba. Había tres ejemplares bajo una cubierta de cristal, y el guardián parecía haber echado raíces...

—¿De qué color son? —Negras no.

—Las flores negras nunca lo son del todo. ¿Qué color tenían?

—Bueno. Digamos como un trozo de carbón de piedra, no antracita, sino del de hulla, que por calcinación produce el coque...

—... que es negro.

—Un momento... y le esparce por encima una capa delgada de melaza... eso es, exactamente.

—¡Vamos, vamos! No tienes la menor noción del color que resultaría de eso..., ni yo tampoco.

—Pues iré a buscar un trocito de esa hulla y haremos la prueba.

—No. ¿Es uniforme el pétalo?

Asentí con la cabeza.

—Eso es; carbón de hulla con melaza... Pues sí, el pétalo es ancho, aunque no tanto como el áurea; más bien algo parecido al de la variedad truffautiana; las hojas del cáliz vienen lanceoladas, y el cuello salpicado de naranja...

—¿Presentan algún tipo de marchitamiento?

—No.

—Mañana irás otra vez y te fijarás si los bordes de los pétalos amenazan ponerse marchitos... el síntoma característico de la polinización. Tengo que saber si ese fenómeno ha tenido lugar.

De modo que el martes, después de almorzar, fui otra vez, y a las seis de la tarde le informé de no haber notado indicio alguno de marchitamiento, junto con algunos detalles más.

Sentado ante mi mesa de trabajo junto a la pared, le miré fríamente.

—¿Quiere usted hacer el favor de decirme —le pregunté— por qué se ve siempre el mismo tipo de mujer en las Exposiciones de flores, por lo menos en esa? ¿Será que concurren a ver flores, porque nadie les regala flores a ellas? ¿O es por....?

—Calla hombre; yo no sé. Ve mañana otra vez y observa si asoma entonces alguna señal.

Ya me lo esperaba yo, al notar su mal humor cada vez más concentrado, y todo por esas tres condenadas plantas de orquídeas. La explosión no tardaría. Pero el miércoles fui nuevamente y no regresé a la oficina hasta las siete. Cuando entré, Wolfe estaba tomando cerveza; acababa de llenar su vaso de la tercera botella.

—¿Te perdiste? —me preguntó con estudiada cortesía.

No me enfadé, porque sabía que la ironía era algo sólo a medias; en su estado había llegado al punto de no poder comprender cómo un hombre es capaz de hacer un recorrido de treinta manzanas y volver a la oficina sin perderse. Sentándome en mi mesa, le informé de que no había marchitamiento, y después de echar una ojeada a los papeles que había sobre el escritorio, le miré directamente a la cara, anunciándole:

—Pienso casarme.

No parpadeó en lo más mínimo, pero le vi mover los ojos.

—Para hablar con franqueza —continué—, le hago constar que he vivido por espacio de diez años en esta casa de usted, escribiendo sus cartas, protegiéndole contra todo daño y perjuicio, manteniéndole alerta y gastando los neumáticos de su auto, además de las suelas de mis zapatos. Le advierto que tarde o temprano mi amenaza de casarme resultará verdadera. Usted no sabe si esta vez hablo con toda sinceridad.

Con un gruñido de mofa, Wolfe empuñó su vaso.

—Está bien —proseguí—. Pero usted es lo bastante psicólogo para discernir qué significa cuando un hombre tiene una muchacha en la cabeza y no sabe hablar de otra cosa, preferentemente a alguien con quien simpatice. Deduzca, pues, la consecuencia, si mi deseo es conversar de ella con usted. Y lo que más me tiene trastornado es que esta tarde la vi lavándose los pies.

Wolfe colocó su vaso con cuidado en la mesa.

—Conque perdiste el tiempo en un cine... toda una tarde, nada menos. ¿No se te ha ocurrido que...?

—No, señor... nada de cines. Carne y hueso. ¿Ha visitado usted alguna vez una exposición de flores?

Wolfe cerró los ojos, suspirando.

—De todos modos —continué—, ha visto fotografías de muestras florales, y por consiguiente sabe que los millonarios y las casas importantes no escatiman gastos. Instalan jardines japoneses y toda clase de flores y plantas exóticas. Este año, la casa Rucker y Dill, famosa por sus invernáculos y semillas, y la principal entre los expositores, presenta una instalación, imitando un claro de bosque con arbustos, mucho verde, hojas secas, gran profusión de flores y demás. Tiene hasta un arroyuelo que desemboca en un estanque bordeado de rocas. Y hay habitantes en el bosque... Un hombre y una muchacha, que hacen «picnic». Se exhiben allí todo el día, desde las once hasta las seis y media de la tarde, y luego de noche de ocho a diez. Leen, charlan y comen. Se sientan en el césped y juegan a veces a los tejos. A las cuatro de la tarde, el hombre se recuesta, se cubre la cara con un papel de diario, y echa una siesta. La chica se quita los zapatos y las medias y juguetea con los pies en el agua. Entonces el público se apiña junto a las cuerdas. La cara y la silueta de ella no deja de tener atractivo, pero sus piernas son artísticas ciento por ciento. Claro, una causa es que tiene que alzarse la falda para que no se le moje, porque el agua cae desde alguna altura, por las rocas al estanque, pero hablando como un pintor...

—¡Calla, hombre...! Tú no sabrías pintar un...

—No me he referido a pintar como un pintor, sino a hablar con el espíritu de tal. Yo sé lo que digo. Trazar las líneas para que formen un conjunto armonioso... eso me entusiasma... quisiera estudiar la...

—Tiene las piernas demasiado largas.

Le lancé una mirada de asombro.

Wolfe señaló un periódico, en su mesa.

—Hay una foto de ella en «The Post». Se llama Anne Tracy y trabaja de taquígrafa en la empresa Rucker y Dill. Su plato favorito es el pastel de fresas con crema.

—¡No es taquígrafa! —exclamé incorporándome indignado—. Es la secretaria particular de W.G. Dill. Lo sé por el mismo periódico... Es un

puesto muy importante... Admito que aquí parecen un tanto largas, pero la fotografía está mal sacada. Ayer, en el «Times», había una mucho mejor, con un artículo...

—Sí, ya sé. Lo he leído.

—Entonces puede usted imaginarse lo que siento —repliqué, volviendo a sentarme—. Los hombres son a veces incomprensibles —comenté filosóficamente—. Esa chica, con una cara y una silueta de ensueño, y unas piernas semejantes, vivía contenta en casa de sus padres trabajando para W. G. Dill, que parece un sapo, por más presidente de la Sociedad Atlántica de Horticultura que sea... Hoy estuvo en la Exposición, dicho sea de paso, y ¿quién reparaba en ella...? Pero póngala en un lugar público y hágala quitarse los zapatos y las medias y que chapotee con los piececitos en el agua del estanque de la galería, y verá usted lo que sucede. Todos corren a admirarla, y no hay medio de quitarse de encima a los reporteros, que continuamente se escurren entre las cuerdas. Los fotógrafos se pelean entre ellos. Y después de la función, Lewis Hewitt la lleva a cenar...

—¿Hewitt? —inquirió Wolfe, ceñudo— . ¿Lewis Hewitt?

Ya sabía que el sonido de ese nombre le quitaría las ganas de tomar su cerveza. Lewis Hewitt era el millonario en cuyo invernáculo, en Long Island, habíanse producido las orquídeas negras, para desesperación de Wolfe, que se moría de envidia como nunca jamás le había sucedido.

—Eso es — asentí en tono de buen humor—, fue Lewis mismo, con su abrigo de doscientos dólares, su sombrero hongo, sus guantes de piel de gacela nonata, y un bastón, comparado con el cual los más finos de Malaca parecen vulgares cañas de pescar. Los vi salir a los dos juntos hace menos de una hora, un poco antes de retirarme. ¡Y en su hombro izquierdo ella llevaba una orquídea negra! Debe haberla cortado él mismo para obsequiarla; esa muchacha es el primer ejemplar femenino en cautiverio que ostenta una orquídea negra. Y pensar que la semana pasada todavía mecanografiaba con sus preciosos dedos: «En nuestro poder su muy atenta del día nueve, de cuyo contenido nos hemos impuesto...»

»Pero Lewis —proseguí con una mueca burlona— tendrá que andar prevenido, porque cada vez concurren allí más hombres, cuya mayoría no creo que sepan distinguir un estambre de un pistilo. El individuo que hace "picnic" con ella ostenta una sonrisa jactanciosa... Se llama Harry Gould, y es uno de los jardineros de Dill. Hay un individuo canoso, de barba crecida, que la mira como si fuese una diosa; dos veces lo he encontrado allí. Concurre también un joven serio y apuesto, que pretende no quedarse boquiabierto delante de ella. Es un tal Fred Updegraff, del conocido invernáculo de Updegraff, en Erie, Pensilvania, que exhibe sus productos actualmente en una Exposición no muy lejos de aquí. Hay muchísimas cosas más sobre el particular de la muchacha, entre las cuales yo figuro en primera línea. Su amigo Lewis habrá de tenerme a mí muy en cuenta. Hoy me sonrió; verdad que no a

propósito, y debo admitir que me sonrojé de pies a cabeza. Mis intenciones son honestas y bien definidas. Mire usted la fotografía de esta criatura, y luego recapacite en el efecto devastador que puede producir en un joven impulsivo como yo. Aplique sus conocimientos sobre polinización mezclada... ¿Qué resultaría...?

—¡Ea! —bufó Wolfe—. Quita de ahí y no me arañes la mesa de trabajo. Mañana irás allá otra vez, a cerciorarte de si los bordes acusan síntomas de marchitamiento, y te presentarás aquí, de regreso, a las seis de la tarde.

Pero la cosa resultó completamente distinta. Al día siguiente, a la hora del almuerzo, sucumbió a su envidia y curiosidad. Depositando la taza de café sobre la mesa, y asumiendo la expresión del hombre que se prepara a desafiar todas las dificultades y azares por la Causa, me ordenó:

—Espérame en la puerta con el *sedan.* Voy a ir personalmente para echar una ojeada a esos fenómenos florales.

CAPÍTULO DOS

De modo que el jueves era el cuarto día consecutivo que yo visitaba la Exposición de flores. La encontré muy concurrida, más que los días anteriores de la semana, y el remolcar a Nero Wolfe a través de la multitud hasta la sala de las orquídeas, en el cuarto piso, resultó algo así como la faena del «destroyer» que barre las minas a la vanguardia de un acorazado. Fuimos abordados unas cuantas veces por gente conocida que deseaba saludarnos, y nos detuvimos de paso en el tercer piso, para echar una ojeada a la escena del claro del bosque, que Rucker y Dill tenían instalada allí. La concurrencia se agolpaba en hileras de tres en fondo, junto a las cuerdas. Harry y Anne jugaban a los tejos. La muchacha ni siquiera parpadeó ante la repentina luz de magnesio de un fotógrafo.

—Observe usted esos dientes cuando sonríe —le dije— y esas hebras de cabello rubio y sedoso. Me parece verla más desenvuelta que en los primeros días. Un año de este trabajo, en semejante ambiente, la echará a perder por completo. Vea usted, aquellas peonías se tornan amarillentas ya, se marchitan, porque la ninfa no estará sino un solo día más con ellas.

—No son peonías, sino azaleas y laureles, y están enfermizas.

—Puede llamarles enfermizas si quiere, pero yo opino que languidecen por...

Wolfe había dado media vuelta, y yo por poco atropello a tres damas, en mi premura para colocarme delante de él para abrirle camino.

En el cuarto piso, Wolfe no tuvo ojos sino para las orquídeas, pese a exhibirse allí cerca un soberbio conjunto de majuelos. Plantóse frente a la vidriera, que llevaba una tarjeta con la leyenda: «Híbrido sin denominación, producido por Lewis Hewitt. Únicos tres ejemplares existentes». Por cierto que eran notables, y eso que había corrido varias veces los principales invernáculos del país, amén de conocer las veinte mil plantas de todo género, de propiedad de Wolfe, con sus centenares de variedades. Me hice a un lado para observar sus reacciones. Pero sólo murmuró algo para sí, mientras mantenía su rostro a cinco pulgadas del cristal. Disimulaba bien su emoción, mas por la nerviosa palpitación de los músculos de su cuello conocí que hervía por dentro. Quedóse inmóvil un cuarto de hora, sin darse cuenta siquiera de que tres damas pugnaban por desplazarlo, y mirar ellas a su vez. Y eso que siempre se incomoda de verse empujado. Por fin se hizo atrás y creí que había terminado.

—Hace calor aquí —dijo, quitándose el abrigo y entregándomelo.

—¡Ah, señor Wolfe! —resonó una voz—. ¡Qué orgullo verle aquí! ¿Qué opina de ellas?

Era Lewis Hewitt. Se estrecharon la mano. Hewitt llevaba ahora otro sobretodo y guantes, pero en la mano empuñaba el bastón del día anterior, una caña de Malaca amarilla salpicada de manchitas castañas. Cualquier conocedor valoraría el conjunto, por lo menos, en ochocientos treinta dólares. Su estatura le permitía mirar de pies a cabeza a Wolfe, con una sonrisa condescendiente bajo sus narices se aristócrata.

—Son interesantes —comentó Wolfe.

¡Interesantes! ¡Ja, ja!

—¡Una maravilla! —replicó Hewitt radiante—. Si tuviese tiempo, le sacaría una para que la examinase detenidamente, pero he de ir arriba para juzgar unas rosas, y ya me he retrasado mucho. ¿Se encontrará usted aquí un poco más tarde? ¡Hola, Wade...! Voy corriendo.

Hewitt se alejó. El tal Wade era un hombrecillo que se presentó, mientras ambos caballeros platicaban. En tanto el recién venido saludaba a Wolfe, lo estudié con interés, porque se trataba nada menos que del señor W. G. Dill en cuerpo y alma, el jefe de mi futura esposa. En muchos sentidos era el absoluto opuesto de Lewis Hewitt, porque miraba a Wolfe hacia arriba, vestía un viejo traje color castaño deslucido, y sus agudos ojos grises daban la impresión de no saber lo que era estar radiante.

—Probablemente usted no se acuerda de mí —dijo a Wolfe—. Yo le visité cierta vez, en su casa, con Raymond Plehn...

—Lo recuerdo, ciertamente, señor Dill.

—Acabo de encontrarme con Plehn en el piso bajo, y él me informó que usted se hallaba aquí. Pensaba telefonearle esta tarde... Me pregunto si podría pedirle un favor...

—Eso depende de...

—Le explicaré. Apartémonos un poco de este gentío. —Ambos retrocedieron unos pasos, y yo seguí detrás—. ¿Sabe usted algo relacionado con el «amarillo de Kurume»?

—He oído hablar de ello —respondió Wolfe frunciendo el ceño, pero tratando de mostrarse cortés—. He leído algo sobre esa afección en periódicos de horticultura. Es fatal a las plantas perennes de hoja ancha; se trata de un hongo. Por primera vez se le encontró hace dos años en unas azaleas Kurume importadas del Japón por Lewis Hewitt. Apareció también, pasado algún tiempo, en unas plantas de propiedad suya, creo, y en los establecimientos de Watson, en Massachusetts. Luego Updegraff perdió por completo varias hectáreas plantadas con un género que él llamaba «rhodakeas».

—Parece que está usted al corriente.

—Me acuerdo de lo que he leído.

—¿Ha visto mi exposición del piso de abajo?

—Sí, la vi de paso. ¡Hay tanta gente! —disculpóse Wolfe con una mueca—. Lo que me atrajo principalmente son esas híbridas... Su conjunto de «Cypripedium pubescens» está bien... muy bien... Las «Fissipias»...

—¿Vio los laureles y las azaleas?

—Sí, parecen enfermos.

—Pues así es; se están muriendo. Es el amarillo de Kurume. El dorso de las hojas presenta las típicas manchas castañas. Algún bribón me las ha infectado adrede. Quisiera descubrir quién ha sido, y no descansaré hasta saberlo.

Wolfe lo miró con simpatía, y era sincero. Una peste tal en las plantas crea lazos de amistad entre los cultivadores.

—Es lamentable que sus ejemplares se hayan echado a perder

—comentó— . Pero, ¿por qué lo achaca a una persona determinada?

—Porque me consta.

—¿Hay indicios?

—No; es lo que busco, justamente.

—Muy señor mío, es usted el chico que castiga el palo en que tropezó. Si ha tenido ya esa peste antes en sus plantas... Un nido de esporas en un rincón olvidado...

Dill sacudió la cabeza con una enfática negativa.

—La peste se desarrolló en mi posesión de Long Island; en cambio estas plantas proceden de Nueva Jersey. Es imposible que la tierra vegetal haya adquirido la contaminación.

—Tratándose de hongos, todo es posible. Una herramienta trasladada de una plantación a la otra, un par de guantes de jardín...

—No lo creo. —La voz de Dill denotaba que nada conseguiría convencerle de lo contrario —. No, con el cuidado que nos tomamos. Mi convicción es que se trata de un hecho intencionado y pérfido, para destruir mi ejemplar de muestra. Y me propongo averiguar quién fue. Le pagaré mil dólares por lo que cueste investigármelo.

Wolfe abandonó su posición; es decir, no físicamente, sino en lo mental. Su rostro se tornó inexpresivo.

—No creo que pudiera encargarme de eso, señor Dill.

—¿Por qué no? ¿No se dedica a practicar pesquisas? ¿Acaso no es su oficio?

—Lo es.

—Hay aquí tarea para un detective, ¿sí o no? —No.

—Pero, ¿por qué?

—Porque nadie cruza un continente para bañarse en el océano del otro lado. El esfuerzo y los gastos no están en proporción con el objetivo buscado. Dijo usted que no posee pruebas. ¿Sospecha de alguien en particular?

—No, pero mi más firme intención...

Aquí tercié yo. Dirigiéndome a Wolfe:

—Tengo que presentarme a juzgar unas coles —dije, y me marché.

Por más que era claro adónde deseaba acudir, en primer lugar lo que me urgía era alejarme del dúo. Con un par de casos lucrativos que resolviéramos desde principios de año, el presupuesto estaba equilibrado por unos cuantos meses, pero aun así me daba grima oír a Wolfe rechazando esa comisión, y no me atraía la idea de sermonearle delante de las barbas de Hewitt. Para evitar el gentío, abrí una puerta señalada con un letrero «Privado», y descendí por una escalera al otro piso. Esta parte no estaba abierta al público; tuve que abrirme paso entre una selva de cajones, macetas y aparatos de riego, en dirección a un corredor que se extendía casi a todo lo largo del edificio; pero yo recordaba que existía una puerta a mitad del camino. Contra la pared izquierda se amontonaban más arbustos, almácigos y cosas análogas, excedentes de la Exposición, e interrumpiendo la pared de la derecha, que separaba el corredor del salón principal, había puertas cerradas y con sus correspondientes rótulos, las cuales conducían a los ejemplares expuestos, por la parte de atrás. Al pasar ante una puerta marcada con el cartel «Rucker y Dill» le arrojé un beso de enamorado.

Por la puerta siguiente pasé al salón; la muchedumbre era aún más densa que cuando Wolfe y yo cruzamos media hora antes. Me escurrí hasta el paisaje rústico que ostentaba anuncios, en las columnas que sostenían las cuerdas, de «Viveros Updegraff, Erie, Pensilvania». Eran una serie de penínsulas que se abrían sobre el salón

principal, separadas por senderos que partían del patio general. Orillé el grupo de espectadores que contemplaba la exhibición de Updegraff, e hice alto junto a un desmañado personaje que desde las cuerdas miraba desdeñoso el follaje.

—¡Hola, Pete! —dije, y me saludó a su vez.

Mi conocimiento con Pete databa de dos días antes; en realidad, no es que me agradara extraordinariamente. Como tenía una nube en un ojo y una cicatriz en el apéndice nasal, su catadura distaba de resultar tranquilizadora. Pero su cordialidad me había facilitado el sentirme cómodo y como en casa en aquel lugar.

—Bonitas sus peonias, ¿eh? —dije para abrir la conversación.

Alguien soltó una risita a mi izquierda, al tiempo que dejaba oír un comentario, probablemente no destinado a mí; pero gracias a Dios tengo muy buen oído. Me volví y me encontré con una pareja de damiselas provincianas de edad indefinible. Con aire ultrajado, las increpé.

—Sí, señoritas, peonias —dije—. ¿Qué es la «Cymbidium miranda»? ¿A que no lo saben? Pues yo conozco eso desde que le llegaba a la rodilla a una langosta. Y una «Phalaenopsis», ¿a que tampoco lo saben?

—No, por cierto; pero me consta que eso son rododendros. ¡Peonías! Vamos, Alicia.

Las miré alejarse muy envanecidas, y volví hacia Pete.

—Me disculparé por ahuyentarle el auditorio, pero ¿qué les importa a ellas si yo prefiero llamar a eso peonias? ¿Y esa cara de pocos amigos? ¿Busca el amarillo de Kurume?

Dio un respingo para mirarme en el acto.

—¿Qué pasa con el amarillo de Kurume? —preguntó.

—Nada, fue por decir algo. Oí a Dill manifestar que su claro del bosque ha contraído la peste, y me pregunté si se estaría propagando. Pero usted no presenta ese aspecto. Yo no me he contagiado.

Parpadeó con el ojo izquierdo.

—¿Cuándo oyó a Dill decir eso? —Hace un momento.

—¡Ajá! Lo que yo sospechaba. —Se estiró cuan largo era de puntillas, tratando de otear el terreno por arriba de las cabezas del gentío—. ¿Ha visto a mi patrón?

—No. Acabo de llegar…

Pete salió de estampía. Colegí que había puesto el dedo en la llaga. Pero en vista de que tomó por la izquierda, hacia el frente, no lo seguí. Me encaminé por la derecha, pasando un jardín de rosales y otras plantas, hacia el despacho de Rucker y Dill.

La concurrencia se mantenía poco más o menos igual que antes; no eran sino las tres y cuarto, y el pugilato junto a las cuerdas no empezaría hasta las cuatro, cuando Harry se echaba para hacer una

siestecita, y Anne procedía a quitarse los zapatos y las medias, espectáculo nunca visto, con certeza, en la historia de las exposiciones florales. Me situé detrás de una dama de altura conveniente, para no obstruirme la visual. El juego de tejos había terminado, y Harry se afanaba en hacer una honda, mientras Anne tejía. Si esa labor habría de resultar a mi gusto o no, parecióme dudoso, ya que tan sólo yo estaba interesado en ella y no en sus actividades, lo cual es la actitud normal y sana, cuando se galantea. Allí sentadita sobre el césped, tejía como si no hubiese un alma en diez millas a la redonda. Harry no era tan buen actor como ella; verdad que no miraba a las caras de los espectadores, ni hablaba —puesto que se trataba de una pantomima y ninguno de ellos debía decir palabra—, pero a juzgar por sus movimientos y gestos, traslucíase que todo el tiempo estaba pendiente del auditorio.

Claro que yo estaba celoso de él, pero independientemente del hecho, me impresionaba como un verdadero pazguato. Tendría aproximadamente mi edad, y usaba cosmético para fijarse el cabello, que era oscuro, como sus ojos, que solía guiñar con aire donjuanesco.

Una razón por la que yo había escogido a Anne, fue que el martes, mientras almorzaban, Harry trató de tomarla por el brazo, y ella lo apartó como señal de que no volviese a intentarlo. Otros gestos corroboraron asimismo que ella estaba resuelta a conservarse inocente e inmaculada para mí, aunque por supuesto sin saberlo, hasta que yo tuviera oportunidad de hablarle. Admito que dejar a Hewitt adornar a Anne con orquídeas y llevarla a cenar había sido una píldora amarga de tragar, pero después de todo yo no tenía derecho a esperar que fuese tan espiritual como para prescindir de comer, con semejantes piernas y tan bella cara.

De pronto Harry saltó de pie, gritando:

—¡Eh!

Fue la primera palabra que yo le oía pronunciar.

Todos, y yo mismo, miramos siguiendo la dirección de su mirada.

—¡Eh, Updegraff! —chilló Harry—. ¡Salga de ahí!

Era el joven guapo de continente austero que Pete mismo me había señalado como su patrón; Fred Updegraff. En el rincón de la derecha, donde terminaba lo expuesto junto a la pared, había franqueado la soga, extendido el brazo y cortado un brote de peonia, o quizá laurel, con unas tijeras de podar, y en posesión de la ramita se alejaba.

—¡Daré parte de eso! —vociferó Harry.

La concurrencia protestó e hizo coro, indignada, y por un segundo pensé que quizá presenciaríamos un linchamiento, como atracción suplementaria a la más dramática Exposición floral jamás registrada, pero todo se redujo a que dos mujeres y un hombre se lanzaran en pos de Updegraff afeándole su fechoría sin dejar de perseguirlo. Créase o no, Anne ni levantó la vista ni perdió un punto con sus agujas. Una actriz

consumada.

Mi reloj marcaba las 3,25. Quedaba aún media hora hasta que comenzara la gran escena, y no me atreví a dejar solo a Wolfe tanto tiempo en terreno extraño; de modo que pesaroso me arranqué del sitio. Volviendo sobre mis pasos, busqué con la vista a Pete, pensando decirle que su amo había caído en las garras del delito, pero no alcancé a verle. Me metí de nuevo en el corredor, para cortar camino, y lo hallé ocupado por una joven que no se me definió precisamente como el tipo de mujer que frecuenta Exposiciones, y va de un lado al otro mirando muestras. No estaba lejos de la puerta del despacho de «Rucker y Dill», y era una preciosa muñeca con abrigo gris, cuello de piel, sombrerito azul y bolso de cuero bajo el brazo, que me miró al aproximarse, con ojos inquietos y un atisbo de sorpresa insegura.

La interrogué:

—¿Se ha perdido, joven?

—No —dijo, y la sonrisa se hizo más confiada—. Aguardo a una persona.

—¿A mí?

—¡Está usted fresco! —Más vale así. Seguí mi camino.

Arriba me encontré con que Wolfe se había quedado, y W. G. Dill le acompañaba. Al parecer, la cuestión de seguir la pista al pillastre que había estropeado los ejemplares expuestos se había resuelto de una manera u otra, porque argüían acerca de turba inmunizada y de cultivos esterilizados. Me senté en un banco en que había un espacio vacío. Al poco rato Dill se marchó, y Wolfe tornó a la vitrina a escudriñar, hasta que minutos después se presentó Lewis con el sobretodo al brazo, recorriendo la sala con la vista, como si buscase algo, y acabando por preguntar a Wolfe:

—¿Dejé aquí mi bastón?

—No lo he visto. ¡Archie! —Yo tampoco, señor.

—¡Maldición! —masculló Hewitt—. Suelo perder mis bastones, pero lamentaría quedarme sin ése. ¿Quiere inspeccionar esas bellezas?

—Desde luego. Aun sin mirarlas mucho, me agradaría comprar una.

—Me lo imagino —la risita de Hewitt era chocante—. Plehn me ofreció diez mil por una el otro día. —Sacó una llave del bolsillo y se inclinó sobre el cristal—. Temo que podrán tildarme de avaro, pero no soportaría desprenderme de una sola.

—Yo no soy cultivador profesional —añadió Wolfe por ver si se congraciaba—, sino aficionado como usted.

—Lo sé —concedió Hewitt, alzando una de las macetas como si estuviese fabricada de burbujas de estrellas y suspiros de ángeles —. Pero, mi estimadísimo, no podría separarme de una sola.

De aquí en adelante la escena cada vez fue más patética. Tan meloso se mostró Wolfe con él, que hube de volver la cara para disimular mis sentimientos. Lo halagó, admitió todas sus opiniones, sonrióle, etc., hasta el punto de que no me habría asombrado de oírle ofrecerse a quitarle el polvo de los zapatos. Y lo peor de todo era que a todas luces no ganaba ventaja, ni había esperanza de ello. Cuando Hewitt peroró sobre óvulos y tubos de polen, Wolfe escuchó con aire arrobado, y finalmente, al ofrecerle un par de *C. hassellis,* a título de obsequio, Wolfe se lo agradeció como si fuese exactamente el don esperado toda su vida, aunque poseía en sus propios invernáculos veinte especímenes tan buenos o mejores.

A las cuatro y cuarto empecé a ponerme nervioso. No sólo me acuciaba el deseo de propinarle un puntapié en los fondillos por tonto, sino que quería llevarlo ante el claro del bosque para probarle que se equivocaba al sostener que mi futura tenía las piernas demasiado largas, y la pantomima sólo duraba hasta las cuatro y media, momento en que Anne rociaba con agua del estanque a su compañero de «picnic», para despertarlo de la siesta. Siempre suscitaba grandes carcajadas esa parte de la representación mímica.

Por tanto, sentí alivio cuando echaron a andar. En otras circunstancias, Wolfe me habría mandado cargar con las dos macetas de *C. hasellis,* pero hoy abrió la marcha él mismo, con una en cada mano, a fin de demostrar a Hewitt cuán preciosas las consideraba. ¡El muy embaucador! Mas lo peor aún no había venido. Tomamos por las escaleras del fondo, a sugestión mía, y por el corredor del piso inferior. Allí, en el suelo, ante el umbral de la puerta de «Rucker y Dill», vi un objeto que creí reconocer. Deteniéndome, interpelé a Hewitt.

—Ahí está su bastón.

Hewitt hizo alto, y mirándolo, sorprendido, se preguntó:

—¿Cómo demonios ha venido a parar aquí?

En mala hora Wolfe me hizo que lo recogiese para dárselo. De buena gana me habría negado a ello; pero no quise provocar escenas delante de Hewitt, así que me bajé a recogerlo. Tenía un pedazo de hilo verde anudado en la curva del puño, y después de retirarlo, extendí ese extremo hacia Hewitt, reteniendo el impulso de pincharle con él las costillas. Me dio las gracias democráticamente, y reanudamos nuestro camino.

—Es curioso —dijo Hewitt—. Aseguraría que no lo he dejado allí. ¡Qué raro!

Ante nosotros se abrió una puerta, y salió un hombre. La puerta lucía el cartelito «Viveros Updegraff», y el hombre era el ladrón de brotes, Fred Updegraff, que al vernos se mantuvo inmóvil en su sitio hasta que pasamos. Poco más allá, después de dos puertas con sus correspondientes cartelitos con los nombres de los expositores, me apresuré a conducirlos a una que carecía de nombre y giré el pomo de la cerradura para abrirla.

—¿A dónde vas? —preguntó Wolfe.

—A ver la ninfa del agua... El episodio del estanque. Creí que usted podría...

—Pamplinas... Ese alboroto...

—Realmente vale la pena verlo —manifestó Hewitt—. Es encantador, perfectamente encantador... Delicioso. Yo también iré.

Y se adelantó sin vacilar por la puerta que yo mantenía abierta, seguido de Wolfe sumisamente con el aire del asistente detrás de su coronel, y las manos llenas de plantas. Habría sido gracioso, de no resultar indignante. Tomé la delantera para no mirarlo.

En el claro, la concurrencia se agolpaba en filas de cinco y seis detrás de las cuerdas, hasta los costados, donde los arbustos obstruían la visual, pero nosotros tres éramos lo bastante altos como para dominar las cabezas. Anne se desenvolvía como nunca, jugueteando con los deditos y chapoteando en el agua. ¡Qué rodillas tan preciosas! Me sentí orgulloso de ella. Harry estaba tendido en el lugar usual, dormitando; la cabeza descansaba en un montículo de hierba, lindante con las rocas y arbustos, tapada la cara con un papel de diario. La concurrencia esperaba charlando. Anne pataleó con sus piececitos en el agua, rociando así un macizo de flores que pendía sobre el charco, y gotas relucientes cayeron de los pétalos.

—¡Encantador! —dijo Hewitt.

—Delicioso —coreó Wolfe—. Archie, me haces el favor de sostener estas plantas. Ten mucho cuidado...

Fingiendo no haberle oído, me moví hacia la derecha. En parte, porque juzgué que le estaba bien empleado que le desobedeciesen, y en parte porque quería examinar más detenidamente la pierna y el pie derecho de Harry. Estaban contorsionados en una forma extraña y anormal, para que un hombre que simulara un pacífico sueño. Me alcé de puntillas para ver mejor, por encima de las cabezas y sombreros, y decidí que el zapato le hacía daño, o estaba efectuando un ejercicio de contorsión con su pierna, volviéndome en el momento en que Anne, previa consulta a su reloj pulsera, dio una graciosa vueltecita, sacó los pies del agua, y con una picara morisqueta a su compañero, metió la mano ahuecada en el estanque y salpicó la camisa de Harry. El gentío aulló satisfecho.

Pero Harry no hizo caso. Su papel consistía en incorporarse de un salto, parpadeando y con aire furioso, pero no se movió. Anne lo miró con aire atónito. Alguien gritó:

—¡Dale otro bañito!

Mi presentimiento inmediato fue que esa pierna torcida no era ficción. Abriéndome paso hasta la primera fila, salté la cuerda. Un guardián me dio la voz de alto, en cuanto puse el pie en el césped, y lo mismo hicieron otros espectadores, pero no me detuve, y ya estaba inclinado sobre Harry, cuando el guardián me asió del brazo.

—¡Ea, a ver!

—¡Chitón! —Lo sacudí, y levanté el diario un poco para echar una ojeada a la cara de Harry. No necesité mucho, y dejé caer el papel para cubrirla. Olfateé el aire; creí haber percibido un olor particular, algo que me era conocido.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa? —dintinguí una voz que me interrogaba.

Era la primera vez que oía la voz de Anne, pero no repliqué ni levanté la vista, porque entre el musgo adherido junto a las rocas, tras la cabeza de Harry, había vislumbrado algo. A causa de las matas y rocas no pude acercarme a examinarle la parte superior de la cabeza; de manera que estiré la mano y la punta de mi dedo fue a meterse exactamente en el agujero que le horadaba el cráneo; tuve la sensación cabal de introducir— lo en un pastel de manzanas calientes. Lo retiré y al limpiarlo, restregándolo contra el césped, observé que aquellas dos cosas blancas que tenía ante mí eran los pies desnudos de Anne. Por poco los salpico de sangre.

CAPITULO TRES

Al incorporarme le indiqué a Anne:

—Póngase los zapatos y las medias.

—Pero...

—Haga lo que le digo.

Al guardián, a quien tenía asido por la manga, le ordené con un ademán imperioso:

—Vaya a buscar a la policía.

Por la forma cómo se quedó boquiabierto, me di cuenta de que era demasiado lelo, y que no lo movería ni con una grúa. Así que me volví para llamar a Hewitt, y di entonces con Fred Updegraff, que se nos acercaba, después de haber saltado las cuerdas. No tenía ojos sino para Anne, pero cuando le salí al paso para decirle que fuese a por un agente de policía, giró sobre sus talones sin replicar palabra, y se fue. La voz de Wolfe tronó por sobre la baraúnda.

—¿Qué diablos haces tú ahí?

Por segunda vez hice caso omiso de Wolfe; y alzando la voz arengué a la multitud:

—Señoras y señores: por hoy el espectáculo ha terminado. El señor Gould ha sufrido un accidente. Sean razonables y márchense a mirar las flores. Ahora, si se sienten inquietos, y se empeñan en permanecer por aquí, no pasen de donde están, a ese lado de las cuerdas.

Una luz de magnesio brilló a la izquierda, entre murmullos de simpatía, pero la concurrencia se mostró tan curiosa, que ni siquiera se movió. A la derecha, un individuo provisto de su cámara fotográfica se introdujo por debajo de los cordones de separación, pero entonces ya la mente del guardián había reunido sus recursos, y respondió rápida y adecuadamente. Satisfecho comprobé que Anne demostraba poseer un regular sentido común; habría visto seguramente el color de lo que me había manchado el dedo, pues sentada en el césped se terminaba de calzar con todo el sosiego posible.

—¡Archie! —la voz de Wolfe llegó con su tono más amenazador. Naturalmente, lo que le ponía furibundo es que quería que lo sacara de allí y lo llevase a casa en el auto, y creía que yo estaba distraído; por lo demás, me sentí molesto. A la segunda vez que me llamó, le volví la espalda para recibir a los representantes de la Ley. Un detective de aspecto vigoroso y cuello macizo atravesó la multitud hasta el cordón, y pasándolo a caballo cruzó el césped en dos zancadas. A los pies de Harry le detuve.

—¿Qué le pasa a éste? —preguntó de mal talante.

Me hice a un lado, para dejarlo pasar. Se agachó y tiró del diario por un extremo.

—¡Archie! —bramó Wolfe.

Algunos de los espectadores pudieron ver la cara de Harry, y reaccionaron. Las cuerdas empezaron a quedar tirantes por la presión ejercida de atrás, mientras el guardián se afanaba por contenerlos. Anne estaba por allí, ya de pie, y también Fred Updegraff.

—¡Diablos, está muerto! —dijo el detective.

—Buena deducción —admití—. ¿Voy a buscar auxilio?

—Vaya, vaya.

No diré que en ese momento estaba ya al tanto de cosas que supe después, pero los oídos me zumbaban, y además no quería que Wolfe se reventase los pulmones; de modo que allá fui, y lo encontré junto con Hewitt, a pocos pasos de la última hilera de mirones.

—Compás de espera —murmuré a su oído.

—¡Que el infierno se lo lleve todo!

—Repito que es preciso un compás de espera.

Sorteé el gentío hacia las cabinas telefónicas del frente, y echando una moneda marqué un número. Comunicando con Extensión 19, di mi nombre y pregunté por el inspector Cramer. Oí su voz:

—¿Qué se le ofrece?

—¿A mí? Nada; yo ayudo en lo que puedo. Wolfe y yo vinimos a la Exposición de flores...

—Estoy ocupado.

—Muy bien; pero ahora lo estará más todavía. En el puesto de Rucker y Dill, tercer piso de la Exposición de flores. Asesinato. Un hombre con un tiro en la parte superior del cráneo. Yace en el césped, vigilado por un robusto ejemplar de la policía que no llegará a inspector. Nada más...

—Espere un mo...

—No puedo; estoy ocupado.

Salí de la cabina, dirigiéndome en diagonal a la parte opuesta del salón. En tan breve intervalo la masa de concurrentes se había duplicado. Una simple ojeada me demostró que el agente y el guardián habían recibido refuerzos, y que Anne y Fred Updegraff no se hallaban a la vista. Wolfe y Hewitt se habían retirado al otro lado de la puerta del jardín de rosas, acompañados por W. G. Dill. Wolfe me echó una mirada fulminante, al aproximarme. Aun no se había desprendido de aquellas condenadas plantas, y estaba mudo de indignación.

—...siento cierta responsabilidad —decía Hewitt—. Como presidente honorario del Comité, no me agrada eludir el cumplimiento de un deber, pero, ¡qué puedo hacer yo...! Mire si no...

—¡Ese policía! —protestó Dill—. ¡Qué imbécil! No dejarme entrar en mi propio puesto. Por poco me rompe el omóplato... Todavía me duele. —Entre muecas, se palpó el hombro arriba y abajo — . Ahí está el médico...

—El médico de nada servirá. Ya ha muerto. Me miraron. Dill cesó de acariciarse el dolorido hombro. —¿Muerto? ¡Muerto! —Y salió disparado introduciéndose entre la multitud.

—Dijo usted que había sufrido un accidente. —Hewitt me examinaba con aire acusador—. ¿Cómo puede haber muerto? ¿De qué murió?

—Pues, de no respirar.

—Archie —intervino Wolfe con su tono más concluyente—; basta de tonterías. Te pedí hace una hora que te encargases de estas plantas. Tómalas, y llévame a casa.

—Sí, señor —y recibí las macetas—; pero aún no puedo retirarme. Busco...

—¡Santo cielo! —comentó Hewitt—. ¡Qué calamidad! ¡Pobre Dill...! Tengo que ir a verlo; excúsenme... —Y se marchó hacia la escalinata principal.

En este instante percibí la sombra de un objeto que casi podría decir que esperaba ver. Fue escasamente un atisbo de abrigo gris con su cuello de ardilla, procedente del lado opuesto y que se mezcló entre el gentío. Dejé las macetas en el suelo, junto al borde del jardín de rosas, y eché a correr antes de que Wolfe acertase a articular palabra. Poco me cuidé de su enojo, porque bien merecido lo tenía, tras de su degradante escena con Hewitt, pero con todo miré por sobre el hombro,

a ver si me arrojaba algún proyectil. Apuesto que esta tarde perdió diez libras de peso; tenía el rostro como la púrpura.

Contorneando la multitud, crucé hasta el otro lado. Al minuto la vi, tratando de escurrirse hacia el frente, y maniobré para aproximarme sin llamar la atención. Ya cerca de ella, e inmediatamente pegado a sus talones, vi asomándole bajo el brazo derecho el bolso de cuero azul. Pasé el sobretodo de Wolfe a mi brazo derecho, y bajo su protección alcancé con los dedos el extremo del bolso, y empecé a tirar suavemente. Poco a poco lo atrapé, y como ella se hallaba tan concentrada en su afán de ver lo que pasaba delante, ni advirtió que su bolso le desaparecía, para colocarse sano y salvo bajo el sobretodo de Wolfe. Con un ojo sobre ella retrocedí, pidiendo mil disculpas a los aficionados a las flores en mi accidentado curso, y tan pronto como salí a terreno despejado, di media vuelta y tomé hacia la escalera.

Una moneda de níquel me costó conseguir aislamiento, en el retrete del segundo piso, donde me instalé cómodamente para abrir el bolso, marcado con el monograma «RL». El inventario era el de costumbre: pañuelo, colorete, monedero, etc., etc., pero también contenía lo que yo andaba persiguiendo: su nombre y dirección. Figuraban en un sobre dirigido a la señorita Rose Lasher, 326, Morrow Street, Distrito de Nueva York, lo cual coincidía con el «RL» del monograma. Lo copié en mi libretita de notas. La carta de su interior era de una tal Ellie, *y* explicaba por qué no le había devuelto los dos dólares. Otro objeto más contenía, que superaba mis caras esperanzas: un recorte de la «Gazette», con la fotografia de Harry y Anne, jugando a los tejos. Los bordes no estaban desgarrados sino cortados con tijeras, y doblados cuidadosamente.

Una vez guardado todo en su lugar, volví al tercer piso, y entonces ya no me cuidé de disimular, al irrumpir entre la multitud, hasta que la encontré en primera fila junto al cordón, y le puse la mano en el hombro. Torció la cabeza inmediatamente.

—Haga el favor... —empezó, indignada. —Muy bien, nena; soy yo. Aquí tiene su bolso. —¡Mi bolso!

—Se le cayó, y he arriesgado mi integridad y mi vida por restituírselo. ¿O no es suyo?

—¡Claro que lo es! —Y me lo arrebató.

—Dígame gracias...

Algo indefinido murmuró, y se desentendió de mí. Recorrí el gentío con la vista. Los actores en escena habían aumentado; veíase en el claro la presencia de dos coches de ronda policíacos; cuatro de los agentes iban uniformados. Uno, desde los pies de Harry, observaba al médico, que arrodillado aplicaba su estetoscopio. Al lado del agente estaba W. G. Dill, cejijunto y con las manos en los bolsillos. Como primera circunstancia, no parecía que nadie se hubiese interesado por el musgo que cubría las piedras. Retrocedí otra vez sin provocar mayores confusiones, y di la vuelta por la rosaleda para reunirme con Wolfe.

No estaba allí.

Se había ido. Las dos macetas seguían en el suelo, pero de él, ni rastro.

«¡Condenado hipopótamo!», pensé. «¡A que se ha perdido o lo han raptado…! ¡O se ha caído en un pozo y se me resfría!»

Volví al retrete del segundo piso, y grité su nombre delante de los compartimientos privados, pero sin éxito. Fui al cuarto, hasta las vitrinas de orquídeas. Nada. Descendí a la planta baja y me asomé por la entrada principal, delante de la cual había estacionado el coche, en la calle Cuarenta y Seis, pero tampoco estaba allí dentro. Marzo prodigaba sus últimos fríos, con gran desazón mía. «¡Pobrecito Nero!», pensé, «a la intemperie con semejante noche y sin sobretodo. Tremendo grandullón; ¡ya te curaré es salud!» Eran las cinco y cuarto.

Me detuve a aplicar la lógica a la situación. ¿Habría tomado un taxi hasta casa? No, porque los aborrecía. Bien, cuando yo le abandoné, ¿cuáles habían sido sus más fervientes deseos? Fáciles de enumerar. Matarme a tiros, sentarse, y beber cerveza. Matarme no había podido, a causa de mi ausencia. Silla, ¿dónde la habría encontrado?

Quedaba la cerveza.

Para volver al interior pagué nuevamente la entrada, subí las escaleras y horadé por enésima vez la apretada muchedumbre, hasta un rincón del salón, donde sobre una puerta se leía «Oficina». Había allí cerca unas cuantas personas, y una de ellas me tiró de la manga, cuando puse la mano en la perilla de la puerta. Lo reconocí; era el mirón en que me fijé días antes, por el fervor con que a distancia contemplaba a Anne como si estuviese en un altar. Con su viejo sombrero hongo, parecía más abrumado que nunca; sentí que le temblaban los dedos sobre mi brazo.

—Por favor —díjome —, si usted va a entrar ahí, ¿tendría la bondad de entregarle esto a la señorita Anne Tracy?

—¿Está dentro esa señorita? —Sí, entró; yo la vi.

Haciéndome cargo del papelito doblado, dije que se lo entregaría a la señorita Tracy, y me colé en la antecámara, donde una mujer con aire fatigado presidía desde un pupitre.

Le sonreí para que no protestara. Desdoblé el trozo de papel y leí su contenido:

> «Querida hija: Espero que no haya ningún lío serio. Me he quedado fuera. Si se te ofrece algo que pueda hacer, me lo dices.
>
> *»Tu padre.»*

El mensaje estaba escrito con lápiz, sobre papel ordinario. Doblándolo igual que antes, me dije que uno de los primeros puntos que debía tratar con mi futuro suegro sería la compra de un sombrero nuevo.

—¿Necesita algo? —me preguntó la mujer del escritorio en tono tristón y aburrido.

La enteré de que traía un importante mensaje para *Miss* Anne Tracy, y pese a que abrió la boca como para decir algo, optó seguramente por seguir callada, porque se limitó a señalarme una de las tres puertas. La abrí y pasé a la habitación contigua, y lo primero que vi fue a Nero Wolfe sentado en una silla casi adecuada a su volumen, y con una bandeja en la mesita anexa, sosteniendo cuatro botellas de cerveza, y él con un vaso en la mano.

La lógica es infalible.

En otra silla enfrente suyo estaba Anne, y apoyado contra un escritorio a la izquierda, Lewis Hewitt. Un hombre que me era desconocido escribía en otro pupitre, y un último personaje acompañaba a Fred Updegraff, junto a la ventana.

Wolfe me vio entrar, pues yo lo estaba mirando; pero continuó su charla con Anne, sin desviarse un ápice:

—...es cuestión de nervios, sí, pero primordialmente depende de la oxigenación de la sangre. El caso más notable de autodominio que he conocido jamás, lo presencié en Albania, en mil novecientos quince, y el actor fue un burrillo, me refiero a uno de cuatro patas, que cayó por un despeñadero...

Hice alto a su lado:

—Con su permiso —dije en tono glacial—. Para usted, *Miss* Tracy —y le alargué el papel.

Con un gesto sorprendido, lo recibió, procedió a desplegarlo y lo leyó.

—¡Oh! —dijo, y tras una mirada en derredor, se volvió hacia mí—: ¿Dónde está?

—Fuera.

—Pero yo... —frunció la frente—. ¿Querría usted decirle...? No; iré yo misma.

Se incorporó y corrió a la puerta, entonces yo me adelanté para abrírsela, sobre todo viendo que esa misma era la intención de Hewitt, y triunfé en mi propósito. Anne franqueó el umbral, y de pronto un hombre que se abalanzaba por la salida del lado opuesto la atropello y por poco la derriba, pero intervine yo tomándola del brazo para que recuperase el equilibrio. En eso también le gané a Hewitt.

—Disculpe —dijo el intruso. Sus ojos examinaron la habitación en redondo, y volvieron a clavarse en Anne—. ¿Es usted Anne Tracy?

—Efectivamente, es *Miss* Anne Tracy —dijo Hewitt—. Y no creo que sea esa la forma...

Anne se escurría para ganar la puerta, y el hombre estiró un brazo para retenerla.

—¿A dónde va?

—A ver a mi padre.

—¿Dónde está?

Intervino otro brazo. Fred Updegraff se acercó y su puño estableció contacto con las costillas del intruso con un vigoroso golpe.

—Aprenda a conducirse —dijo atufado — . ¿Quién es usted para...?

—Permítame —interpuse—; éste es el inspector Cramer de la Brigada de Homicidios. —Señalé a otro hombre detenido en el umbral—; y ése, el sargento Purley Stebbins.

—Aun así —dijo Lewis Hewitt en tono de disgusto— me parece abusivo retener a *Miss* Tracy por la fuerza. Desea simplemente hablar con su padre. Yo soy Lewis Hewitt, inspector. ¿Puedo pedir...?

—¿Dónde está su padre?

—Al otro lado de la puerta —dije.

—Vaya con ella, Purley. Muy bien, *Miss* Tracy. Y le ruego que regrese luego aquí.

Purley salió detrás de ella, dejando la entrada expedita para que hiciese su aparición otro personaje, W. G. Dill. La boca de éste era una línea más apretada que nunca, y sin parar mientes en nadie ni decir palabra, cruzó hasta una silla adosada contra la pared del fondo, y se sentó.

—¡Hola, Wolfe! —dijo Cramer.

—¿Cómo le va, inspector? —Con dos gruñidos irreproducibles, Wolfe se puso en pie y movió su humanidad del asiento — . Vamos, Archie; aquí estorbamos.

—No —dijo Cramer, intencionadamente.

—¿No? —Wolfe se detuvo—. ¿Que no?

—Goodwin no va a estorbar; muy al contrario. Al menos, hasta que yo termine con él.

—Tiene que conducir mi auto hasta casa. —No por el momento.

—¿Puedo preguntar qué es lo que pasa? —Hewitt preguntó amoscado—; esa vigilancia de *Miss* Tracy, esta actitud...

—Claro está, señor Hewitt. Siéntese. —Cramer indicó las sillas, que abundaban, con un ademán—. Siéntense todos. Ahora vamos a dar comienzo. ¡Ah, *Miss* Tracy! ¿Habló usted con su padre? Bien. Acerque esa silla para la señorita, Purley. Siéntese, Goodwin.

Me ocupé personalmente de la silla para Anne, y luego al inspector le dije:

—No, gracias; soy muy nervioso.

—Nervioso, ¿eh? —gruñó Cramer—. El día que usted esté nervioso

prometo afeitarme con el cuchillo de cortar pan. ¿Cómo sabía que ese hombre había sido asesinado de un tiro en la cabeza, cuando me telefoneó?

Se oyó un coro de ruidos diversos. Anne no dijo nada, si bien tuvo una sacudida y se le contrajeron las fosas nasales; pero eso fue todo. La admiré más que nunca. Hewitt exclamó:

—¡Asesinado!

Y Updegraff preguntó:

—¿Qué hombre?

—Harry Gould —le anuncié, e hice un guiño a Cramer—. Ya ve que no he andado divulgándolo por ahí, sino que lo reservé para usted.

—¿Cómo lo supo?

—¡Cielos! —exclamó Hewitt, con aire desolado, y a medio levantarse de la silla se arrepintió, y volvió a caer sobre ella.

—No fue nada del otro mundo —dije—. Le miré la cara; parecía difunto. Olí a cordita, vi un rastro a manera de surco en el musgo, detrás de su cabeza, y como no alcanzaba a verle el occipucio desde donde estaba, tanteé con la mano, y metí justamente el dedo en el agujero. Dicho sea de paso, no vaya a estructurar ninguna teoría basada en la sangre que hay en el césped a la altura de sus rodillas; es que me limpié allí el dedo.

Anne tragó saliva.

—¡Al diablo contigo! —estalló Wolfe, iracundo—. ¡Podrías haberme enterado antes!

—En primer lugar, ¿por qué se le acercó? —inquirió Cramer—. Usted saltó el cordón y corrió hacia él. ¿Por qué lo hizo?

—Porque no se movió cuando *Miss* Tracy le echó agua, y porque ya había advertido que su pierna y su pie estaban torcidos en una posición no natural.

—¿Y eso por qué lo advirtió?

—¡Ah! —dije—. Ahí me atrapó. Me rindo; no tengo escape. ¿Por qué repara uno en las cosas?

—Especialmente un hombre nervioso como usted —añadió sarcásticamente—, ¿qué hacía allí? ¿Y por qué motivo estaba en ese lugar?

—Acompañé al señor Wolfe.

—¿Había venido para ocuparse del caso?

—Demasiado sabe usted que no. Jamás va a parte alguna a estudiar casos. Vino a ver las flores.

—¿Por qué estaba usted en aquel lugar?

—Por la misma razón que las demás personas. Para contemplar a

Miss Tracy chapoteando con los pies en el agua.

—¿Conocía a *Miss* Tracy o a Gould anteriormente?

—No.

—¿Y usted, Wolfe?

—No.

Cramer prosiguió conmigo.

—Y al oler la cordita, y ver el surco en el musgo y tocarle el agujero de la cabeza, ¿cómo supuso que le habían tirado? ¿Escondiéndose entre los arbustos y apuntando por entre alguna grieta de las rocas?

—¡Ea, ea, inspector; sea compasivo! —le guiñé el ojo—. Si tanto me apura va a acorralarme otra vez. En ese momento no deduje mucho, pero ya ha pasado una hora, y usted conoce lo que es mi cerebro una vez que inicia sus reflexiones. Gould echaba su siesta todos los días a la misma hora, y apoyaba la cabeza en el mismo lugar…

—¿Cómo le consta eso?

—El señor Wolfe me enviaba todos los días a inspeccionar las orquídeas, asunto que preferiría no referir más prolijamente. El montón de rocas distaba apenas ocho o nueve pulgadas de su cabeza. Un revólver colocado entre las piedras a la altura conveniente, calzado con una cuña y apuntado con exactitud, y luego, el musgo repuesto en su lugar. Las rocas y el musgo ahogarían el estampido en forma que nadie, en ese enorme salón ruidoso, lo habría advertido. Y aun en ese caso, ¿qué? Un hilo atado al gatillo, verde para que no resaltase entre el follaje, y a la hora precisa, que podría ser cualquier momento entre las cuatro y las cuatro y media, con un tirón del hilo…

—Un tirón del hilo, ¿cómo? ¿Desde dónde?

—¡Oh, eso resuélvalo usted! —aparté la incógnita con un ademán—. Escondido entre las plantas, después de haber tirado del hilo, se escurre por la puerta trasera que comunica con el corredor. O, si el hilo es bastante largo, lo pasa por la rendija de la puerta a la altura del suelo, y entonces puede manejarlo desde dentro, lo cual sería más seguro. Y si quiere adornar el plan con fantasía, ate el cordel a la perilla de la puerta, y así será movido el gatillo por cualquiera que la abra desde el lado del corredor. Y si le apetece una variante aún más original, corra el hilo alrededor del tronco de algún arbusto, y deje colgar el extremo dentro del estanque, quítese medias y zapatos, y juegue con los pies en el agua, y tire del lacito con un dedo; ¿quién habría de sospechar…?

—¡Eso es una impostura!

El exabrupto procedía de Fred Updegraff, que se me encaró con aire belicoso; más aún, de severa censura, como si yo fuese un gusano comiéndole su mejor peonia.

—¡Disparates! —fue otro áspero comentario, éste de D. G. Dill, que

no se movió de su silla.

—Me parece que... —Lewis Hewitt comenzó sarcásticamente.

—¡Bah! Los muy quijotes... Yo sí que no le haría daño —dije— ni a la punta del dedo. ¿Acaso creen ustedes que el inspector no pensó en eso? Conozco perfectamente cómo razona su mente... Es lógico.

—Cierre el pico —murmuró entre dientes Cramer—. Mi mente, ésa sí que es buena... —Me escudriñó caviloso—; discutiremos el asunto después, cuando termine con la señorita. El revólver estaba retenido entre las piedras y cubierto de musgo, y el cordel atado al gatillo era verde... No está mal como adivinador.

—¿Y el largo del cordel?

—Lo bastante para alcanzar. ¿Qué más sabe? Sacudí la cabeza.

—Si no es usted capaz de distinguir la adivinación de la pura lógica...

—¿Qué más sabe?

—Por el momento, nada más.

—Veremos. —Cramer paseó una mirada por el recinto — . Si hubiera una habitación donde pasar con la señorita...

El hombre que hasta entonces garrapateaba en el escritorio se levantó obsequioso.

—Ciertamente, inspector. Por esa puerta...

—¿Quién es usted?

—Soy Jim Hawley, del personal de la casa... No creo que haya nadie allí... Veré...

Pero sobrevino una interrupción. La puerta de la antecámara se abrió para dar paso a una delegación de cuatro individuos, encabezada por un detective a quien reconocí como miembro de la brigada; luego una dama, después mi amigo Pete, el de la nube en el ojo, y cerrando la marcha un agente de uniforme. La dama lucía un abrigo gris con cuello de ardilla, y apretaba una bolsita de cuero azul bajo el brazo. No quise vanagloriarme de nuestra vieja amistad, saludándola.

CAPÍTULO CUATRO

Cramer recibió al grupo con una ojeada, y preguntó:

—¿Qué ha conseguido, Murphy?

—Oh, señor. —El detective era de escuela militar; se cuadró muy derecho para informar—: A eso de las cuatro y media esta joven fue vista en el corredor, en el acto de abrir la puerta de acceso al local de

exhibición de «Rucker y Dill».

—¿Quién la vio?

—Yo —dijo Pete.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Pete Arango, y trabajo en los Viveros Updegraff; mi patrón es el señor Updegraff, aquí presente. Al atravesar la puerta trasera de nuestro local de exhibición, hacia el corredor, para sacar unas galletitas, y...

—¿Para sacar qué?

—Galletitas. Suelo comerlas; las guardo en mi armario del corredor.

—Perfectamente. Come galletitas. Y ¿qué vio?

—La vi abriendo esa puerta, la de «Rucker y Dill». Después de lo que sucedió, hice memoria y se lo conté a un agente.

—¿Entró ella?

Pete negó con la cabeza.

—Al verme cerró de nuevo.

—¿Dijo alguna cosa?

—No, no dio ninguna explicación.

—¿Y usted?

—Yo tampoco dije nada; sino que fui a mi alacena a sacar las galletitas y ella debió haber aprovechado esa circunstancia para desaparecer porque cuando regresé ya no estaba allí. Así que cuando bajé y vi...

Cramer se encaró con la muchacha.

—¿Cuál es su nombre?

—¡No le importa! —estalló ella.

—Ya ve usted, señor —terció Pete—; no quiere cooperar.

—¿Qué da a entender con eso de cooperar? —Ella estaba indignada, pero no le descubrí trazas de temor—. Admito que abrí la puerta y me asomé, y si me introduje en el corredor fue por equivocación, y buscaba una salida. ¿Por qué he de decirle mi nombre, para que salga en los periódicos?

—¿No podía salir, acaso, por el mismo camino que había venido?

—Porque entré justamente por el lado opuesto, y pensé... ¡Oh, usted!

Todos los presentes clavaron la vista en el punto que ella miraba, y resultó que nos encontramos con la cara de Fred Updegraff. Éste enrojeció, y por momentos fue tornándose más purpúreo, bajo la

mirada de la joven.

—Bien —dijo, con aire de querer salir del paso.

—¡Fue usted! —le acusó ella—. Tenía la puerta abierta y estaba inclinado, espiando, cuando me oyó.

—¡Cierto! —reconoció Fred—; seguro que era yo.

—¿En la puerta de «Rucker y Dill»? —preguntó Cramer.

—Sí.

—También buscando una salida, ¿eh?

—No.

—¿Qué buscaba, entonces?

—Estaba... —Fred tragó saliva, rojo y azorado. Pero de pronto se le iluminó el semblante. Imposible adivinar qué clase de idea se le había ocurrido, para que se mostrase tan aliviado, pero la consecuencia era innegable. Con voz tonante, como para que nadie dejara de enterarse, aclaró:

—Estaba mirando a *Miss* Tracy; lo mismo he hecho toda la semana. Yo soy Fred Updegraff, y tengo algo expuesto aquí. ¡Estaba mirando a *Miss* Tracy!

Casi parecía cantar la frasecita de pura satisfacción.

Cramer no se impresionó.

—Después cambiaremos unas palabritas con usted, señor Updegraff —y ordenó al sargento—: Purley, quédese ahí con el señor Updegraff y con Goodwin y esta señorita y el empleado. Pete, Murphy, usted y *Miss* Tracy me acompañarán. Los demás están libres para hacer lo que gusten.

—Un momento —Hewitt, que no se había sentado, avanzó un paso—. Yo soy Lewis Hewitt.

—Así lo tengo entendido —gruñó Cramer.

—Y me cabe cierta responsabilidad en mi carácter de presidente honorario del Comité organizador. Sin el menor deseo de obstruir el cumplimiento de sus deberes, juzgo que *Miss* Tracy, que no es sino una niña, debería ser protegida de cualquier molestia o eventualidad desagradable...

—Permítame, Hewitt. —W. G. Dill se había incorporado y fue hacia él, espetándole a Cramer—: La señorita Tracy es mi empleada, y supongo que me corresponde a mí velar por ella. Si no tiene usted inconveniente, la acompañaré.

Yo no dejaba un minuto de estudiar a Anne, sabedor de que el mejor momento para descubrir la índole de una mujer es cuando se halla en apuros. A decir verdad, se estaba conduciendo maravillosamente. Después de cuatro días en primer plano, como atracción principal en una Exposición, con derivaciones tales como ser

fotografiada por las mejores casas, o salir a cenar con Lewis Hewitt, ahora el fango amenazaba salpicarla con la penosa secuela de un asesinato, por más que hasta el momento nada había hecho que desmereciera en mi respeto, a pesar de mi hipótesis relativa a cómo disparar un gatillo con los dedos de los pies.

Pero en esta oportunidad su táctica no era desasosegada. Podría haber declamado algún trozo escogido acerca de hallarse amparada por su virtud, y que no necesitaba ser protegida por ningún avinagrado dueño, ni por millonarios cultivadores de orquídeas, pero se limitó a no hacer caso de W. G. Dill, sin decir esta boca es mía. Empecé a sospechar que la niña conocía vericuetos no previstos por mí, aunque quizá su mentalidad, simplemente, era limitada; pero no lo interpreten mal: seguí siéndole fiel. Aunque se hiciera la tonta con esa cara... Porque para la expansión intelectual de la vida están las bibliotecas.

Salió, pues, con Cramer, que informó previamente a Hewitt y a Dill que no hacía falta protegerla de eventualidad alguna, y los hizo pasar, a ella y a Murphy, por la puerta que le fue indicada, a un cuarto interior. Se produjo, sin embargo, una breve demora.

—¡Señor Cramer, hágame el favor!

Hablaba Nero Wolfe; disimulé una mueca. Por supuesto, se disponía a exigir o a solicitar (depende de lo que creyera más efectivo) que se me permitiera llevarlo hasta casa en el coche. Esperé que Cramer accediera; una vez que estuviese en el automóvil y diera rienda suelta a su cólera, lo dejaría desahogarse, y cuando concluyera su parte, entonces metería yo mi cuchillito en su herida, y lo revolvería un poco; no se me ofrecían con gran frecuencia oportunidades como ésta.

Cramer se había vuelto.— ¿Qué quiere?

—Quiero terminar la discusión —dijo Wolfe— que estábamos sosteniendo con el señor Hewitt, acerca de las orquídeas.

—Hágalo.

—Pero no en una jaula de fieras como ésta, sino en privado y decentemente, si podemos hallar una salita en alguna parte.

—Vaya, pues. Repito que todos ustedes pueden marcharse.

—Y el señor Goodwin debe estar presente para tomar notas; cuando usted lo necesite, lo tiene a su disposición. No puede detenerlo legalmente, a menos que esté dispuesto a...

—¡Santo Cielo! —bufó Cramer, exasperado — . ¡Para discutir sobre orquídeas! Todo lo que exijo es que quede a mi disposición en cualquier momento.

Y traspuso el umbral con los otros dos; la puerta se cerró a sus espaldas. Eché a Wolfe una mirada venenosa sin disimulo alguno, y Purley Stebbins lo contempló con evidente sospecha. Ninguno de los dos hicimos impresión en Wolfe, que se había levantado de su asiento y dialogaba con Lewis Hewitt en voz baja. Hewitt, ceñudo, asintió de mala

gana, y echó a andar hacia la puerta de la antecámara con Wolfe detrás.

—Vamos, Archie —dijo Wolfe.

Purley me obstruyó la salida.

—¿Adónde va?

—En el otro extremo de la antesala hay un cuartito... —explicó Hewitt.

Purley no lo veía con buenos ojos; que yo, detenido, saliese por una puerta con rumbo ignorado, debía serle píldora difícil de tragar. Ni siquiera sonrió cuando, por vía de broma, le metí un pulgar entre las costillas al pasar por su lado.

El cuartito del otro extremo de la antesala era minúsculo y no disponía sino de una ventana, un par de mesitas y cuatro sillas de madera. La mujer tristona de la entrada vino a encendernos la luz y volvió a salir, cerrando la puerta. Wolfe miró con desconfianza a las endebles sillas, dirigiéndome una significativa señal, pero me hice el tonto, porque no me hallaba con humor para acarrear aquel confortable asiento que quedaba en el primer saloncito. Apretando los labios, se sentó, cuidando de centrarse exactamente para no perder el equilibrio.

—Siéntese, señor Hewitt —invitó.

Hewitt permaneció de pie.

—Extraños preámbulos —dijo, observándome a mí y luego a Wolfe—. ¿Qué puede usted tener que decirme, algo tan confidencial como para...?

—No le quepa duda —interrumpió Wolfe bruscamente—; se lo aseguro.

—¿Acerca de las orquídeas? Difícilmente creo...

—No de las orquídeas. Del crimen. Sé quién mató a ese hombre.

Los ojos de Hewitt se abrieron desmesuradamente.

—Sí.

—Pero, mi estimado señor Wolfe —Hewitt parecía disconforme, pero siempre cortés—, no considero, por cierto, que sea asunto para discutir confidencialmente conmigo. Las autoridades respectivas...

—Prefiero discutirlo previamente con usted. Sugiero que mantengamos las voces lo más bajas posible; no sería difícil que un policía pegase la oreja a la puerta.

—¡Bah! Tanto melodrama...

—Hágame el favor, señor Hewitt, de no denigrar al melodrama. No es sino un punto de vista. Deseo participarle a usted una nueva versión acerca de la muerte de Harry Gould. El tiro fue disparado por mi ayudante, el señor Goodwin... Ruego me permita concluir. En primer lugar, hay que establecer el hecho. ¡Archie!

Yo me había sentado. El gordo infame me había quitado mi desquite. Me le encaré con tono amargo:

—¿Qué pasa si lo dejo en la estacada?

—No lo harás. Además, tampoco puedes. Yo vi el pedazo de hilo que retiraste. Y deseo decirte que tu actuación esta tarde ha sido satisfactoria. Completamente satisfactoria. ¿Sentiste un tironcito al recogerlo? Es el único detalle que me falta.

—¿Qué diablos significa todo esto? —preguntó Hewitt, arrojando la cortesía por la borda—. Si ustedes se creen que...

—Por favor, señor Hewitt... Y baje un poco la voz. Resumiré la situación lo más brevemente posible. Si yo informara al inspector Cramer...

—Hubo un tirón —dije—; una ligera sacudida; yo no la noté particularmente en ese momento, porque estaba rabiando a más poder.

—Bien lo sé —asintió Wolfe—. Mi informe a Cramer sería el siguiente: Lewis Hewitt dijo que había perdido su bastón. Poco después, en el corredor del tercer piso, vimos el bastón tirado en el suelo, con el puño encorvado contra la rendija de la puerta que conduce a la instalación de Rucker y Dill. Eso ocurría a las cuatro y veinte minutos. El señor Goodwin recogió el bastón, y al hacerlo advirtió un tirón. Él lo califica de ligera sacudida, pero es extraordinariamente fuerte, y además se encontraba en un agudo estado emocional. Anudado en el gancho del bastón había un fragmento de hilo verde, que sacudió antes de entregárselo a su dueño.

—Yo no vi ningún hilo —cortó Hewitt.

—Puede ser — admitió Wolfe —. La gente que hereda fortunas no suele molestarse en ver las cosas. Pero el señor Goodwin ciertamente que lo vio, y yo también, y él sintió el tirón. Esa sacudida, sin lugar a dudas, provocó el funcionamiento del gatillo y la rotura del cordel. Esa sería mi exposición a Cramer, puesto que los hechos no admiten duda.

—Le repito que yo no vi ese hilo.

—Pero nosotros sí. Baje esa voz, señor Hewitt. Y Goodwin lo tocó. Por supuesto, ¿no imaginará que nosotros hemos fraguado todo esto?

—No... —Hewitt miró la puerta, y luego hacia nosotros dos sucesivamente—. No, no creo que lo hayan fraguado..., pero es inconcebible... —Se detuvo estupefacto—. ¿Qué es eso?

—El pedazo de hilo —dijo Wolfe.

El muy pillastre lo había sacado del bolsillo de su chaleco. Me incorporé para examinarlo, y no había duda: lo era. Con una exclamación, por lo bajo, volví a mi silla. Hewitt también se sentó. Parecía como si se diera cuenta de que algo tenía que hacer, y preguntó.

—Usted, Dill y Goodwin me dejaron allí —dijo Wolfe—; me dejaron plantado, y solo. Coloqué las plantas en el suelo, y dicho sea de paso,

poseo mejores *Hasellis* que ésas, cultivadas por mí. En cierto momento, mi cerebro empezó a atar cabos, cosa notable dadas las circunstancias; no diré que previ esta entrevista, pero sí tuve la suficiente intuición para ir hacia el corredor a buscar este fragmento de hilo, en el suelo, y recogerlo. Indudablemente, es el pedazo que estaba atado en el cayado de su bastón; comparándolo con el trozo que quedó sujeto al gatillo, Cramer puede aceptar nuestra hipótesis como una certeza. Es decir, podrá si yo le proporciono los elementos. ¿No piensa usted que debería hacerlo?

—¡Dios me libre! —musitó Hewitt—. Mi bastón... ¡Dios me libre! ¿Se da usted cuenta... que era mi bastón?

—Precisamente —convino Wolfe — . ¡Pero no hable tan fuerte! Claro que me doy cuenta. Quienquiera que sea el que planeó el asunto, preparó un lazo en el extremo del hilo, para pasarlo por debajo de la puerta. Quizá haya sido una idea posterior, accidental, sugerida al encontrar su bastón donde usted lo dejó, la de pasar el lazo por el puño de la caña y abandonarla allí para que el primero que tropezase con ella la recogiera. Si esto no hubiese sucedido antes de las cuatro y media, supongo que se habría ocupado personalmente. ¿Calcula usted la historia que sería para los periódicos? Dudo que oficialmente se concreten las sospechas en el sentido de que usted lo haya preparado, pero la opinión pública... al menos la mayoría... es aún menos sutil que la que sustenta sobre el particular el señor Cramer.

—¡Qué calamidad! —gimió Hewitt—. Esto.. —Se apretaba y se retorcía los dedos una y otra vez—. ¡Esto es horrible!

—¡Oh, yo no diría horrible! Simplemente desagradable. —Horrible. Para mí, un Hewitt. ¡Espantoso!

—Quizá por ser un Hewitt —concedió Wolfe—. Entonces mayor razón para que todo esto le interese. Quiero las plantas de orquídeas: las tres.

Esto cambió las cosas de aspecto. El cambio, que se retrató en el semblante de Hewitt, requirió apenas dos segundos. Hasta ese momento nada había sido amenazado, sino su tranquilidad de espíritu y quizá su reputación, y a lo más su vida y libertad. Pero ahora entraba en juego algo peor: la amenaza a su propiedad. Esto endurecía su corazón y contraía sus mandíbulas. Examinó a Wolfe con expresión obstinada y calculadora.

—Ya veo —silbó—. ¡Conque ésas teníamos! Para llamarlo por su nombre: extorsión. ¡Extorsión! ¡No, no he de hacerlo!

Wolfe suspiró:

—¿No quiere?

—¡No!

—Muy bien. No conseguiré las orquídeas, pero me ahorraré numerosas molestias. Archie, ve a traer al inspector Cramer; dile que es urgente. No seguiré sentado en este banquito de ordeñar ni un minuto

más de lo necesario.

Me levanté para dirigirme a la puerta, pero sin prisa; sabía lo que se traía Wolfe, porque Hewitt no resollaba. Era sólo guerra de nervios.

—¡Extorsión! —repitió Hewitt entre dientes.

—Anda, Archie —dijo Wolfe, y yo puse la mano en el pomo de la puerta.

—Aguarde un minuto —dijo Hewitt. Yo, sin quitar la mano de la perilla, lo miré interrogante.

—Una —dijo Hewitt—; le dejo elegir una.

Volví a sentarme.

Wolfe sacudió la cabeza, suspirando.

—Las tres; no voy a regatear, porque mi buen trabajo han de costarme. Llámele extorsión si quiere desahogarse, pero ¿y yo cómo quedo? Hay la posibilidad de que estas pruebas que oculto al inspector Cramer sean de vital importancia, y no es mi propósito escudar a un criminal. Si las retengo, tendré que ocuparme de descubrir al verdadero asesino, y encontrar suficientes indicios para inculparlo omitiendo esto.

Y si fracaso tendré que confesarlo todo a Cramer, eventualidad francamente deplorable, y devolverle a usted las plantas, lo cual es inadmisible. Así que no puedo fracasar.

—Dos, entonces —dijo Hewitt—; dos plantas; le serán entregadas cuando haya cumplido satisfactoriamente su parte del convenio.

Su dinero podía haberlo heredado, pero en verdad que sabía defenderlo.

—No —declaró Wolfe—. Las tres, y me las llevo ahora mismo a casa. Puede confiar en mí. En cambio yo no puedo fiarme de usted, porque si resulta al fin que usted asesinó a ese hombre, y debo denunciarlo, las perderé definitivamente.

—¡Cómo...! —Hewitt abría tamaños ojos furibundos—. ¡Cómo tiene usted el descaro de... cómo se atreve a sugerir...!

—Nada de eso. Yo no sugiero nada; considero las contingencias, y bien tonto sería si omitiese el hacerlo. —Wolfe puso una mano en el borde de la mesa para apuntarle, y se alzó del banquito de ordeñar—. Me voy a casa, a descansar en una silla como Dios manda, y a trabajar. Si me hace el favor de subir con el señor Goodwin, y entregarle las plantas para llevármelas conmigo...

CAPÍTULO CINCO

Claro está que me quedaba una carta de triunfo. Wolfe había

utilizado mi desquite y revuelto el cuchillo en el costado de Hewitt en lugar del suyo, como yo pensaba hacer, pero aun me restaba un recurso.

La oportunidad para ponerlo en juego era mientras Wolfe estaba distraído, el regresar a la primera salita, invitando a algunos a merendar. Por lo menos, le oí convidar a W. G. Dill y a Fred Updegraff. Al parecer, su intención era emplear el resto de la tarde en reflexionar sobre el caso, y convidarlos a merendar a todos, el día siguiente, para anunciarles el resultado. Hewitt había declinado mi ofrecimiento de ayudarle en el transporte de orquídeas desde el otro piso; su actitud para conmigo no era precisamente cordial. Cuando Wolfe hubo concluido sus invitaciones, abrió tranquilamente, sin dar golpe, la puerta por donde Cramer salió con Anne, y desapareció por ella.

Yo me acerqué a Purley Stebbins, instalado en una silla próxima a la puerta, y le guiñé el ojo para tranquilizarlo. Siempre la presencia de Wolfe o la mía le ponía nervioso, pero si nos presentábamos los dos juntos estaba como sobre alfileres. Así, pues, me recibió con mirar desconfiado y un gruñido.

—Vea, Purley —le advertí cordialmente—, aquí hay una para su libro de memorias. Esa dama —la que estaba sentada junto a la pared opuesta, con su consabido abrigo y el bolso azul bajo el brazo— va disfrazada; en realidad es una espía china. Lo mismo que yo. Trabajamos para Hoo Flung Dung. Si no me cree, escúchenos hablarnos en clave.

—¡Váyase al diablo! —sugirió Purley.

—¿Qué? Aguarde.

Crucé la habitación y me detuve delante de ella en forma que Purley no pudiese verle la cara.

—¡Hola, mi vieja amiga! —dije, en voz no muy alta.

—¡Habrase visto frescura! —exclamó ella—. ¡Márchese de aquí! —¿Frescura? ¿Yo?

—Márchese, le digo. «¡Mi vieja amiga!» Jamás le he visto la cara.

—¿De veras? —Sonreí ampliamente—. Esta vez no se me escapa. Si les informo que la vi en aquel corredor, a las tres y media, «esperando a alguien», me creerán, no le quepa duda, y tendrá que inventar otra cosa en lugar de aquella historia de haber abierto la puerta a las cuatro y media, porque había equivocado el camino y buscaba la salida. Piense ligerito y no me repita que me marche, o nos separaremos para siempre. Y no haga muecas con la cara y mantenga bajo el tono de voz.

Bajo un pliegue del abrigo retorcía los dedos.

—¿Qué es lo que quiere?

—Conocerla mejor. Saldré de aquí dentro de un minuto guiando el coche de mi patrón, pero estaré de regreso muy pronto, para una pequeña plática pendiente con el inspector. Después iré al cine Grand

Central, y la encontraré a usted en la última fila. ¿Verdad?

—Sí.

—Seguro, ¿eh?

—Sí.

—Más vale así. En ese caso, resultará cierto lo de que jamás nos habíamos visto. Cuando termine aquí su función, lo probable es que manden a un agente para seguirla; no intente despistarlo. Nos encargaremos de eso cuando salgamos del cine. ¿Entendido?

—Sí.

—¡Magnífico! Séame fiel y lucirá orquídeas negras.

Me proponía acercarme a Purley, para disipar con bromas cualquier sospecha que pudiera estar hormigueándole en el cuerpo, pero se abrió la puerta y surgió Wolfe, y Cramer detrás, que desde el umbral ordenó:

—¡Purley! Goodwin llevará a Wolfe hasta su casa, y regresará dentro de media hora.

—Bien —contestó Purley, respetuosamente.

—Vamos, Archie —dijo Wolfe.

Aguardamos en la antesala, y a los pocos minutos apareció Lewis Hewitt, seguido de un guardián que se afanaba por conservar el equilibrio con la vitrina entre los brazos. La transferencia fue realizada sin ceremonias, no sin que Wolfe traspasara el vidrio con sus ojos deleitados, y partimos. Instalar a Wolfe en la trasera del auto, cuando llegamos donde se hallaba estacionado, constituyó, como siempre, una maniobra pesada, y luego deposité la vitrina sobre el suelo, a sus pies. El suspiro que, al llegar diez minutos después a la vieja casa de la calle Treinta y Cinco Oeste, próxima al río, desahogó su pecho, así que confió su peso y volumen a un sillón construido expresamente para ello, fue una proeza de profundidad y duración.

—Más vale que vuelvas allí —dijo — . Lo lamento y me fastidia en verdad, pero le di mi palabra a Cramer. Teodoro cuidará de las plantas. Regresa para la cena, si puedes; tenemos salchichas «minuit».

Se sentía magnánimo, por lo visto.

—Pero yo no di mi palabra a Cramer —afirmé.

—No... —Meneó el dedo con amistosa reconvención—. ¡Archie, nada de jugarretas!

—Verá. En primer lugar, necesito reponerme.

En la cocina di buena cuenta de dos tazones de leche con bizcochos, mientras departía con Fritz y me saturaba con el aroma de la salsa que estaba preparando. Tomar leche con bizcochos y oler salchichas «minuit» simultáneamente es como estar sentado en el cine rodeando con el brazo el talle de una maritornes, mientras en la

pantalla Hedy Lamarr provoca incendios. Instruí a Fritz para que me guardase algo, si es que volvía tarde, y me marché.

Eran las siete y cuarto cuando hice mi entrada en el salón de las oficinas del segundo piso, en el edificio del Grand Central Palace. Habría allí una docena o más de personas, la mayoría de ellas desconocidas para mí, pero contándose en su número W. G. Dill y Lewis Hewitt.

Updegraff no estaba visible, como tampoco Anne Tracy, ni la muchacha con quien tenía cita. Su ausencia me infundió deseos de apresurar el procedimiento por medios enérgicos, pero no fue necesario porque a los dos minutos la puerta interior dio salida a Pete Arango, y Purley me hizo señas de entrar. Cramer se hallaba allí con un sabueso que yo no había visto antes, y Murphy provisto de su cuaderno de notas. El cigarro, mal encendido, lo había mordisqueado hasta la mitad, y su semblante no expresaba precisamente júbilo.

—Veamos —dije jovialmente, al sentarme — , ¿qué puedo hacer para ayudarles?

—Meterse en un circo —replicó Cramer—. ¡Canastos, usted haría payasadas en su propio funeral! ¿Para qué ha estado vagando por aquí toda la semana?

De ese tenor fue todo lo siguiente: una andanada de porqués, cómos y cuántos; cuatro hojas de cuaderno llenas, y mi ingenio desperdiciado en esa morralla de la brigada de homicidios, como de costumbre. A decir verdad, mi ingenio no era muy chispeante, porque me escocía salir de allí para acudir a mi cita, ya que aparentemente la sesión de Anne había terminado y se hallaba en libertad. Así que traté de ser escueto y de resolverles todos los detalles posibles: ya se nos concluía el material cuando la puerta se abrió para dar paso a un sabueso pequeñito, de nariz chata. Cramer lo increpó después de mirarlo extrañado:

—¿Qué diablos hace usted aquí?

El agente abrió la boca y volvió a cerrarla. No estaba muy deseoso de explicarse, comprendí, y al segundo intento soltó:

—La perdí.

Cramer contestó con un gruñido.

—No fue culpa mía —dijo el individuo—. Le juro que no, inspector. ¡Ese condenado «metro»...! Entró un tren ligero y se detuvo, y ella siguió en el andén como si aguardase al expreso, y al fin, en el último instante, se coló dentro...

—¡Cierre el gaznate —dijo Cramer— y así se atragante! ¡Caramba! Lo que yo me pregunto es... Pero ¿qué importa lo que yo me pregunto? ¿Cuáles son su nombre y dirección?

Murphy hojeó hacia atrás el cuaderno de declaraciones y se detuvo en una página:

—Ruby Lawson, calle Sullivan, 114.

El infortunado policía sacó su memorándum y la escribió.

—No creo que fuera deliberado —dijo—; pienso que simplemente cambió la idea. Pienso que debió...

—¿Qué piensa? ¿Dice usted que piensa?

—Sí, inspector, yo...

—¡Fuera! Reúnase con otro, con Dorsey por ejemplo, y vaya a esa dirección a ver si la encuentra. No la detenga, pero sígale los pasos. Y por Dios, ¡no piense! Usted, pensando, es una incongruencia.

El pensador se fue. Naturalmente, yo no veía la hora de salir de una vez; de manera que recostándome confortablemente en la silla, crucé las piernas y comencé:

—Francamente, cuando se me encomienda seguir a alguien y llegamos a una estación del «metro», es mi costumbre invariable...

—Puede marcharse... —interrumpió Cramer—. Si lo necesitamos, ya sé dónde encontrarlo.

—Pero yo creo...

—¡Le repito que se marche!

Muy tranquilo y sin la menor prisa ostensible, me levanté y salí, y de paso por el salón exterior me detuve a cruzar una palabra amistosa con Purley, pero en cuanto alcancé las escaleras, ¡a volar! Las probabilidades eran ciento contra una de que me hubiese engañado, pero con todo apreté el paso hasta la entrada por la Avenida Lexington de la Estación Grand Central, y de allí al cine, donde, previa disminución de mis caudales, entré a comprobarlo. No estaba en la última fila, y no perdí tiempo en inspeccionar las otras. Puesto que había dado un nombre y domicilio falsos a Cramer, con astucia bastante para fijarse en que combinara con el «RL» de su bolso, me figuré que probablemente no dejaría que la hierba le creciese bajo los pies. En el corredor aproveché la luz para dar una rápida ojeada a mi libretita de notas, consideré la conveniencia de tomar el «metro», decidiendo que no, y acabé por salir a la calle 48, donde tenía estacionado el coche.

Mi olímpico desprecio del «metro» me costó mi buen retraso, porque dar la vuelta por la Park Avenue era una maniobra tan complicada a esa hora, que me llevó mucho tiempo, pero una vez fuera del centro me desquité.

El número 326 de Morrow Street, en el extremo sur de Greenwich Village, ostentaba uno de esos frentes de ladrillos pintados, que recibieron la pintura en tiempo inmemorial. De los dos focos suspendidos en sendos brazos de hierro a la entrada del vestíbulo, sólo uno funcionaba. Estacioné el coche al otro lado de la calle y escudriñé un poco el terreno. En el vestíbulo veíase la acostumbrada hilera de buzones privados y campanillas, y la tarjeta debajo de uno de ellos

rezaba LASHER, impreso. Muy bien, pero la circunstancia particular mente interesante era que en la misma cartulina, encima de LASHER, otro nombre había sido impreso: GOULD. Estaba inclinado sobre el tablero cerciorándome, cuando la puerta interior dio paso a ella misma. Fácil era deducir que por desdeñar el «metro», por poco me quedo con un palmo de narices, pues llevaba una maleta en la mano, y se agachó para recoger una bolsa de viaje después de girar la perilla de la puerta.

—Permítame —dije, extendiendo una mano—. Eso parece pesado. Me recibió con una mirada azorada, y soltando la maleta se sentó en

ella y empezó a llorar. Ni se cubrió la cara con las manos, sino que simplemente prorrumpió en lágrimas. Aguardé unos minutos a que escampara.

—Mire —manifesté—; está obstruyendo el paso, si alguien quiere entrar o salir. Déjeme alzar sus bártulos...

—Sinvergüenza —exclamó entre sollozos — , pedazo de...

—No —dije con firmeza—; no, chiquilla. Usted quiso hacerme una jugarreta y me humilló—. Recogí la maleta grande que también había soltado—. Vamos.

—¡Está muerto! —dijo; ya no se cuidaba de cosa tan insignificante como las lágrimas—. Usted lo ha visto, ¿verdad? Pero, ¿es que nadie tiene corazón? La forma en que tuve que aguantar allí, fingiendo... —Se detuvo mordiéndose los labios y de pronto se puso en pie y me fulminó con los ojos — . ¿Y quién es usted, después de todo? ¿Cómo supo quién era yo? ¿Cómo hizo para llegar aquí tan pronto? Es un sabueso; eso es usted, un infame sabueso...

—No —le así fuertemente el brazo —. Si quiere usted decir que soy un detective oficial, no. Mi nombre es Archie Goodwin, y trabajo para Nero Wolfe. Tengo el coche fuera y me la llevo a casa de Wolfe para una pequeña conferencia. Mi jefe posee uno de los corazones más tiernos del mundo, enterrado bajo una tonelada de grasa.

Por supuesto protestó; me desafió aún a llamar a un policía, pero tornó a lloriquear de nuevo, y durante el llanto cargué con la impedimenta y la guié hacia la calle, donde aguardaba el auto. Todo el camino hasta la calle Treinta y Cinco lloró y hube de prestarle mi pañuelo.

Con las manos ocupadas por las maletas, hice que me precediera en el descansillo y tocase la campanilla para que Fritz nos diera entrada. Así lo hizo, y la auxilió con su abrigo como un gran mayordomo a la duquesa de Windsor. Uno de los rasgos más estimables de Fritz era ése, que para él todo cuanto lleva faldas es una dama.

—El señor Wolfe está comiendo —anunció.

—No me cabe duda. Lleve a la señorita Lasher a la oficina. Entré en el comedor con el equipaje, que deposité junto a la pared,

y me aproximé a la mesa. Allí flotaba él entre nubes de placer.

Echó una mirada extraña a las maletas y luego a mí.

—¿Qué es eso? Esas no son tus maletas.

—No, señor —convine — . Pertenecen a un personaje que traje conmigo, llamada Rose Lasher, y que puede ayudarlo a conservar esas orquídeas. Se halla atribulada, y hambrienta. Yo también estoy hambriento. ¿Me quedo a acompañarla en la oficina...?

—¿Hambrienta? Tráela aquí; hay bastante de todo.

Fui al despacho a por ella. Había cesado de llorar, pero parecía desconsolada.

—*Miss* Lasher —dije—, éste es Nero Wolfe. Jamás discute en la mesa los negocios, así que comeremos primero y luego iremos al grano.

Le ofrecí una silla.

—No quiero comer —dijo con un hilo de voz — . No puedo comer...

Pero se zampó siete salchichas, lo cual no menoscabó en lo más mínimo su pena. Las salchichas «minuit» de Fritz volverían goloso hasta a Gandhi.

CAPÍTULO SEIS

—Y ahora —abrió el debate Wolfe—, ¿cuál es el motivo de la presencia aquí de *Miss* Lasher?

La cena había concluido y estábamos instalados en el despacho. Wolfe se había sentado, presidiendo desde su escritorio, y descansaba con los dedos beatíficamente entrelazados sobre el mausoleo de las salchichas, y los ojos encarnados. Yo en el mío, y Rose en una silla tapizada de cuero rojo frente a Wolfe.

Informé sobre los detalles, sucinta, pero completamente.

—¡Ajá! —Wolfe inclinó imperceptiblemente la cabeza—. Satisfactorio, Archie. —Volvió la cabeza hacia ella—: Usted debe tener mucho que contar, señorita Lasher; cuente pues, si me hace el favor.

Ella trató de eludir.

—¿Contar qué?

—Comience por el final. En qué parte del corredor se escondió entre las tres y media y cuatro y media, y a quién y qué cosa vio.

—Yo no me escondí. Salí, y al volver, de nuevo, vi a ese hombre abriendo la puerta. Entonces fui...

—No, nada de embustes. Usted aguardaba para cortarle el paso a Gould cuando saliera, y se ocultó. A la policía no le agradará que les haya mentido, dándoles nombre y dirección falsos, y escapándose luego.

De manera que si me dice la verdad, quizá no la descubra a la policía.

—Yo no me escapaba; simplemente iba a visitar a una amiga.

Fue realmente tarea ímproba despegar esa ostra. Se mantuvo en sus trece por lo menos diez minutos, a pesar de toda la táctica de Wolfe, y no se dio por vencida hasta que traje el equipaje del comedor y lo requisé. Las llaves las había sustraído de su bolso, y hubo un momento en que pareció dispuesta a arañarme y darme de puntapiés, pero finalmente cesó de gimotear, y se limitó a taladrarme con sus ojos furiosos.

Hice la requisa amplia y metódicamente. Cuando concluí, la maleta rebosaba en prendas y accesorios femeninos, y apilados en el escritorio de Wolfe veíase una colección de cosas que a todas luces no eran de mujer. Camisas, corbatas, tres fotografías de Harry Gould, un puñado de instantáneas, otro de cartas atadas con un hilo, la de encima dirigida a Rose, y varios otros artículos, entre ellos un gran sobre de papel manila, asegurado con un broche.

Abrí el sobre para sacar el contenido. Sólo había dos cosas dentro, y ninguna de ellas fue inesperada. Una era la tarjeta de un garaje, manchada de grasa, con una leyenda impresa en el ángulo superior: «Garaje Nelson, Salamanca, Nueva York», y a juzgar por la lista de reparaciones anotadas, aquel coche debía haber topado contra una montaña. La fecha era 4—11—40. Lo otro eran impresos, y los desdoblé. Habían sido arrancadas del *Diario del Jardinero,* que habría reconocido por el tamaño y tipografía aun sin leer el encabezamiento. El artículo estaba titulado «El amarillo de Kurume en América», y lo firmaba Hewitt. Con un gesto significativo, se lo tendí a Wolfe. En eso observé algo que se me había escapado en la tarjeta del garaje, algo escrito con lápiz en el reverso. Era un nombre: «Pete Arango», escrito con letra pequeña y fina muy diferente del garrapateo del anverso. Otra muestra de la misma escritura diminuta estaba delante de mis ojos, en el sobre primero del paquete de cartas dirigidas a Rose Lasher, y cuando desaté el hilo, y saqué la carta, hallé que estaba firmada «Harry».

Pasé los documentos a Wolfe, y él les echó una ojeada y dio un gruñido.

—Esto interesará más aún a la policía —clavó los ojos en Rose—. Más que su...

—¡No! —gritó ella, retorciéndose como una serpiente—. No hará... ¡Oh, por Dios, no debe...!

—¿Dónde se ocultó, en el corredor?

Confesó. Se había escondido, sí, en aquel corredor, desde el momento en que yo la vi allí, hasta un rato después, en que había espiado por la puerta entreabierta del local de exposición. El escondite era entre los cajones y arbustos de la pared del fondo del corredor. El tumulto inusitado la había alarmado, y consiguió escurrirse al salón

principal y meterse entre el gentío, donde yo le devolví el bolso, que había dejado caer sin sentirlo.

¿Qué cosa y a quién había visto, mientras se ocultaba en el corredor?

Nada. Quizás a algunas personas, pero no sabía quiénes. Nada ni nadie que recordase, salvo Fred Updegraff.

Claro está que mentía. Tenía que habernos visto a Wolfe, a Hewitt y a mí, pasar y recoger el bastón, pues éste se hallaba allí, junto a la puerta que vigilaba. Y debió ver a alguien abandonarlo en ese lugar, inclinarse para pasar el cayado por el lazo del hilo, y probablemente abrir la puerta para asegurarse el lazo ya a punto, escondido entre el follaje. Pero Wolfe estaba en desventaja; no se atrevía a mencionar el bastón; imposible. Pero, ¡caramba! ¿Esperaría que ella misma lo nombrase, y acaso hiciera mención de quién entró allí, llevándolo, y lo dejó intencionadamente en ese sitio?

Al parecer eso esperaba, pero ella era tozuda. Se retrajo otra vez, y jamás vi a Wolfe gastar tanta pólvora y conseguir menos caza. Finalmente recurrió al ardid de telefonear a Cramer, y ni por ésas. Entonces arrojó la esponja, y llamó a Fritz para que trajese cerveza.

En ese punto el teléfono llamó, y acudí, escuchando una voz conocida…

—¿Archie? Saúl Panzer… ¿Puedo hablar con Wolfe?

Wolfe recibió la comunicación, y me enteré de que durante mi ausencia se había puesto en contacto con Saúl, mandándolo a la Exposición de flores. Tras escuchar su informe, dijo a Saúl que cortase y se presentara en la oficina. Cuando colgó el auricular, se recostó en el respaldo, exhalando un hondo suspiro, y mirando a Rose con aire poco amistoso.

—Ése —dijo— era un hombre que envié a recoger datos acerca del joven Gould. Prefiero que empiece usted por decir lo que sepa. Le permitiré hasta mañana que refresque su memoria, respecto a lo que vio en el corredor esta tarde, pero sobre él tiene que hablar ahora; hay toda la noche por delante. ¿Cuánto hace que lo conocía?

—Unos dos años —dijo ella con fastidio. —¿Es usted su mujer… su viuda? Enrojeció, y apretó los labios.

—No. Me dijo que era de los que no se casan.

—Pero vivía en Morrow Street con usted.

—No. Solamente me visitaba. Él ocupaba un cuarto en una de las casas de Dill, en los viveros de Long Island. Nunca supo nadie lo de Morrow Street… quiero decir, allá. —Entonces se enderezó de pronto, con ojos llameantes, dando muestras de un coraje sorprendente —. ¡Y nadie ha de saberlo! ¿Me entiende? Mientras yo viva, ¡nadie!

—¿Tiene usted parientes en Long Island? ¿Vive allí su familia?

—¡Eso no es cosa suya!

—Quizá —concedió Wolfe — . Preferiría que así fuese. ¿Cuándo y dónde conoció a Gould?

Ella callaba.

—Mire —declaró Wolfe enérgicamente—, no me irrite más de lo razonable. La próxima vez que mande a Goodwin a llamar a Cramer no será una estratagema.

Ella tragó saliva. Meditó un buen rato y dijo:

—Yo era una empleada en una tienda de Richdale, y él... lo conocí allí. Eso fue hace casi dos años, cuando él trabajaba para Hewitt.

—¿Para Lewis Hewitt, quiere decir?

—Claro, en la residencia de Hewitt.

—¡Ajá! ¿Qué hacía allí?

—Era jardinero y a veces hacía de chófer. Después lo despidieron; él siempre decía que renunció, pero fue lo otro.

—¿En qué época?

—Hará cosa de un año. El invierno antepasado, para ser más exacta. Como era experto en invernaderos, no tardó en conseguir otro trabajo en casa de Dill. Eso queda a dos millas al otro lado de Richdale; habitaba en una de las casitas.

—¿Vivía usted con él, entonces?

—¿Yo? —exclamó con indignado asombro—. ¡No! ¡Yo tenía mi casa! —Dispénseme. ¿Cuánto hace que ocupa su habitación de Morrow

Street?

Nueva interrupción.

—Ea, *Miss* Lasner. Hasta el portero podría decirme eso.

—Mire —estalló ella—. Harry Gould era un sinvergüenza. Jamás fue bueno para nadie, y yo bien lo sabía. Pero la complicación es que cuando uno empieza, surge el lío; claro está, si empieza y no se desliga a tiempo... Aunque me constaba cómo era, tenía un no sé qué... Siempre se jactaba de que no se casaría nunca, pero cuando me llevó a la casa de Morrow Street, un día... fue en junio; en junio del año pasado, y dijo que la había alquilado, que a lo mejor le daba el gusto del hogar, y quién sabe si se dejaría atar, abandoné mi empleo y me fui allí a vivir. Ese es el tiempo que he pasado en esa casa: nueve meses. Al principio estaba asustada; después ya no. Dinero de sobra no teníamos, aunque sí el suficiente, hasta que volví a preocuparme otra vez por este motivo. No sabía cómo ni de dónde lo sacaba él.

Era como ver salir habas a borbotones por la desgarradura de un saco; Wolfe se regodeaba con el espectáculo.

—Vino a casa una noche, porque me visitaba cuatro o cinco veces por semana; fue en diciembre, no mucho antes de Navidad, y traía consigo más de mil dólares. No quiso dejarme contarlos, pero eso debe haber sido, o quizá dos o tres mil. Me compró un reloj, y eso me complació, pero todo ese dinero lo que hizo fue atemorizarme. Él empezó a cambiar, y venía con menos frecuencia. Y entonces, hace cosa de un mes, me dijo que se casaba.

Apretó la boca, y tuvo que tragar saliva un momento.

—Pero con usted —añadió Wolfe.

—¡Oh, no! —Lanzó una risa despectiva—. ¡No conmigo; para qué! Pero no quiso decirme el nombre de ella. Y seguía nadando en dinero. Ya no me lo mostraba, pero varias veces, por la noche, le revisé los bolsillos, y llevaba una libreta de cheques con más de tres mil dólares a su nombre, y siempre andaba con gruesos fajos encima. Y ayer vi un retrato suyo en el diario, en la Exposición de flores, con esa chica. Y no me había dicho nada sobre eso; ni media palabra. Por Morrow Street hacía casi una semana que no se acercaba, y tampoco vino anoche. Así que fui allá hoy y lo vi con ella. Cuando los encontré juntos quise matarlo. Se lo digo francamente; ¡sentí ganas de matarlo!

—Pero no lo hizo —murmuró Wolfe.

—Ganas no me faltaron —insistió ella, con gesto amargo.

—Pero no lo hizo.

—No —dijo Rose—; no lo hice.

—Pues alguien fue. —La voz de Wolfe era suave—. Porque ha sido asesinado, y usted, naturalmente, simpatizará con el esfuerzo por descubrir al criminal. No me cabe duda de que usted tratará de ayudarme en mi labor.

—¡Yo, no!

—Pero, mi querida *Miss* Lasher…

—¡Yo no soy su querida *Miss* Lasher! —Desde el borde de su silla, encogida, le hablaba sibilante—: Sé lo que soy, una mujer desgraciada, eso; bien lo sé. Pero no tengo un pelo de tonta, ¿lo sabe? Harry ha muerto, ¿verdad? Quién lo mató yo no lo sé, aunque tal vez sea usted mismo, o ese Clark Gable de diez centavos ahí presente, que se cree tan hábil como para jugar al tobogán cuesta arriba. Quién haya sido ni lo sé ni me importa; todo lo que me interesa es una cosa: que mi gente no se entere de nada, absolutamente de nada de esto, y si da la mala estrella de que no pueda impedirlo y lo descubren, no les daré otro trabajo que el de enterrarme. —Se enderezó muy tiesa—. Es mi honor —dijo—. Es el honor de mi familia.

Si eso procedía de las películas o de donde fuera, la verdad es que cito textualmente. Me inclino a sospechar del cine, considerando la tan ridícula y poco elegante alusión de que yo era un Clark Gable de diez centavos. Lo primero, él tiene una sonrisa boba, y luego nadie podría

aducir que me parezco a un artista de cine; en ese caso, más apropiado sería Gary Cooper que Clark Gable.

En fin, tales fueron sus palabras. Y al parecer, las dijo de corazón, porque aunque Wolfe continuó pacientemente insistiendo, no sacó mucho más. Ella no sabía por qué Harry había sido despedido de casa de Hewitt, o de dónde venía su repentina fortuna, o por qué guardaba tan cuidadosamente aquella tarjeta del garaje, o se interesaba por los amarillos de Kurume, cosa de la que ella jamás había oído hablar. Sobre todo, era incapaz de recordar a nadie ni a nada en el tiempo en que estuvo escondida en el corredor. A juzgar por la perseverancia de Wolfe, augurábame una noche laboriosa.

A eso de las once sobrevino una interrupción con la persona de Saúl Panzer. Lo hice pasar, y entró en la oficina. Con una mirada de sus penetrantes ojos grises, adhirió a Rose a su galería mental de retratos, de donde difícilmente se despintaría, y luego se detuvo, con su viejo traje color castaño (jamás usaba sobretodo) y un sombrero tan castaño y viejo como el traje. Parecía un veterano de la reserva, por más que poseía dos casas en Brooklyn y era el mejor sabueso del Oeste de Atlántico.

—La señorita Rose Lasher, el señor Saúl Panzer —los presentó Wolfe cortésmente—. Archie, alcánzame el atlas.

Me estremecí. Una de sus maneras favoritas de pasar una velada era con el atlas..., ¡pero habiendo visitas! Murmurando una cita clásica que patentizaba mi neutralidad, se lo entregué, y me volví a sentar mientras él hacía su corto viaje. Muy pronto cerró el atlas y lo apartó a un lado, encarándose nuevamente con Rose.

—¿Estuvo Gould alguna vez en Salamanca, Estado de Nueva York?

Dijo que no sabía.

—Esas cartas, Archie.

Fui en busca de la pila, y le di la mitad y retuve las otras para leer los sobres. Ya llegaba casi al final, cuando Wolfe emitió un gruñido de satisfacción.

—Aquí hay una postal que le envió a usted desde Salamanca, el catorce de diciembre de mil novecientos cuarenta. Una fotografía de la biblioteca pública. Dice: «Estaré de vuelta mañana o pasado. Te quiero y te besa, Harry.»

—Entonces supongo que estuvo allí —admitió Rose, displicente.

—Archie, dale a Saúl cien dólares. —Wolfe entregó a Saúl la postal y la tarjeta del garaje — . Vaya a Salamanca, con el aeroplano de Búfalo, y alquile un automóvil. ¿Sabe cuál era la descripción de Gould?

—Sí, señor.

—Anote las fechas... pero no hace falta que se lo indique. Preséntese allá y vea lo que consigue. Telefonéeme al llegar.

—Sí, señor. Si hace falta, ¿pago alguna otra comunicación?

Wolfe hizo una mueca.

—Dentro de lo razonable, porque quiero todos los datos posibles. Que sean doscientos, entonces, Archie.

Conté diez billetes de veinte, que fueron pasando a las manos de Saúl, del fajo que saqué de la caja fuerte, y que metió en su bolsillo, retirándose como solía sin hacer preguntas ociosas.

Wolfe reanudó su debate con Rose, tras tocar el timbre para pedir cerveza. Primero invirtió cinco minutos tratando de hacerle recordar para qué había ido Harry a Salamanca, o si él había expresado algún comentario respecto a ese viaje, pero fue en vano. Salamanca resultó un callejón sin salida. Entonces retrocedió a tópicos ya examinados, pero esta vez abordándolos con táctica indirecta. Disintió con ella de cosas de cocina, la interrogó acerca de la capacidad y experiencia de Harry como jardinero, cuánto le pagaban, su opinión (la de Harry) con referencia a sus amos Hewitt y Dill, si bebía, y otras costumbres.

Yo lo anotaba todo, afanoso, en mi libreta, pero en verdad no era materia como para estremecerse de emoción. Constábame que con ese método, hacia la hora del alba, Wolfe habría acumulado un repertorio de hechos que ella poco sospecharía, y entre los cuales uno o dos serían significativos, pero sin que figurase el que más deseábamos conocer: qué había sucedido en aquel corredor y con quién como protagonista. Tal como pintaba la situación, no osábamos permitir que la policía se incautase de ella, por muchas ganas que tuviésemos de librarla a su suerte, en el temor de que si Cramer conseguía abrirle la boca con algún método de los suyos y se enteraba del episodio del bastón, su magín atase cabos falsos y lo echara todo a perder. Y yo, personalmente, no quería, a pesar de todo, arrojarla a las fieras, aun teniendo en cuenta aquella comparación con Clark Gable.

Poco después de medianoche fue cuando sonó nuevamente la campanilla de la puerta de la calle, y fui a abrir, llevándome una desagradable sorpresa. Allí en el umbral estaba Johnny Keems. Jamás me incomodaba porque otro de los muchachos fuera llamado a colaborar en un caso, y tampoco me molestaba especialmente tratándose de Johnny, pero con sinceridad me revolvía el estómago verle su melosa sonrisa, al mismo tiempo que trataba de hacerme la zancadilla en cuestiones de trabajo. Así, pues, no lo recibí precisamente con bombos y platillos, y al punto lo aborrecí de todo corazón cuando vi que no venía solo, y más aún por quiénes le acompañaban.

Anne Tracy estaba detrás de él, y aguardando tras ella Fred Updegraff.

—Bien venidos —dije, ocultando mis sentimientos, y los hice pasar. El muy canalla se apresuró a señalarle el camino y trató de introducirse en el despacho con ella.

Di media vuelta y le cerré el paso.

—Alguna vez —le dije— te habían de dar con la puerta en las narices. Aguarda en la salita.

Me obsequió con su sonrisa particular, y esperé a que los tres pasaran a la salita de recibo para cerrar la puerta tras ellos. Entonces volví al escritorio y me puse a increpar a Wolfe.

—No sabía que había movilizado un ejército, mientras yo estaba ausente. Hay visitas. El individuo que pretende quedarse con mi puesto, que por mí lo tiene a su disposición, mi futura esposa, y el joven guapo de aspecto serio.

—¡Ah! —exclamó Wolfe—. Eso es cosa de Johnny. Debió haber telefoneado. —Se recostó en el sillón, con un gruñido. Se quedó mirando a Rose un instante, y luego cerró los ojos con el aire absorto de quien medita profundamente.

Abrió por fin los ojos y me dijo:

—Tráelos aquí.

—Pero... —empezó Rose, haciendo ademán de incorporarse.

—No tema —la tranquilizó.

Yo no estaba tan seguro de que no había que temer, pero el que quería las orquídeas negras era él y no yo. Así que obedecí sus órdenes. Johnny, que de dientes afuera es un caballero, hizo pasar delante a Anne y a Fred. Ella se detuvo en medio de la habitación.

—¿Cómo le va? —recibióla Wolfe, cortésmente—. Perdóneme que no me levante; rara vez lo hago. Permítame presentarle... la señorita Rose Lasher, la señorita Anne Tracy. A propósito, *Miss* Lasher me informaba hace un momento que estaba usted comprometida para casarse con el señor Gould.

—Eso es mentira —dijo Anne.

¡Qué fea estaba! En ningún instante, durante la tarde, cuando principió el tumulto o Cramer anunció que era homicidio, ni cuando se la llevó para interrogarla, había demostrado cansancio o palidez, pero ahora estaba aniquilada. Al menos, eso deducíase por su aspecto, y quizá por esa causa reaccionó como lo hizo a la observación de Wolfe, en forma tan manifiestamente grosera.

—¿Casarme con Harry Gould? —continuó—. ¡Eso no es cierto! — Su voz temblaba con algo que sonaba a desdén, pero también podía interpretarse diferente.

Rose saltó de su silla, vibrante de pies a cabeza. «Magnífico — pensé—. Wolfe ha planeado esto y obtendrá una bonita cosecha. Ahora ésta le arranca los ojos a Anne.» Y ante la duda, me adelanté un paso. Pero se contuvo y trató de serenar su voz.

—¡Vaya si es mentira! —gritó, y esto sí era desdén—. ¡Harry no iba a mezclarse con su familia! ¡No iba a casarse con la hija de un ladrón!

Anne le hizo una mueca.

Rose siguió increpándola:

—¡Bonita parece con su nariz siempre en el aire! ¿Por qué no está su padre en la cárcel, donde debería? Y usted allí exhibiendo sus piernas como una...

—Archie —interrumpió Wolfe severamente—. Llévala arriba.

Rose siguió, sin prestarle oído siquiera. Yo tomé su maleta en una mano, aferré su brazo con la otra y la obligué a dar media vuelta. La idea incansable Harry, casándose con otra muchacha, a pesar de que ya estaba muerto, absorbía su cerebro hasta tal punto que no interrumpió su sarta de improperios ni advirtió haber salido del cuarto hasta que estuvimos en el vestíbulo. Allí se detuvo para mirarme furibunda.

—Hay que subir dos pisos —le anuncié—. Mire que yo sé cómo hacerla caminar para que no muerda; andando, joven.

Obedeció. La llevé a la habitación disponible en el mismo piso que la mía, encendí las luces y deposité el equipaje sobre una silla.

—Ahí tiene el baño y ahí la cama —indiqué, con el tono de desprecio que su observación acerca de mi parecido requería—. No la necesitaremos.

Sentándose en la cama, empezó a chillar otra vez.

Me fui a la cocina a interpelar a Fritz.

—Hay una invitada en el cuarto del Sur. Trajo camisón, pero, ¿qué te parece si te ocupas de proveerla de toallas y flores? Yo estoy muy atareado.

CAPÍTULO SIETE

Anne durmió en mi cama esa noche.

La cosa sucedió así. Cuando reaparecí en el despacho, Anne estaba en mi sillón, de codos sobre el pupitre y con las manos cubriéndose los ojos. Treta favorita de Johnny, ésa de sentar a otro en mi lugar, ya que no se atrevía él mismo, desde aquella vez, un par de años antes, cuando le sorprendí revisando mi libreta de notas, y por poco perdí los estribos...

Fred Updegraff se había instalado en una silla junto a la pared, y Johnny seguía de pie, frente al escritorio de Wolfe, que a buen seguro le habría soltado alguna observación cáustica, porque Johnny distaba mucho de parecer eufórico.

—Sí, señor —decía en tono resentido—, pero los Tracy viven muy humildemente, y carecen de teléfono. Así que juzgando según mi modesto entender...

—¿Estuvo en casa de los Tracy? ¿Dónde?

—En Richdale, Long Island, señor. Mis instrucciones eran hacer averiguaciones acerca de Anne Tracy. Supe que vive en Richdale, donde están las oficinas y viveros de Dill. Ella trabaja allí, le diré...

—Es cosa resabida. Sea breve.

—Sí, señor. Partí para Richdale a hacer la investigación, y apalabrarme con una joven... porque como usted sabe, soy especialmente eficaz con las jóvenes...

—Apalabrarse no es verbo, y repito que no divague.

—Muy bien, señor. Pero la última vez que me dijo que mirase en el diccionario, y no es que quiera contradecirlo, pero... decía que apalabrarse es verbo. Transitivo o intransitivo.

—No lo es bajo este techo.

—Sí, señor. Averigüé que el padre de *Miss* Tracy había trabajado con Dill mucho tiempo, hasta hace cerca de un año. Era ayudante del superintendente a cargo de las siemprevivas de hoja ancha. Dill descubrió que estafaba en los embarques y lo despidió.

—¿Que estafaba en los embarques?

—Sí, señor. Por ejemplo, con una gran mansión de Jersey, la de los Cullen. Les embarcaba doscientos rododendros en lugar de cien, y cobraba los cien extra particularmente, a mitad de precio. El desfalco ascendió a varios miles de dólares.

Anne levantó la cabeza con gesto rebelde, y dejó oír un conato de protesta.

—*Miss* Tracy dice que fueron solamente mil seiscientos dólares —añadió Johnny—. Le repito simplemente lo que me contaron; puede haber exageraciones de la gente. El hecho nunca se divulgó, y Tracy no fue arrestado. Robó para pagar a un especialista que curaba los ojos de su hijo, que sufría no sé qué afección. Ahora está inhabilitado para conseguir otro trabajo. La hija era, y continúa siendo, secretaria de Dill. Gana cincuenta dólares por semana y devuelve veinte para amortizar lo que su padre estafó, según me dijeron. Ella se ha negado a comprobarme esas cifras.

Wolfe miró interrogativo a Anne.

—¡Qué importa! —dijo Anne, mirándome—. ¿Verdad?

—Supongo que no —contestó Wolfe—; pero si hay algo inexacto,

corríjalo.

—Es inexacto. Gano veinte dólares semanales y devuelvo diez.

—¡Cielos! —exclamé—. Necesita usted unirse.

Era una frase freudiana; probablemente mi subconsciente entendía que la unión que le hacía falta era conmigo. De modo que me apresuré a añadir:

—A un Sindicato, quiero decir. ¡Veinte dólares semanales!

Johnny me miró fastidiado. Era un conservador.

—Así que, con los indicios que poseía, fui a casa de *Miss* Tracy y le expliqué confidencialmente el atolladero en que se hallaba. Que esta investigación criminal pondría a la policía sobre la pista del delito de su padre, y que ella y Dill ocultaban un desfalco, lo cual conspira contra la Ley, y que habría que inventar algo para conformar a la policía, o de lo contrario todos irían a parar a la cárcel, y que sólo un hombre existía, en mi conocimiento, que pudiese ayudarlos porque se halla en términos amistosos con altos funcionarios policíacos, y era Nero Wolfe. Ella admitió que lo mejor era venir a verlo inmediatamente, y partimos. Eran cerca de las once, y no había tren para Richdale. Así que tomamos un taxi.

Johnny concluyó asestándome una mirada que significaba: «Anda, echa el resto».

—¿A qué distancia queda Richdale? —preguntó Wolfe. —¿De aquí? ¡Oh, veinticinco millas!

—¿Cuánto importó la cuenta del coche?

—Ocho dólares cuarenta centavos, contando la propina. En el paso a nivel...

—No lo incluya en los gastos. Eso lo paga usted.

—Pero, pero... señor; Archie siempre le trae gente y además...

—Lo dicho: que lo pague. Usted no es Archie... gracias a Dios. Con uno basta y sobra. Lo he enviado a buscar hechos, no a *Miss* Tracy, y mucho menos, amenazarla con fábulas jactanciosas acerca de mis relaciones con la policía. Vaya a la cocina. No; puede retirarse a su casa.

—Pero, señor...

—A su casa. Y por Dios, abandone ese afán por imitar a Archie Goodwin; jamás lo conseguirá. Váyase ya.

Johnny se marchó.

Wolfe preguntó a sus huéspedes si eran gustosos de tomar un vaso de cerveza, y rehusaron. Escanció, pues, un vaso para él, bebió, se enjugó los labios, y tornó a recostarse en el sillón.

—Entonces... —empezó Anne, pero se le quebró la voz. Carraspeó y tragó saliva, antes de comenzar de nuevo—. Entonces... por lo que dijo usted, juzga infundadas sus amenazas... ¿Quiere decir que la policía no hará eso... no arrestará a mi padre?

—No podría afirmarlo, *Miss* Tracy. La conducta de la policía es imprevisible. Pero así y todo, lo considero altamente improbable. —Wolfe dirigió ahora su atención al segundo visitante—. Y usted, señor Updegraff, ¿merced a qué audaz maniobra lo trajo consigo hasta aquí Keems?

—Él no me trajo. —Fred se irguió—. Vine yo.

—¿Por mera coincidencia? ¿O por automatismo?

Fred avanzó y puso su mano dramáticamente sobre el respaldo de mi sillón, en el que se había sentado Anne.

—Para proteger a *Miss* Tracy.

—¡Oh! ¿De qué?

—De todo —fue la firme respuesta. Parecía tener propensión a hablar en voz sumamente alta, y su aire puritano se había agravado; pero cuando más serio, más chiquillo parecía. En ese momento habría pasado sin dificultad por el hermano menor de Anne, cosa muy aceptable, ya que por mi parte no había objeción, mientras ella alentase por él sentimientos fraternales.

—Menuda tarea —dijo Wolfe—. ¿Es usted amigo de ella?

—¡Soy más que un amigo! —declaró Fred desafiador, y de pronto, recapacitando, se puso rojo como una peonia—. Quiero... quiero decir que ella me ha dejado acompañarla a su casa.

—¿Estaba usted entonces allí cuando se presentó el señor Keems?

—Sí, acabábamos de llegar. Y yo insistí en acompañarlos; me resultaba sospechoso. Pensé que mentía, porque no creía que trabajara para usted. No me era comprensible... yo he oído a mi padre hablar de usted. Porque él le conoció, aunque probablemente usted no recuerde...

—En la Exposición de los Estados Atlánticos. ¿Cómo está?

—¡Oh!, no muy bien. —El color de Fred era normal otra *vez* — . Tuvo un colapso cuando perdimos la plantación de azaleas; fue aniquilador. Había consagrado a eso toda su vida, y además constituía una catástrofe financiera. ¿Supongo que usted conoce los pormenores?

—Sí, los leí; el asunto del amarillo de Kurume. —Wolfe mostraba una cordial neutralidad —. Y a propósito, alguien me mencionó, no recuerdo quién, que su padre estaba convencido de que su plantación la había infectado intencionadamente Lewis Hewitt, movido por la envidia... ¿O Watson, o Dill eran los sospechosos?

—Sospechaba de todos —admitió Fred, cohibido—; de todos. Pero es que... no era responsable de sí mismo bajo aquella crisis. En diez años había estado atesorando más de treinta variedades, las mejores, e iba a comenzar su distribución esta primavera... Simplemente, no fue capaz de sobrellevarlo.

Wolfe hizo oír un gruñido.

—Tengo entendido que usted también sufre de esa manía. Goodwin me ha contado que esta tarde se introdujo en la instalación de Rucker y Dill, y escapó llevándose una ramita infectada. ¿Como si quisiera conservar un recuerdo?

—Yo... —Fred vaciló— supongo que fue una torpeza. Claro que es

una obsesión para mí; por poco fue ello causa de nuestra ruina. Quería analizar esa ramita para ver si era el amarillo de Kurume lo que, en quién sabe qué forma, se había extendido en la Exposición.

—¿Para investigar de qué modo?

—¿Quién sabe...? Al menos, con los medios a mi alcance trataría...

—¿Nunca consiguió identificar el origen de la peste de su plantación?

—No. Por espacio de dos años no habíamos recibido absolutamente

nada de lugares donde existiera el amarillo de Kurume, excepto unas pocas «Uex crenata», regalo de Hewitt; pero procedían de muy lejos del área apestada, y además las tuvimos a media milla de las azaleas. —Fred hizo un gesto de impaciencia—. Pero todo eso es cosecha vieja. Como iba diciendo, no creí que usted apoyase una intriga así contra *Miss* Tracy. —Y con aire arrobado, terminó—: Ahora, puedo llevarla a su casa.

Esos ojos de carnero degollado me retornaron a mis días de colegial, cuando la posibilidad de estrecharle la mano a una muchacha echaba a volar el corazón en paroxismos de éxtasis. Miré a Anne con orgullo. Una damisela capaz de trastornar a Lewis Hewitt hasta arrancarle orquídeas negras y una cena, un martes, y fomentarle el jueves a un joven puritano, plantador de peonías, el estado bendito del «amor de colegial», una damisela con semejante don de atracción era una potencia.

Reconozco que en ese momento ella distaba mucho de parecer tan poderosa, por lo abrumada. Rompió el silencio para decirle a Wolfe:

—Tengo que comparecer en la oficina del fiscal del distrito a las diez de la mañana; prometí asistir. No me importa que me hagan preguntas referentes a... a lo que sucedió hoy allá, pero lo que ahora me atormenta es que me interroguen acerca de mi padre. En ese caso, ¿qué voy a decir? ¿Admitiré que...? —Interrumpióse y, como el labio empezara a temblar—le, apretó los dientes.

—Usted necesita un abogado —declaró Fred — . Voy a conseguirle uno; en Nueva York no conozco, pero...

—Yo, sí —dijo Wolfe—. Siéntese, señor Updegraff. —Y encarándose con Anne—: Aquí hay una cama libre, *Miss* Tracy, y más valdrá que la use; se la ve cansada. Dudo que la policía la interrogue respecto a su padre, pero en ese caso no conteste. Remítalos a Dill. Es mucho más probable que insistan en averiguar lo que hubo de su compromiso para casarse con Gould.

—¡Pero si no es verdad!

—Al parecer, él lo daba por cierto.

—¡Imposible! Él sabía muy bien que no me gustaba. Y él... —aquí ella se interrumpió.

—¿Él, qué?

—No lo diré; ya está difunto.

—¿Le ha hecho a usted proposiciones de matrimonio?

—Sí.

—¿Y usted las rechazó?

—Sí.

—¿Pero consintió en representar con él la rústica pantomima en la Exposición de flores?

—Yo no sabía que él iba a tomar parte, cuando el señor Dill me pidió que actuase, hace dos meses, al ocurrírsele la idea por primera vez. Mi compañero iba a ser otro, un muchacho de la oficina. Después me anunció que Gould lo reemplazaría. No me gustaba, pero no quise oponerme porque no podía permitirme ofender al señor Dill, que se había portado muy bondadosamente con mi padre al no arrestarlo y autorizar que yo le reintegrase de mi paga, en forma gradual.

—¡Llámelo bondadoso, si quiere! —estalló Fred, indignado—. ¡Santo cielo, habiendo trabajado su padre veinte años para él!

Wolfe no le hizo caso.

—¿Le perseguía Gould? ¿Y acerca del casamiento?

—Tanto como perseguirme no. A mí... —Aunque se mordió el labio—. Simplemente no me agradaba.

—¿Hacía mucho que le conocía?

—No mucho. Yo trabajaba en la oficina, y él fuera. Le conocí... no sé... quizá hace tres meses.

—¿Y su padre?

—No creo que se hayan tratado nunca —respondió ella con énfasis—. Papá fue... papá salió antes de que Harry viniese a trabajar. Harry estuvo antes en la residencia de Hewitt, al otro lado de Richdale, un tanto alejado.

—Eso tengo entendido. ¿Sabe usted por qué salió de allí?

—No, yo no le conocía entonces.

—¿Tiene idea acerca de quién lo mató?

—No —dijo ella.

Levanté una ceja, sin jactancia. Anne había dicho todo aquello demasiado pronto y en un tono inadecuado; el cambio de ritmo y de matiz fue tan evidente, que las probabilidades eran diez contra una, al menos, de que fuera un cuento chino. Malo, malo. Hasta ese momento todo había marchado a pedir de boca y sin tropiezos, y he aquí que de pronto saltaba una enorme mosca en la leche. Eché una ojeada de soslayo a Fred, pero por supuesto él seguía en Babia. En cambio, Wolfe sí estaba sobre aviso; se le notaba en los párpados entornados.

Comenzó el interrogatorio, y manteníase en tono cortés y amistoso, pero trató de acorralarla desde todos los ángulos y direcciones. Y por segunda vez esa noche fue por lana y volvió trasquilado por una muchacha. Al cabo de una ardua hora de trabajo, aún no conocía ni siquiera indicios de lo que ella mantenía celosamente oculto, fuese una mera sospecha, un hecho, o una deducción que ella obtuviera en determinadas circunstancias. Y yo, lo mismo. Ella estaba como sentada sobre la tapa de un cajón, y tuvo la perspicacia de darse cuenta de que Wolfe se empeñaba en apretarla con sus preguntas.

Era la una y media cuando Fred Updegraff, consultando su reloj, volvió a ponerse de pie, y anunciando que era muy tarde, dijo que llevaría a su casa a la señorita Tracy.

Wolfe hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Está exhausta, son veinticinco millas, y no hay trenes. Puede dormir aquí. Quiero hablar con ella por la mañana, antes de que concurra al despacho del fiscal. Archie, ¿me haces el favor de fijarte si el cuarto Norte se halla en orden?

¡Ajá! Mi cuarto y mi cama significaba eso. Anne inició una protesta, sin mucho ánimo, y yo salí en busca de Fritz para que subiera conmigo y me ayudase a cambiar las sábanas y toallas. Mientras escogía para ella un pijama de mi cajón, tostado, con rayas castañas, y se lo colocaba sobre la cama entreabierta, reflexioné en que las cosas se estaban moviendo aprisa, teniendo en cuenta que no hacía diez horas que me dirigió la palabra por primera vez, y que en definitiva, no habíamos sido presentados. Fritz llevó mis sábanas, almohada y mantas, abajo, y yo me encaminé al piso superior, corté tres orquídeas negras, una de cada planta, y se las puse en un florero sobre la mesilla de noche. Hewitt le había regalado sólo una.

Bajando, hice alto junto a la puerta del cuarto Sur, y presté oído a su interior. Nada. Traté de abrir y comprobé que habían echado el cerrojo por dentro. Golpeé, no muy fuerte, y me llegó la voz de Rose:

—¿Quién es?

—Clark Gable —contesté—. Buenas noches, Ruby.

En el vestíbulo de abajo di con Anne que salía del despacho, escoltada por Fritz. Supongo que más gentil habría sido acompañarla yo mismo, pero estaba en lo posible que me volviera sentimental, allí entre mis cuatro paredes. De modo que le di las buenas noches y la dejé ir. En la oficina, Wolfe estaba solo, en el sillón, cruzado de brazos y cabizbajo; Fred debía de haberse marchado, deduje. Empecé a sacar cojines del diván y arrojarlos en un rincón, preliminares para armar mi lecho.

—¡Dos, nada menos! —farfulló Wolfe.

—¿Dos qué?

—Mujeres. ¡Dos embusteras!

—¡Anne, no! ¡Es una palomita... una gacela!

—¡Pamplinas!

—Un cisne... —Mientras, eché una sábana sobre el diván y la metí por los costados —. Le puse tres orquídeas negras junto a la cabecera de la cama. Una de cada planta.

—Le mandé a Teodoro guardarlas en el cuarto de fumigar.

—Lo hizo; allí es donde las encontré. —Extendí la manta—. Pensé que más valía aprovecharlas todo lo posible, antes de que haya que devolvérselas a Hewitt. —No serán devueltas.

—¡Oh!, me imagino que sí. —Colgué mi chaqueta y chaleco en el respaldo de una silla, y me senté para quitarme los zapatos — , ¡Vaya qué lástima! Allí dos chicas acostadas, que si usted supiera lo que saben, por lo menos una de ellas, ya lo tendría todo resuelto. Rose es evidente que vio al asesino poner la trampa, y Anne no adivino lo que vio u oyó, pero algo conoce. ¡Qué vergüenza! Con toda su táctica... —Me quité los pantalones y continué sucesivamente con la camisa, etcétera— , sus dones extraordinarios..., su genio reconocido..., su arte supremo en la técnica del interrogatorio...

Se levantó y se fue de la habitación sin decir una palabra. Le deseé alegremente buenas noches, sin recibir réplica, y tras el cumplimiento de unos pocos ritos previos, tales como echar el cerrojo a la puerta, me dormí.

Con ganas, por cierto. Llena la casa como estaba de convidados, mi intención era levantarme temprano y entrar en actividad inmediatamente, pero algo sacudió mi cerebro para volverlo a la vida, y recapacité que era el teléfono, abrí los ojos, y una mirada a mi reloj pulsera me enteró de que eran más de las ocho.

Llamaba Saúl Panzer, desde Salamanca. Lo conecté con el cuarto de Wolfe, quien me manifestó «que no hacía falta registrar la conversación», cortés manera de anunciarme que debía cortar mi conexión. Obedecí. Una incursión a los dominios de Fritz, en la cocina, me informó que Wolfe ya se había desayunado, y que asimismo Anne y Rose habían recibido sendas bandejas con sus desayunos. Me bañé y me vestí a toda prisa, regresé a la cocina para tomar mi refrigerio matinal de pomelo, mermelada, huevos, bollos y café; y concluía mi segunda taza cuando sonó el timbre de la puerta. Ocupado Fritz arriba en ese instante, acudí yo, y por el panel de cristal vi subrepticiamente que el visitante era el inspector Cramer.

La situación era vidriosa. Rose podía bajar muy oronda en cualquier momento, y si escogía para hacerlo el momento en que Cramer pisaba el vestíbulo, adiós Rose por un buen rato. Pero la menor dilación podía hacerlo concebir sospechas.

Así que me apresuré a abrir.

—¡Vivan la Ley y el orden! —exclamé por vía de afable saludo—. Adelante.

—¡So tonto! —murmuró, entretanto.

Por esa grosería, hice que colgara solo su sombrero y sobretodo, y al concluir la operación yo ya había cerrado la puerta y me hallaba a su lado.

Con cara de pocos amigos se encaró conmigo, y me espetó:

—¿Dónde está ella?

CAPÍTULO OCHO

Le lancé mi mejor sonrisa para disimular.

—Sírvase aguardar un minuto —le dije en tono agraviado—. Hace menos de una hora que me he levantado, y todavía no se me ha calentado el cerebro. En primer lugar, ¿cómo había yo de saber que ella era casada? En segundo...

Con un gruñido, se movió, más bien hacia atrás. La maniobra terminó, obturando yo el final de la escalera, que estaba enfrente del despacho, al otro lado del vestíbulo, y él empujando hacia delante, sin llegar a tocarme. Allí me detuve, imitándome él.

—Voy a subir a ver a Wolfe —dijo en tono decidido—. Tengo entendido que se pasa la mañana con sus malditas flores, negándose a bajar hasta las once. Así que pienso subir. Apártese.

Reanudó su avance, y tuvimos un primer choque, que supe resistir.

—Esto —dije— es la más rematada tontería. Lo he dejado entrar no porque estuviese obligado a ello, usted bien lo sabe, pero lo hice. ¿Qué se piensa que es esto? ¿El antro de un negrero? Esta es la casa de Nero Wolfe, y ese es su despacho, donde recibe las visitas, y el último año su impuesto a la renta fue tasado en once mil cuatrocientos doce dólares con ochenta y tres centavos, que pagó la semana pasada. ¿Se acuerda de lo que sucedió cuando Purley me echó fuera, acusándome de obstruir la labor de un funcionario en el cumplimiento de su deber? Creo que aquello no fue precisamente un «picnic»...

Giró sobre sus talones y se metió en el despacho, y yo siempre detrás, cerrando la puerta y quedándome en lugar estratégico hasta que se hubo sentado. Entonces, con la tranquilidad de que podía desplazarme a lo menos dos veces más rápido que él, me instalé en mi escritorio.

—Ahora veamos —pregunté amablemente—, ¿dónde está quién?

Me echó una mirada de basilisco.

—Anoche —comenzó— uno de los esbirros de Wolfe sacó a Anne Tracy de su casa de Richdale. El agente que yo aposté para vigilar el

edificio lo reconoció y me telefoneó. Así que cuando llegaron aquí, ya tenía yo un hombre destacado en el frente. Su compinche se fue en seguida, y un poco después el mocito Updegraff, pero ella aún no ha salido. ¿Dónde la tiene?

Así que nuestra pequeña Rose permanecía a salvo. Oculté mi alivio bajo siete llaves, y fingí una gran desazón.

—Supongo que esta vez nos la ganó, inspector —admití—. *Miss* Tracy está arriba, en mi cama, donde pasó la noche.

Se puso rojo: es un terrible mojigato.

—Vea, Goodwin...

—No, no, no —me apresuré a decir—. ¡Qué mal pensado! Yo dormí aquí en el diván. Y de todos modos, dudo de que continúe en mi lecho, pues probablemente ya estará levantada y vestida. La han citado a presencia del fiscal del distrito para las diez, y ahora son las nueve y media.

—Entonces admite que está aquí.

—¿Que lo admito? Me enorgullezco del hecho.

—¿Dónde está? ¿Arriba con Wolfe?

—No sé; yo me levanté tarde. Ahora acabo de desayunarme.

—Vaya a averiguarlo. Dígale que su citación con el fiscal queda sin efecto. Quiero verla tan pronto como termine con usted esta entrevista.

Conecté el teléfono con el invernadero, y llamé con un susurro.

Al minuto llegó la voz de Wolfe a mi oído.

—¿Archie? Es casi la hora. Ve por Hewitt...

—Un momento —interrumpí—; lamento informarle que el inspector Cramer está aquí sentado fulminándome con los ojos. Johnny fue descubierto anoche, y *Miss* Tracy no tiene que ir ante el fiscal, porque Cramer quiere hablar con ella en cuanto concluya conmigo. Parece amostazado por alguna causa.

—¿Sabe quién durmió en el cuarto Sur?

—Pienso que no... Estoy seguro.

—Muy bien. Me ocuparé de eso. *Miss* Tracy se halla aquí conmigo; puede bajar en cuanto Cramer esté dispuesto. Comunícate con Hewitt por teléfono.

—¿Ahora mismo?

—Ciertamente.

Cortando, expliqué a Cramer:

—*Miss* Tracy está arriba, ayudando en las orquídeas, y cuando usted lo considere oportuno, a su disposición. Dispénseme...

Busqué el número de Hewitt en Long Island, lo pedí, y tras una

sucesión de dos mayordomos y una secretaria, conseguí dar con él y pasé la comunicación a Wolfe. Entonces giré en mi sillón y cruzando las piernas, entrelacé las manos detrás de la nuca.

—Muy bien, inspector. Por el momento, a sus órdenes. ¿De qué vamos a hablar?

—De un crimen.

—¡Magnífico! ¿De algún crimen en particular?

Cramer sacó un cigarro de su bolsillo, se lo colocó en la boca, y volvió a quitárselo. Trataba de dominarse.

—Reconozco —dijo por fin— que para mentir a cara descubierta no hay quien le gane. Veamos aquello de ayer. No conocía nada ni a nadie, pero usted — aquí tornó a morder el cigarro — ha sido visto rondando por la Exposición toda la semana. Día tras día. Y luego asesinan a un hombre, y ustedes se encuentran allí; usted y Nero Wolfe.

Asentí muy serio.

—Convengamos que parece una trama muy siniestra. Pero tal como le manifesté ayer, Wolfe me mandó a ver las orquídeas.

—No había orquídeas en la instalación de Rucker y Dill.

—No, pero había... usted sabe muy bien lo que había. La ha visto. Y soy un hombre, después de todo...

—Muy bien, siga con sus payasadas. Ayer tarde, alrededor de las cuatro y veinte, usted fue visto por el joven Updegraff, acompañado de Wolfe y Lewis Hewitt, en el corredor del fondo de la sección Rucker y Dill. ¿Qué hacía usted allí?

—Bien... —titubeé—; si le dijera que estaba tirando del cordel que disparó el tiro que mató a Harry Gould, ¿me creería?

—No.

—Bien, entonces, ¡qué le he de hacer! Dábamos un paseíto.

—No declaró ayer que se hallaba en el corredor a esa hora.

—Discúlpeme. Exceso de previsión.

—Quizá. ¿Qué le decía a Ruby Lawson, ayer?

—¿A Ruby...? —fruncí el ceño—. ¡Ah, ella! Se refiere usted a la que después le conté a Purley que era una espía china... Trataba de combinar una cita. Verá, de tanto admirar a *Miss* Tracy, me había...

—Ya me lo figuro. ¿Y se citaron?

—Sí.

—¿Para cuándo?

—Ya pasó; pero ella no acudió.

—Malo, malo. ¿Qué decía en la nota que el padre de *Miss* Tracy le entregó para ella?

—Ea, inspector... —observé en tono reprobatorio—. Yo no escribí la nota ni me estaba dirigida.

—¿Conocía al padre anteriormente?

—En absoluto.

—¿No es singular que confiara a un perfecto extraño ese importante mensaje para su hija, y en tales circunstancias?

—No tanto. Me vio a punto de entrar en el salón... Y la gente se fía de mi cara, a primera vista. Tengo un algo en los ojos...

—¡Hum! Esa entrevista de Wolfe con Lewis Hewitt... ¿Tan importante era que debía celebrarse en aquel lugar y aquel momento, haciendo caso omiso del crimen?

Cramer mascaba el cigarro.

—Sí, señor —afirmé.

—¿Tan importante que usted debía asistir para tomar notas?

—Sí, señor.

—Me agradaría ver esas notas que tomó.

—Lo siento —dije meneando la cabeza patéticamente—. Pero son asuntos confidenciales. Pregúntele a Wolfe.

—Ese es mi propósito. ¿Conque usted no va a enseñármelas?

—Claro que no.

—Muy bien. Y ahora, más vale tarde que nunca. ¿Por qué mandó Wolfe anoche un hombre a Richdale a buscar a Anne Tracy?

—¡Que me cuelguen! Yo no estaba aquí para enterarme.

—¿Pero sí cuando ella llegó? —Sí.

—¿Y bien?[1]

Le hice una mueca.

—Cuando era chico, en Ohio, solía oír un dicho muy a propósito, respecto a eso. Al que preguntaba: «¿Y bien?», se le decía: «Con mucho "well", se hace un río». ¿No es gracioso?

—Graciosísimo. ¿Contrató Lewis Hewitt a Wolfe para concertar el pago a W. G. Dill de la suma robada por el padre de *Miss* Tracy, y obtener su conformidad?

Me quedé mirándolo de hito en hito.

—¡Caramba, ésa es una idea! —exclamé entusiasmado—. Muy ingenioso. Hewitt la llevó a cenar...

La puerta se abrió, y apareció Fritz, y le hice señas de que pasara.

---

1 La pregunta es: «Well?» que significa: «¿Y bien?» El juego de palabras que sigue se produce porque «well es también substantivo: manantial, fuente. (N. del T.)

—Hay un joven —anunció, tratando de ser discreto.

—¿Quién? —pregunté—. No se preocupe por el inspector; poco queda en el mundo que él no sepa.

Fritz no tuvo oportunidad de revelarlo, porque el joven hizo irrupción por su cuenta. Era Fred Updegraff, y se detuvo en medio del despacho, sorprendido de encontrarse con Cramer, hasta que me vio a mí y me preguntó:

—¿Dónde está *Miss* Tracy?

Le eché una mirada de reproche.

—¡Qué maneras! El inspector Cramer me está bombardeando a preguntas... Vaya a la salita de recibos y aguarde su turno.

—No. —Cramer se levantó—. Traiga a *Miss* Tracy aquí, que yo la acompañaré al gabinete. Quiero verla antes de hablar con Wolfe; luego podemos trasladarnos todos a presencia del fiscal.

—¡Al diablo! —murmuré.

—Eso mismo. Mande por ella.

Mandé a Fritz, que utilizó el ascensor, por tratarse de una dama. Desde el despacho podían oírse los crujidos del aparato, que al fin terminó de bajar y se detuvo con una sacudida. Cuando apareció Anne, Fred la miró con el aire del ciego que viera por primera vez el sol. Deseando no delatarme en ninguna forma, pensé al mismo tiempo que ella parecía bastante mustia. Trató de saludarnos con un asomo de sonrisa, pero sus ojos de párpados enrojecidos, y la boca contraída, no eran ciertamente aquella maravilla que robaba la atención del público en la Exposición de flores.

Cramer se la llevó a la salita, cerrando tras sí la puerta a prueba de ruidos. Me encaminé a mi escritorio, para aprovechar esta primera ocasión de echar una ojeada a mi correspondencia matutina. Fred daba vueltas con nerviosismo, mirando los títulos de los libros que había en los estantes, y finalmente se sentó a encender un cigarrillo.

—¿Molesto? —preguntó.

—En lo más mínimo —le tranquilicé.

—Porque en ese caso, podría esperar afuera. Solamente que he pescado un resfriado... Estuve allí desde las ocho.

Abandoné mis cartas para girar en redondo, y contemplarlo estupefacto.

—¡Válgame Dios...! —exclamé—. Ha vencido. —Le tendí la mano—. Puede quedarse con ella.

—¿Quedarme con ella? —repitió enrojeciendo—. ¿De qué está hablando? ¿Qué se cree usted que es?

—Amigo mío —declaré—, qué soy yo, es cosa que podemos dejar para los gusanos que me comerán eventualmente, pero qué no soy, bien

me consta. Ni soy como aquel que nadaba en el Helesponto por ver a su amada, ni como el que... el que arrostraba los furores del combate para ver ya se sabe a quién, tendida en los sedosos cojines de la barca de Cleopatra. No es mi tipo.

Retintineó el teléfono, y cuando apliqué el receptor a mi oído, escuché la voz de Wolfe:

—Archie, sube.

—En seguida —dije, e incorporándome, invité a Fred—. ¿Qué prefiere, *whisky* o café caliente?

—Café, si no es demasiado...

—Descuide; venga conmigo.

Lo dejé en manos de Fritz en la cocina, y subí los tres pisos hasta los invernáculos. Era un día soleado, y algunas de las cortinas estaban bajas, pero en la mayoría, especialmente en los dos primeros salones, los vidrios estaban descubiertos, y el resplandor y viveza del colorido deslumbraba. En el espacio consagrado a los frascos de germinación, naturalmente, había vidrio pintado; Teodoro Horstmann examinaba los especímenes. Abrí la puerta hacia la sala de plantas puestas en macetas, y al primer paso que di en ella me detuve a olfatear el aire. Tengo buena nariz, y conocía ese olor. Una ojeada a Wolfe, instalado en su banco especial, que es poco menos que un tronco, me indicó que se hallaba vivo. De modo que en dos zancadas crucé hasta la pared correspondiente y así la válvula para ajustaría. Pero estaba bien cerrada.

—¿Qué pasa? —inquirió Wolfe, displicente.

—Olí cifógeno; todavía perdura.

—Ya lo sé. Teodoro fumigó esas plantas hace un rato, y abrió la puerta demasiado pronto. No hay tanto como para hacer daño.

—Quizá —murmuré—. Pero no me fiaría de ese producto ni en lo alto del Empire State Building, un día de viento.

La puerta de la cámara de fumigación seguía abierta, y me asomé. Los compartimientos estaban vacíos, a juzgar por lo que alcanzaba a distinguir en la penumbra; no tenía vidrio. El olor no parecía adentro ser más pronunciado. Me volví a Wolfe.

—¿Cómo anda el inspector Cramer? —me preguntó—. ¿Bufando?

Lo miré, sospechoso. Esa pregunta, el tono de voz, la expresión de su semblante... uno solo de esos detalles habría sido revelador para mí, dado lo profundamente que le conozco, pero los tres juntos hacían obvia su satisfacción, al punto que sólo cabía preguntar la causa que la originaba.

Me encaré con él.

—¿A cuál convenció, a Rose o a Anne? —inquirí.

—A ninguna de las dos —replicó complaciente—. Charlé una hora con *Miss* Lasher, mientras tú dormías aún, y luego departí un rato con *Miss* Tracy, pero siguen atesorando sus secretos. ¿Cuándo va Hewitt...?

—Entonces, ¿de qué proviene ese regocijo? ¿De qué se está solazando?

—No estoy solazándome. —Inclinó a un lado su maciza cabezota, y se frotó la nariz con un índice — . La verdad es que he concebido un pequeño experimento...

—¡Ajá...! Santo y bueno. ¿Para antes o después que Cramer nos depare el careo con el fiscal?

Wolfe ahogó una risita.

—¿Esa es su intención? Entonces tendrá que ser antes. ¿Está *Miss* Tracy con él?

—Sí. El juvenil Updegraff se halla en la cocina. Parece que se casa con Anne, a menos que su experimento no lo meta en la jaula por asesino.

—Creí que el novio de *Miss* Tracy eras tú.

—Cambié de idea. Si me casara con ella se pasaría el día rondando la casa, y me pondría nervioso. Ya hoy ha empezado a hacerlo.

—Bien, eso nos ahorra la molestia de mandarlo a buscar. Reténlo. Cuando llegue Hewitt, que suba inmediatamente a verme. Tú baja a telefonear a Dill, y me pasas la comunicación. De paso asegúrate que *Miss* Lasher continúa en su cuarto y no piensa salir para hacer escenas. Con excepción de Dill, y Hewitt oportunamente, que no se me moleste. Me quedan ciertos detalles por resolver. Y de paso, no menciones el cifógeno.

Ese tono, y ese aire de paladear a solas su propia satisfacción, eran verdaderamente insufribles. Y más aún, como bien podía yo atestiguar, significaban peligro para todos los interesados. Sólo Dios podía prever lo que sucedería, cuando Wolfe se mostraba de ese talante.

Crucé los invernáculos en busca de la puerta de acceso a la escalera, con los dedos en cruz.

CAPÍTULO NUEVE

Casi había pasado una hora, las doce menos cuarto, y me hallaba solo en la oficina, cuando se abrió la puerta de la salita y entraron Anne y Cramer. Ella con aire furioso y decidido, y Cramer no del todo deleitado, así que deduje que no había nacido entre ellos una gran amistad.

—¿Dónde anda Updegraff? —preguntó Cramer.

—Arriba.

—Quiero ver a Wolfe.

Llamé por el teléfono interior, y al recibir respuesta, sostuve un breve diálogo, de resultas del cual dije al inspector:

—Dice que suba. Hewitt y Dill ya se encuentran allí.

—Preferiría que bajara él.

Eso me irritó, aparte de que ya me sentía a punto de estallar, esperando el desenlace del experimento de Wolfe.

—¡Qué caramba! —exclamé—. ¿Conque remilgos, ahora? Al llegar insiste en subir aunque fuese atrepellándome, y ahora hay que rogarle... Si quiere hacerlo bajar, vaya a buscarlo.

Se volvió a *Miss* Tracy.

—Venga, señorita; hágame el favor.

Para decidirla, porque vacilaba, intervine:

—Fred está arriba. Vayamos todos.

Y allá fuimos, yo sirviendo de guía. Tomé el ascensor, porque el camino de la escalera pasaba a menos de diez pies de la puerta del cuarto Sur, y Rose era capaz de elegir ese instante para estornudar.

Casi casi lo que esperaba ver era uno de los cultivadores de peonías atado y los otros tres aplicándole fósforos a los pies desnudos. Pero nada de eso. Pasamos en fila india por entre veinte mil orquídeas a través de los cuatro salones de plantas, y entramos en el de las macetas. Todos estaban en la cámara de fumigación, con las luces encendidas, charlando como viejos amigos. En el cuarto contiguo Teodoro esparcía agua con una manga, lavando macetas viejas.

—¡Buenos días, señor Cramer! —saludó Wolfe—. ¡Pase!

Teodoro estaba tan entusiasmado con la manga, que volaba la llovizna encima de nosotros, así que todos pasamos a la cámara de fumigación. Fred y Dill se habían sentado en el extremo de un banco destartalado, y Wolfe enseñaba a Hewitt un receptáculo cerrado herméticamente en la pared apoyado en el mango de un rastrillo, como un pastor gigante en su cayado, y exponiendo con pueril animación:

—...así que podemos juntarlas ahí dentro y cerrar la puerta. La operación se efectúa con una vuelta de la válvula que le mostré en el cuarto de las macetas, mientras uno se dedica a otra cosa. Dos veces al año por lo menos, sometemos todo nuestro material al procedimiento del cifógeno. Es un adelanto enorme sobre los métodos antiguos. Debería ensayarlo...

Hewitt asintió.

—Creo que lo haré... Me habían tentado a ello, pero tuve aprensión a causa de lo altamente peligrosa que es esa sustancia.

Wolfe se encogió de hombros.

—Todas las cosas son más o menos peligrosas, según como se las utilice. No se pueden matar microbios, ni piojos, ni huevos, ni esporas, con incienso. Y el coste de la instalación es insignificante, a menos que incluya una cámara hermética, lo cual por otra parte le aconsejo especialmente...

—Con su permiso... —interrumpió Cramer, sarcástico.

Wolfe se volvió hacia él.

—¡Ah, sí...! Usted quería hablarme.

Esquivando el extremo de un banco, se sentó sobre un cajón, que gradualmente fue cediendo a su peso, y así se sostuvo erguido sin el menor sostén, siempre manteniendo perpendicular el rastrillo, con su mango apoyado en el suelo, a semejanza de un rey de los libros de cuentos, con un cetro. Obsequió al inspector con una amplia sonrisa.

—Usted dirá, caballero.

Cramer hizo un gesto enérgico.

—Los necesito, a usted, a Goodwin y a *Miss* Tracy. Por requerimiento del fiscal, que ha dispuesto la comparecencia.

—¿Lo dice de veras, inspector?

—¿Y por qué cuernos... por qué no habría de ser de veras?

—Porque bien sabe usted que yo raramente salgo de casa. Sabe también que los ciudadanos no están obligados a regular sus movimientos por el capricho de un fiscal de distrito, ni a abalanzarse al menor de sus deseos, para cumplirlo. Este juego ya es viejo. ¿Trae orden de algún tribunal?

—No.

—Entonces, si tiene preguntas que hacer, las hace. Aquí estoy.

—Puedo obtener la orden del juez... Y el fiscal debe de estar furioso, y más si...

—Eso también es recurso manido. No olvide lo que sacará si insiste. —Wolfe meneó la cabeza con aire de reconvención—: Parece que jamás aprenderá. ¡Quiá, si no puede hacerme mella! No hay nadie en la tierra que sea capaz, a excepción de Goodwin. ¿A qué diablo me molesta intentándolo? Es una lástima, porque me inclinaba a ayudarlo. Y podría hacerlo muy bien... ¿Quiere que le haga un favor?

Si el hombre que mejor lo conocía era yo, en el siguiente puesto estaba Cramer, el inspector. Una y otra vez en el curso de los años, trató de fanfarronear, porque lo tenía en la sangre, y debía desahogarse, pero por lo común sabía cuál era el límite. Así que tras de entornar los ojos, caviloso, sin contestar palabra, apartó un cajón un par de pies más allá para estirar con comodidad las piernas, y dijo calmosamente, después de sentarse:

—Pues, sí, me embelesaría que me hiciese un favor.

—Bueno. Archie, trae acá a *miss* Lasher.

Fui. Por el camino, escaleras abajo, pensaba que la arrojábamos a las fieras. Acto desagradable, a fe mía. No es que la apreciara particularmente, pero hería mi amor propio. No era digno de Wolfe; no era digno de nosotros.

La encontré de pie, mirando por una ventana, comiéndose las uñas. El verme fue como abrir paso a un torrente. Que no podía soportarlo más, que tenía que salir de ese encierro, que necesitaba telefonear…

—Muy bien —dije—. Suba y despídase de Wolfe.

—Pero adonde voy… qué voy a…

—Discútalo con él.

La conduje hasta el piso superior, y cruzamos el salón de las macetas. Yo había dejado la puerta de la cámara de fumigación casi cerrada, para que no viese el auditorio hasta pisar el umbral, y al paso que la abría dándole entrada, afirmé el apretón sobre su brazo como precaución por si decidía arrancarle los ojos a Wolfe para recuerdo. Pero la reacción fue contraria de la que esperaba; en cuanto vio a Cramer, se quedó helada. Permaneció inmóvil tres segundos, y luego volvió la cabeza hacia mí y dijo entre dientes:

—¡Sinvergüenza!

Todos se quedaron mirándola.

Especialmente Cramer, que recobró el habla para dirigirse no a ella, sino a Wolfe:

—Favor insigne, por cierto. ¿De dónde la sacó?

—Siéntese, *Miss* Lasher —dijo Wolfe.

—Más vale que acepte —le aconsejé — . Es una reunión.

Con el rostro pálido y los labios apretados, fue hacia un banco y se dejó caer, como un peso muerto. Todos los demás estaban sentados, bien sobre bancos, bien sobre cajones.

—Esta mañana le advertí —dijo Wolfe—, que si no me declaraba lo que vio en el corredor, la entregaría a la policía.

Ni habló ni dio señas de querer hacerlo.

—Conque se llama Lasher —gruñó Cramer—. También podría…

—Creo —intervino Wolfe— que puedo ahorrarle algo de tiempo. Los detalles serán proporcionados después. Su nombre es Rose Lasher. Ayer, en la Exposición floral, vio a *miss* Tracy y a Gould en la instalación del señor Dill, y como deseaba discutir un asunto importante con *Miss* Tracy…

—¿Conmigo? —exclamó Anne, al parecer indignada—. Nada hay que pudiera…

—Por favor, señorita. —Wolfe adoptó un tono perentorio—. Esto marchará mejor sin interrupciones. Como iba diciendo, para interceptar el paso a *Miss* Tracy cuando saliera, la señorita Lasher se introdujo en el corredor para ocultarse entre los arbustos y cajones de embalar que se encuentran a lo largo de la pared del fondo, en el lugar opuesto a la puerta marcada «Rucker y Dill». Sería eso alrededor de las tres y media. Escondida allí hasta las cuatro y media, vigilando la puerta, debe por lo tanto haber visto todo cuanto haya sucedido en el transcurso de esa hora o más en ese lugar.

Hubo cierta agitación, luego un silencio, interrumpido sólo por el susurro de la manga de Teodoro, en el cuarto contiguo, y el golpe del agua contra las macetas. Wolfe me dijo que cerrara la puerta, lo que cumplí, y luego me senté en el banco al lado de Dill.

—¡Ajá! —exclamó Cramer, secamente—. Los detalles para luego. ¿Qué vio?

—Ella prefiere no decirlo. ¿Querrá hacerlo ahora, *Miss* Lasher? —dijo Wolfe.

Rose se limitó a mirarlo, y volvió a apartar de él la vista.

—Tarde o temprano tendrá que hacerlo —declaró Wolfe—, porque el inspector Cramer se ocupará del asunto... Él sabe ser... persuasivo. Entretanto, yo le reconstruiré, al menos en parte, la escena que vio. Un hombre se aproxima a esa puerta con un bastón en la mano, furtivamente, aprisa, y manteniendo un ojo en cada extremo del corredor. Lo ve abrir la puerta y volver a cerrarla, y arrodillarse o inclinarse simplemente, haciendo algo con las manos. Al alejarse ha dejado el bastón en el suelo, con la curva del puño junto a la rendija inferior de la puerta. Eso es lo que vio, ¿eh?

Rose ni lo miró siquiera.

—Muy bien. No sé a qué hora sucedió esa escena, salvo que fue entre las cuatro y las cuatro y veinte. Probablemente a eso de las cuatro. El episodio siguiente lo conozco. Veinte minutos después de las cuatro tres hombres atraviesan el corredor. Ven el bastón y hablan entre ellos; uno recoge la caña, sacude un lazo de hilo verde del puño, y lo entrega a uno de los otros. No sé si divisó usted el hilo o no. Lo seguro es que usted no sabe que ese cordelito formaba parte de uno más largo atado el gatillo de un revólver, y que al recoger el bastón, el hombre había disparado el revólver y dado muerte a Harry Gould. Ni conocía entonces sus nombres, que ahora no ignora. Goodwin fue quien recogió el bastón y se lo entregó al señor Hewitt. El tercero que les acompañaba era yo mismo.

Wolfe sacó algo del bolsillo de su chaleco, con la izquierda, a causa de que su derecha seguía empuñando el rastrillo a manera de apoyo.

—He aquí el trozo de hilo que estaba anudado al bastón. No es que yo espere que lo identifique. Puedo, sí, adelantar que el bastón fue entregado al señor Hewitt en seguida a causa de que era propiedad

suya.

Entregó el pedazo de hilo.

Yo estaba aturrullado. Ordinariamente, en circunstancias análogas, me dedicaba a observar rostros y actitudes, y a escuchar las exclamaciones y palabras con que reaccionaban. Pero esta vez era yo el apabullado. Parecía hallarse en su sano juicio, con toda la arrogante seguridad de Nero Wolfe, escogiendo sus recursos dramáticos, pero o él o yo, uno de los dos desvariaba.

No solamente derramaba los huevos, sino que destrozaba la canasta. A todas luces, significaba adiós orquídeas. Observé a Hewitt.

Pero Hewitt, el que debía hallarse entre atónito y chasqueado, no lo parecía. Pálido, trataba de disimular su palidez, sin despegar los ojos de Wolfe, mojándose los labios con la lengua, incesantemente.

—¡Ajá! —me dije—. ¡Ajá…! Conque así es la cosa. Pero entonces por qué diablos…

Cramer examinaba el pedazo de hilo, y W. G. Dill solicitó permiso para hacer otro tanto. Cramer se lo puso en la mano extendida, sin perderlo de vista.

—Naturalmente —continuó Wolfe—, la cuestión radica no en quién recogió el bastón, sino en quién lo puso allí. *Miss* Lasher, que vio armar la trampa, podría decírnoslo, pero prefiere callar. Alega no haber visto nada. De modo que tendremos que llegar a saberlo indirectamente. Disponemos de varios hechos que contribuirán a reconstruir el… Pero aquí no estamos muy confortablemente, ¿quieren que bajemos?

—No —dijo Hewitt—. Adelante, y acabemos.

—Adelante —apoyó Cramer, y estiró las manos por el hilo, que Dill le devolvió, y él lo metió en su bolsillo.

—Lo delinearé en la forma más concisa posible —prometió Wolfe—. Harry Gould trabajaba para una persona X. Cierto día encontró la tarjeta de un garaje en uno de los automóviles de su dueño, que posiblemente se había deslizado bajo un asiento y olvidada luego, no lo sé. De todos modos, la encontró y se la guardó. No sé por qué lo hizo. Pudo haber sospechado que su jefe había realizado un viaje con una mujer, porque según las señas el garaje era de Salamanca, estado de Nueva York, bastante distante de Long Island. Un hombre con mentalidad apta para la extorsión lo guarda todo; es verosímil que conservara esa tarjeta. Menos comprensible es que su dueño fuera tan descuidado como para perderla en el auto.

Wolfe volvió la cabeza súbitamente y se encaró con Hewitt.

—¿Fue simplemente un descuido, señor Hewitt?

Pero Hewitt tenía agallas. La palidez se le había pasado, y ya no se humedecía los labios. Con mirada firme y voz serena, contestó:

—Concluya su historia, Wolfe. Me inclino… pero no interesa.

Concluya su historia.

Prefiero emplear su nombre, en lugar de un vocablo tan oscuro como «jefe» o «amo». Es más claro.

—Haga lo que mejor le parezca. Pero le advierto que simplemente por admitir ser propietario de aquel bastón...

—Gracias; aprecio las advertencias. Así que mencionaré directamente a Hewitt, en adelante. Llegó el momento en que las sospechas de Harry Gould concernientes a la tarjeta se tornaron más definidas. Tampoco esta vez sé por qué, pero mi presunción es que se enteró de la pérdida de la plantación más valiosa de siemprevivas de hoja ancha del país: el cultivo de *rhodaleas* de los Viveros Updegraff de Erie, Pennsylvania, atacado por el amarillo de Kurume. Sabía que Hewitt estaba exageradamente orgulloso de sus propias siemprevivas, y que era capaz de demasías anormales, movido por su celo y envidia de horticultor. A fuerza de jardinero, sabía cuan fácil era, con un saco o dos de tierra vegetal contaminada, infestar otra plantación, una vez logrado el acceso a ella. Sea como fuere, sus deducciones fueron lo bastante certeras como para decidirle a hacer un viaje a Salamanca, en la parte occidental del Estado de Nueva York lindante con Pennsylvania, no lejos de Erie, y hablar con el dueño del garaje Nelson. Eso fue en diciembre. Supo que cuando Hewitt se presentó allí, meses antes, con su coche estropeado por un accidente, había ido acompañado no por una mujer, sino por un hombre, cuya descripción se le hizo, y que tenía una nube en un ojo. Partió hacia Erie, y encontró al hombre entre los empleados de los Viveros Updegraff. Su nombre era Pete Arango.

Fred Updegraff se irguió lanzando un juramento.

Wolfe alzó la palma de la mano.

—Por favor, señor Updegraff, no perdamos tiempo. —Prosiguió—: Y oiga esto, Hewitt; yo juego limpio; no estoy tratando de acorralarlo. Admito que muchos pormenores son meras conjeturas, pero el hecho principal pronto quedará establecido y fuera de duda. Envié anoche un hombre a Salamanca, en parte para averiguar por qué Harry Gould había conservado tan cuidadosamente una tarjeta vieja, y en parte porque en el reverso había escrito el nombre de Pete Arango, y yo sabía que Arango trabajaba para los Viveros Updegraff. Mi comisionado me telefoneó esta mañana para decirme que estará de regreso a la una, acompañado por el dueño del garaje Nelson. Él atestiguará si acudió usted allí con Pete Arango. ¿Cree usted que lo recordará?

—Creo.. —Hewitt tragó saliva—. Continúe.

Wolfe hizo una señal afirmativa.

—Me consta que lo hará. No me sorprendería que Gould hubiese sonsacado a Pete Arango una confesión escrita de que usted lo había sobornado para que infectase la plantación de rhodaleas, amenazándolo informar a Updegraff de que él había rondado por Salamanca poco tiempo antes, en su compañía. Al menos, algo logró que le sirvió lo

bastante para aplicarle a usted un torniquete. Usted le pagó unos cinco mil dólares. ¿Le entregó él la confesión? Supongo que sí. Y ahora... ¿Puedo después de todo lo visto aventurar una deducción?

—Considero —dijo Hewitt sin inmutarse— que ya ha deducido bastante.

—Intentaré otra más. Gould vio a Pete Arango en la Exposición de flores, y la tentación fue demasiado fuerte para él. Volvió a amenazarlo, y le hizo firmar otra declaración, armado con la cual se presentó a usted. ¿Cuánto esta vez? ¿Diez, veinte mil? ¿O concibió delirios de grandeza y llegó a seis cifras? El hecho es que usted determinó que aquello no podía continuar. Mientras hubiese papel y tinta para que Arango escribiese confesiones, usted estaba avisado. Así que usted... ¡Ah, de paso! Señor Updegraff, él está en su *stand* de la exposición, Arango, ¿verdad? ¿Está disponible? Lo necesitamos para cuando llegue el señor Nelson.

—¿Disponible? Y lo estará por mucho tiempo, mal que le pese — dijo Fred sombríamente.

—Bueno.

Wolfe volvió a enfocar su atención sobre Hewitt. Hizo una pausa, y el silencio se cernió abrumador sobre todos los presentes. Calculaba los efectos, y nada más que por superarse lo adornaba.

—¿Supongo —dijo a Hewitt en tono solemne— que estará familiarizado con la tradición del drama? ¿Los tres golpes tradicionales del heraldo de la tragedia?

Levantó el rastrillo, y lo dejó caer una y otra vez, hasta tres, haciendo retumbar el piso.

Hewitt lo contempló con sonrisa sarcástica, una obra maestra de sonrisa.

—Así, pues —prosiguió Wolfe—, se vio usted empujado a obrar, y lo hizo pronta y eficazmente. Y hasta con habilidad, porque por ejemplo, el inspector Cramer al parecer no ha sido capaz de localizar el revólver, y no hay hombre en el mundo que le gane en ese punto. Como Presidente Honorario del Comité, naturalmente hacía su recorrido por los pisos de la Exposición a cualquier hora del día; supongo que escogió la mañana, antes de abrir las puertas al público, para armar la máquina fatal. No pretendo leer dentro de su mente; así que no sé cuándo ni por qué decidió usted utilizar su propio bastón como cebo homicida para un inocente transeúnte. Sobre la teoría de que...

Abrióse la puerta, y Teodoro Hortsmann se presentó en el umbral.

—Llaman por teléfono al señor Hewitt —dijo de mal talante. A Teodoro le molesta que interrumpan su trabajo por el motivo que sea—. Un tal Pete Arango o algo así.

Hewitt se puso en pie.

Cramer abrió la boca, pero Wolfe le ganó exclamando

enérgicamente:

—¡Espere! ¡Quédese aquí, Hewitt! Archie... no, podría reconocerte. La suya también, Cramer. Señor Dill... usted podrá, si baja el tono de voz lo suficiente. Hágalo hablar, y con habilidad sonsáquele todo cuanto pueda...

Hewitt interrumpió:

—Esa llamada es para mí —y se encaminó hacia la puerta. Yo me adelanté, y luego se incorporó Dill, al parecer indeciso.

—No sé si puedo...

—Claro que puede —tranquilizó Wolfe—. ¡Adelante! El teléfono está allí, sobre el banco con macetas. ¡Teodoro, anda, muévete! Lo acompañas, vuelves aquí y cierras la puerta.

Teodoro obedeció sus órdenes. Cuando Dill hubo franqueado la puerta, Teodoro la cerró y se plantó delante con aire de pocos amigos. Hewitt volvió a sentarse y con los codos en las rodillas, se cubrió el rostro con las manos. Anne había vuelto la cara para no mirarlo. Eso la puso frente a Fred Updegraff, que era su vecino, y me di cuenta por primera vez que él le tendía la mano. No tan en privado como en un taxi, pero el pobre se las componía como podía.

—Mientras aguardamos —observó Wolfe—, convendrá que concluya mis especulaciones acerca del bastón. Hewitt puede haberse decidido a emplearlo, basándose en la teoría de que por tratarse de un objeto suyo, apartaría de él las sospechas más que atraerlas. ¿Fue así, Hewitt? Pero en ese caso, ¿por qué se sometió a mi amenaza de que divulgaría esa circunstancia, de que era su bastón? Creo poder contestar también a eso. ¿Por qué desconfiaba de mi perspicacia? ¿Por qué temía suscitar mis sospechas, si dejaba de ajustarse al papel del ciudadano rico y distinguido que guarda celosamente su reputación ante un asomo de escándalo? Cosas de ese cariz complican las situaciones cada vez más. Es una lástima.

Wolfe miró a Hewitt, con gesto pesaroso.

—Pero no deseo atormentarlo más. Teodoro, empuja esa puerta.

—No hace falta —dijo Teodoro, que estaba de espaldas a ella—. He oído el cerrojo; el de abajo chirría.

Me enderecé, como galvanizado. Nada había que intentar ni que fuera posible hacer, pero volvía en mí por oleadas, y no podía estarme quieto. Cramer, clavados los ojos, como rayos, en Wolfe, estaba inmóvil.

—Prueba de todos modos —dijo Wolfe tranquilamente.

Teodoro se volvió, subió la manija y empujó, pero la abandonó diciendo:

—Está con llave.

—Verdaderamente —comentó Wolfe con una nota alegre en la voz—. Bien, *Miss* Lasher, ¿qué opina de eso? —Aquí recorrió con una ojeada

todas las caras—. Le pregunto a *Miss* Lasher, porque ella sabía todo el tiempo que yo mentía. Sabía que no pudo ser Hewitt quien colocó aquel bastón sobre el piso del corredor, porque ella vio a Dill hacerlo. Señor Hewitt, permítame felicitarlo por su magnífica representación. ¡Ea!, Cramer, no conseguirá forzarla; es una puerta maciza.

Cramer se multiplicaba, levantando el pestillo, martilleando el panel con su hombro... Se volvió a nosotros, barbotando, con el rostro empurpurado.

—Por Dios, debí darme cuenta... —dio un salto y empuñó un voluminoso y pesado cajón que allí estaba adosado.

—¡Archie! —exclamó Wolfe, alerta.

En toda mi larga y variada asociación con el inspector Cramer jamás tuve oportunidad de vencerlo tan limpiamente. Me envolví en torno suyo como una funda de «celofán» alrededor del cepillo de dientes, y aumenté la presión. Durante cinco segundos, quizá, se retorció, y precisamente cuando cedía, Fred Updegraff saltó sobre sus pies horrorizado, murmurando:

—¡Cifógeno! ¡Por Dios!

—¡Basta! —mandó Wolfe—. Sé lo que hago. No hay motivo para alarmarse. Inspector Cramer, hay una excelente razón para que esa puerta no deba abrirse. ¿Escuchará si Archie lo suelta? ¿No? Entonces, Archie, tenlo sujeto. Esta es la cámara de fumigación donde utilizamos el cifógeno, gas que mata a un hombre por asfixia en dos minutos. El tubo sale de un tanque situado en el salón de las macetas, donde se encuentra también la válvula. Esta mañana cerré la abertura del tubo que salía a esta habitación, y quité la obturación de una espita que daba al salón nombrado. Así que si Dill ha abierto la válvula, debe estar muerto, o poco le falta. Y si practica usted un agujero en esa puerta a fuerza de golpes, no respondo de las consecuencias. Tanto puede que duremos mucho como poco...

—¡Maldito gordinflón! —farfulló Cramer, impotente. Fue la primera y única vez que lo oí maldecir en presencia de damas. Me desasí de él, y retrocedí. El se sacudió, y apostrofó a Wolfe:

—¿Y se va a quedar ahí sentado? ¿Y nosotros nos tenemos que estar así? No hay... ¿No se puede llamar a alguien...?

—Trataré —dijo Wolfe plácidamente. Levantó el rastrillo, y cinco veces, a intervalos regulares, hizo resonar el piso.

Lewis Hewitt murmuró, al parecer dirigiéndose a Teodoro:

—Formé parte del teatro de aficionados, como estudiante...

CAPÍTULO DIEZ

Muy bien; le compraré una medalla —acabó Cramer, disgustado del todo.

Cinco horas habían transcurrido. Eran las seis y media de la tarde, y nos encontrábamos los tres en la oficina; yo, en mi sillón, Cramer, en la silla de cuero rojo, y Wolfe, entronizado en su escritorio, recostado contra el respaldo y las puntas de los dedos tocando sobre la cúpula de su palacio digestivo. Sus ojos, no del todo abiertos, traslucían cierta fatiga.

Cramer volvió a barbotar:

—Dill fue el asesino, y ahora ha muerto, por culpa suya. Usted lo atrajo al salón de las macetas con una llamada fingida, y él picó el anzuelo y echó el cerrojo a la puerta de la cámara de fumigación, abriendo luego la válvula. ¿Y por qué no se marchó a su casa? ¿Cómo sabía usted que no haría tal cosa?

—Psch... —susurró Wolfe perezosamente. Luego explicó desganado— : ¿Sin esperar cuatro minutos a ver si el cifógeno había actuado? ¿Y dejando la puerta cerrada y la válvula abierta? Dill podía equivocarse, pero no tanto. Al cabo de unos minutos, habría girado la válvula, y abierto la puerta, asomando la nariz lo suficiente para asegurarse con una ojeada de que estábamos en el otro mundo. Entonces hubiera partido, dejando cerrada la puerta, pero no con llave, para simular un accidente, y acaso después de aflojar la válvula un poco para que perdiera... No, no. Ahí no residía el punto débil. Era casi una certidumbre que Dill no abandonaría el campo sin cerciorarse previamente del resultado de su maniobra.

—Muy seguro estaba usted de ello.

—Efectivamente.

—Por supuesto.

—Entonces usted lo asesinó.

—Mi estimado señor —Wolfe agitó un dedo con evidente exasperación—, si usted se dedica particularmente a apostrofarme para desahogarse, no me importa. Pero si su pretensión es hacerlo oficialmente, entonces delira. Yo podría informar con absoluta sinceridad a un jurado, tocante a mis preparativos; admitir que tapé la espita de la cámara de fumigación, ya que di la salida a la del salón de las macetas, en forma que fuese este último, y no la primera mencionada, lo que se llenase de cifógeno, si Dill clausuraba la puerta y hacia funcionar la válvula. Admitiría que convine con el señor Hewitt, apelando a su interés por la justicia, porque es un hombre altruista, que representara su papel. Y además descubrí su punto flaco, pues siempre ha deseado ser actor. Llegó a darme permiso para mencionar su bastón, y referir sobre él aquel cuento fantástico, que naturalmente

era cierto, aunque no con el mismo personaje que actuó de protagonista, pues éste era Dill.

«Reconocería también —prosiguió— que preparé con Teodoro su intervención en la trampa; trabaja para mí y obedece mis órdenes. Añadiría que a Fritz lo puse de guardia en el cuarto de abajo, y que mis tres golpes sobre el piso eran la señal para que simulase la llamada telefónica a Hewitt, así como los cinco, dados después, le indicaron que debía subir a poner en marcha los ventiladores del cuarto de las macetas, cosa que puede hacerse desde el vestíbulo. También que retrasé deliberadamente la segunda señal a Fritz, por espacio de los tres minutos siguientes a la confirmación de que la puerta había sido cerrada con llave, y que previamente solté una pequeñísima cantidad de cifógeno, en el salón de las macetas y la cámara de fumigación, para que el olfato de Dill se acostumbrase a ese olor, y no se alarmase ante su aparición súbita, después de girar la válvula. Todos mis preparativos, pues, fueron realizados con la idea de que si Dill daba paso al gas, con la intención de asesinarnos a los ocho, moriría él en cambio. Todo eso puedo admitirlo ante un jurado.

Aquí Wolfe exhaló un suspiro.

—Pero el hecho fundamental consiste en que Dill abrió la válvula por su propia voluntad, proponiéndose exterminar a ocho personas, incluido usted. Ningún jurado me condenaría culpable, ni aun de menoscabar su prestigio, Cramer.

—¡Al diablo con mi prestigio! —gruñó el aludido—. ¿Por qué no pasa la cuenta al gobierno de Nueva York por la ejecución de un criminal, libre de cargos, en su cámara fumigatoria? Eso es lo único que ha omitido. ¿Por qué no lo hace?

Wolfe chasqueó la lengua.

—Dudo que llegase a cobrarla... aunque valdría la pena intentarlo. Privadamente, inspector, puedo confiarle que existían diversas razones por las que habría sido desacertado que Dill compareciese ante un tribunal. Primera, la dificultad de declararlo convicto, por lo aleatorio de las pruebas. Segundo, la parte desempeñada por el bastón de Hewitt se habría divulgado, contra mi especial compromiso de impedirlo. Tercera, Archie habría sido puesto en apuros, pues él hizo funcionar el gatillo y provocó la muerte del hombre. Cuarta, *Miss* Lasher se habría suicidado, o al menos lo intentaría, pues no posee muchas luces, y es tozuda como el diablo. Había pensado que si admitía haber visto algo desde su escondite del corredor, y daba su testimonio públicamente respecto a ello, se divulgarían sus relaciones con Gould, con lo que su familia quedaría deshonrada.

—De todos modos, no habrían quedado ocultas.

—Ciertamente, si ustedes le echaban mano. Cuando Archie la llevó al salón de las macetas, a presencia suya, era evidente que estaba por ceder. Eso fue lo colosal de la situación. Dill se dio cuenta del estado de la muchacha, y eso, combinado con la amenaza de verse encarado con

el dueño del garaje, fue lo que forzó su determinación. La cosa urgía. Pues, entre otras cosas, había el peligro de que al hablar de mi exposición, *Miss* Lasher interrumpiera, exclamando que era Dill y no Hewitt quien colocó el bastón junto a la puerta, y eso lo habría echado inmediatamente todo a perder.

—¿No fue el bastón de Hewitt?

—Sí. Circunstancia, como ya le he dicho, que no deberá publicarse.

—¿Dónde lo obtuvo Dill?

—No lo sé. Hewitt lo perdió, y sin duda Dill decidió aprovechar la oportunidad de emplearlo. De paso, otro detalle que no se deberá publicar es la declaración de *Miss* Lasher. No olvide que lo ha prometido, inspector. Le debemos eso, pues si ella no hubiese incluido la tarjeta del garaje, cuando colocó los objetos de Gould en su maleta, no habríamos llegado a nada.

—Y otra cosa —agregué yo — . Ventilar públicamente esas pequeñas dificultades que tuvo el padre de Anne Tracy no creo que le valga su aumento de sueldo...

—Nada hay en este mundo que me procure un aumento de sueldo —manifestó Cramer con sentimiento—. Y en cuanto al padre de *Miss* Tracy... —Hizo un gesto indiferente.

Wolfe me miró extrañado.

—Creí que ya no eras su novio.

—No. Pero soy sentimental con mis recuerdos. ¡Señor, cómo se va a aburrir con Fred! ¡Peonías! ¡Ah, a propósito! Ya que está haciendo el inventario, dígame cuál era el gran secreto de Anne.

—No tan grande —Wolfe echó una ojeada hacia el reloj, y comprobando que faltaba aún cerca de una hora para la cena, hizo una mueca—. *Miss* Tracy admitió esta mañana lo acertado de mis presunciones... Gould era tan poco escrupuloso como malvado; la conminó a casarse con él si no quería que obligara a Dill a arrestar a su padre, asegurándole que tenía en su mano poder para ello. Habló también de grandes sumas de dinero. Así que, naturalmente, cuando fue asesinado, *Miss* Tracy sospechó que Dill andaba metido en el lío, pero se negó a revelar sus sospechas, por razones obvias: el temor de las consecuencias para su padre.

Wolfe volvió a entretenerse en juntar las puntas de los dedos.

—Es sorprendente —prosiguió— que Gould viviera hasta ahora, a pesar de su carácter. Se jactó delante de *Miss* Lasher de que iba a casarse con otra muchacha; cosa tonta y cínica. Declaró a *Miss* Tracy que tenía poder sobre Dill, lo que fue indiscreto e imprudente. Llegó hasta infectar los especímenes de la muestra de Rucker y Dill con amarillo de Kurume, indudablemente para recalcar la presión que ejercía sobre Dill; al menos así lo presumo. Eso fue estúpido y espectacular. Claro que Dill resultó igualmente falto de juicio, cuando

trató de contratarme para investigar la aparición del amarillo de Kurume en su local de la Exposición; tiene que haber perdido un poco su dominio ante la proximidad del crimen que había planeado, ya que la baladronada no cuadra dentro de su psicología normal. Pienso que quizá calculó, hasta cierto punto, que contratándome por adelantado para la investigación, contribuiría a apartar las sospechas de sí. No era hombre nacido para asesino; sus nervios no lo permitían.

—En cambio los suyos, ¿eh? —Cramer se incorporó—. Debo darme prisa... Una cosa que no comprendo aún, es por qué Dill se expuso con ese viaje a Pennsylvania para sobornar a un sujeto que emponzoñara los arbustos. Recuerdo que habló usted de exageraciones en cuanto a los celos hortícolas, pero ¿todos padecen más o menos de eso? ¿Dill también lo padecía?

Wolfe hizo un gesto negativo.

—Yo me refería en ese momento a Hewitt. Lo que Dill tenía era el afán de proteger sus inversiones y beneficios. La perspectiva de que esas rhodaleas aparecieran en el mercado hacía peligrar la rama principal de su establecimiento.

De pronto, se enderezó, y agregó en tono completamente distinto:

—Pero hablando de rivalidades de horticultor... Tengo un cliente, usted lo conoce, que me pagó la cuenta por adelantado. Me gustaría enseñársela. Archie, ¿quieres traerlas, por favor?

Ya estaba yo harto de toda esa charla, y fatigado de la tensión a que sometiera el acechar a Wolfe a través de otro de sus pequeños experimentos, pero me lo pidió por favor; así que subí al salón de plantas y cargué con las tres, que deposité una al lado de la otra sobre el escritorio de Wolfe. Él, levantándose, radiante, se inclinó a admirarlas.

—Son absolutamente únicas —dijo, con un respeto como si estuviese en un santuario—. Sin par... ¡incomparables!

—Bonitillas, sí —asintió Cramer cortésmente, volviéndose para salir—. Pero un poco fúnebres, sin embargo. Poco colorido... Prefiero los geranios.

Éste es el primero de los dos casos. Explica cómo consiguió las orquídeas negras. ¿Y qué suponéis que hizo con ellas? No me refiero a las plantas; se necesitaría una palanca más poderosa que la de Arquímedes para desprender de él una sola (justamente la semana pasada Cuyler Ditson le ofreció, por un ejemplar, una suma suficiente para adquirir un cañón antiaéreo). No, aludo a las flores. Vi el ramo depositado sobre un ataúd, con una tarjeta donde garabateara sus iniciales «N. W.» Eso fue todo.

Este caso lo refiero junto con el anterior, sólo a causa de las orquídeas. Como ya he anunciado, el grupo de personajes es totalmente distinto. Si, cuando concluyáis, creéis que el misterio ha sido resuelto, sólo me resta decir que no sabéis reconocer las características de un «misterio» aunque os lo pongan delante de los ojos.

A. G.

CITA CORDIAL CON LA MUERTE

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos
a continuación los principales personajes
que intervienen en esta obra

BRADY (Dr. Alian).
Médico y amigo íntimo de los Huddleston.

HUDDLESTON (Bess).
Organizadora de festivales en su espléndida mansión.

HUDDLESTON (Daniel).
Hermano de la anterior.

HUDDLESTON (Larry).
Sobrino de ambos y colaborador de su tía Bess.

NICHOLS (Janet).
Mecanógrafa y auxiliar de Maryella.

TIMMS (Maryella).
Secretaria de la señora Bess.

CAPÍTULO UNO

No era esa la primera vez que veía a Bess Huddleston.

Un par de años antes, ella había telefoneado a la oficina, una tarde, solicitando hablar con Nero Wolfe, y cuando él mismo contestó, tranquilamente le dijo que se presentara en seguida en su residencia de Riverdale para verla. Naturalmente, él cortó la comunicación. En primer lugar, jamás se movía de casa como no fuese atraído por un viejo amigo o un buen cocinero, y en segundo, hería su vanidad que un hombre o mujer viviente no conociera esa circunstancia.

A la hora, poco más o menos, ella se presentó en la oficina de Wolfe, es decir, en el salón que usaba como despacho en su vieja casa de la calle 35 Oeste, cercana al río. ¡Qué quince minutos más animados! Nunca le vi más furioso. Y con todo, la propuesta me parecía atrayente. Ella le ofrecía dos mil dólares por participar en una reunión que ofrecía en honor de la señora Fulánez, para actuar como «detective» en un juego de salón. Apenas una tarea de cuatro o cinco horas, beber cerveza a discreción, y dos mil dólares por añadidura. Hasta llegó a ofrecer quinientos dólares extra para que yo lo acompañase. Pero él era Napoleón, y ella le pedía ir a exhibir soldaditos de plomo en un jardín de infancia.

Al retirarse la señora, le censuré su actitud, expresándole que tocante a fama, ella no se le quedaba atrás, pues era la anfitriona más notable que la sociedad neoyorquina jamás había tenido y que la combinación de talentos de dos tales artistas habría producido frutos memorables, para no mencionar las inmensas posibilidades de inversión placentera que para mí tendrían los quinientos. Pero él seguía su murria.

Eso había sido dos años antes. Ahora, en esta calurosa mañana de agosto (sin aire acondicionado en la casa, porque él no se fiaba de la instalación), la Huddleston telefoneó, cerca de mediodía, invitándole a acudir al punto a su mansión de Riverdale. Wolfe me hizo señas de que la mandara al diablo y colgase el receptor. Pero un rato después, cuando él se hubo retirado a la cocina a consultar con Fritz cierto problema vinculado con el almuerzo, busqué el número de ella y la llamé. Hacía cerca de un mes que la oficina se hallaba sumida en una quietud soporífera, desde que termináramos el caso Nauheim, y yo habría recibido con agrado hasta la misión de seguir los pasos al chico de una zapatería, acusado de robar cacahuetes. Así, pues, telefoneé para decirle que si se disponía a visitar la calle Treinta y Cinco, quería recordarle que Wolfe se aislaba con sus plantas de orquídeas en el invernáculo, de nueve a once, por la mañana, y de cuatro a seis, por la tarde, pero que en cualquier otro momento estaría encantado de verla.

Debo reconocer que distaba mucho de mostrarse encantado, cuando a eso de las tres de la tarde la escolté por el vestíbulo. Ni siquiera se disculpó por no levantarse a saludar, aunque debo admitir que ninguna persona razonable esperaría semejante esfuerzo, habiendo reparado previamente en sus dimensiones.

—¿Usted? —murmuró él muy rencoroso—. ¿Es la mujer que vino aquí una vez a sobornarme para que hiciera payasadas?

La señora se dejó caer a plomo en la silla tapizada de cuero rojo que yo le acerqué, sacó un pañuelo de su enorme bolso verde, y se lo pasó por la frente, la nuca y la garganta. Era una de esas personas que en las fotografías de los diarios no pueden reconocerse, porque sus ojos son los que dan personalidad a su cara, y hacen olvidar el resto, cuando uno los mira. Negros y vivos, altamente expresivos y penetrantes, la hacían parecer bastante más joven que los cuarenta y siete o cuarenta y ocho años que tendría.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Cómo no suda usted más con este calor? Voy de prisa porque debo entrevistarme con el alcalde para un festival de la Defensa que me ha encargado, así que no tengo tiempo para discutir. Pero lo que dice de haber pretendido sobornarlo es perfectamente estúpido. ¡Perfectamente estúpido! Habría sido una pantomima maravillosa con usted de detective; en cambio tuve que arreglármelas con un policía, un inspector, que lo único que sabía era gruñir. Así. — E hizo un gruñido.

—Si ha venido, señora, a...

—No. No lo busco para una fiesta esta vez. Bien quisiera. Sino porque alguien trata de arruinarme.

—¿Arruinarla? ¿Física o financieramente?

—Arruinarme, pues. Usted sabe a qué me dedico. Organizo fiestas...

—Me consta —dijo Wolfe secamente.

—Muy bien. Mis clientes son gente rica e importante... al menos ellos creen que son importantes. Pero aun sin analizar ese punto, para mí lo son. De modo que dígame qué efecto cree usted que produciría... espere; le mostraré...

Abrió el bolso, y empezó a revolver como un perro ante un hueso enterrado. Un fragmento de papel revoloteó hacia el suelo, y como yo me adelanté para restituírselo, ella le echó una ojeada y dijo:

—No se moleste; es para el cesto.

De manera que le di el destino indicado y torné a mi silla.

Bess Huddleston alargó un sobre a Wolfe.

—Examine esto. ¿Qué opina?

Wolfe miró el sobre por detrás y por delante, retiró de su interior una hoja de papel, que desdobló y después de mirarla, me la pasó para

que la viera.

—Esto es confidencial —protestó Bess Huddleston.

—El señor Goodwin también —dijo Wolfe secamente.

Examiné ambas piezas. El sobre, con su timbre y sello de correo, y desgarrado por un borde, rezaba escrito a máquina:

«Señora de Jervis Horrocks
Calle Setenta y Cuatro Este, núm. 902

Nueva York.»

En la hoja de papel escrito también a máquina:

> «¿Fue ignorancia u otro motivo lo que movió al doctor Brady a prescribir una medicina equivocada para su hija? Pregúntele a Bess Huddleston. Si quiere, ella puede decírselo, como a mí.»

No había firma. Entregué el sobre y la hoja nuevamente a Wolfe.

Bess Huddleston volvió a pasarse el pañuelo por la frente y la garganta.

—Hubo otra —dijo, mirando a Wolfe, aunque yo sentía que sus ojos no dejaban escapar nada—, pero no pude conseguirla. Ésta, como ve, tiene sello del martes, doce de agosto, hace seis días. La otra fue despachada un día antes, el lunes once, hace hoy una semana. Mecanografiada, lo mismo que ésta. Yo la he visto; le fue remitida a un caballero muy rico y eminente, y decía estas textuales palabras: «¿Dónde y con quién pasa su mujer la mayor parte de las tardes? Si lo supiera, se sorprendería. Mi fuente de información respecto a esos extremos es Bess Huddleston. Pregúntele.» El caballero me la mostró, y su esposa es una de mis mejores…

—Un momento. —Wolfe hizo un ademán interrogativo —. ¿Está usted consultándome o ha venido a contratarme?

—Lo estoy contratando para descubrir quién envió esto. —Menudo trabajillo. Poco menos que imposible. Nada, sólo una

suma exorbitante podría inducirme a aceptarlo.

—Por supuesto. —Bess Huddleston asintió impaciente —. Yo también sé aprovecharme, y espero que me sacará todo el jugo. Pero de todos modos me arruinaré si esto no cesa, y pronto.

—Muy bien. Archie, tu libreta de notas.

Apenas la tuve, trabajé afanoso. La señora me soltó toda la historia, mientras Wolfe tocaba el timbre para pedir cerveza, y se recostaba con los ojos cerrados. Pero abrió uno a medias cuando la oyó contar lo del papel empleado y la máquina. El papel y sobres de ambas cartas anónimas, dijo, eran de la clase que utilizaba para su correspondencia personal una muchacha que trabajaba para ella como auxiliar en la organización de festivales, llamada Janet Nichols; y las cartas y sobres habían sido escritos con la máquina propiedad de la misma Bess Huddleston, y usada generalmente por otra chica que actuaba para ella como secretaria, Maryella Timms. Bess no había apelado a compararlas con una lente de aumento, pero a primera vista parecía obra de la misma máquina. Las dos chicas vivían con ella en su casa de Riverdale, y en el cuarto de Janet Nichols había una gran caja de ese papel. Entonces, si ninguna de las muchachas…

Wolfe interrumpió para que nos circunscribiéramos a los hechos.

—Hechos, Archie.

—¿Criados? Inútil molestarse con ellos —dijo la señora Huddleston; jamás permanecían con ella tanto como para tomarle inquina.

Dejé pasar la observación con una inclinación de cabeza, recordando haber leído en diarios y revistas sobre su colección particular de cocodrilos, osos y otros elementos perturbadores. ¿Quién más vivía en la casa? Sí, un sobrino, Lawrence Huddleston, que también figuraba en el personal de la organización de festivales, pero de acuerdo con la tía Bess, completamente ajeno a toda sospecha. ¿Eso era todo? Sí. ¿Había personas bastante íntimas de la casa como para tener acceso a la máquina y el papel de cartas de Janet?

Ciertamente, en cuanto a sospechar, muchas personas.

Wolfe expresó su disconformidad con un descortés gruñido. Para procurarle hechos, la interrogué acerca de las insinuaciones de los anónimos. ¿Qué había de la medicina equivocada y de las tardes sospechosas? Los ojos de Bess Huddleston me fulminaron. De eso no sabía nada. Y de todos modos, no venía al caso. El asunto radicaba en que alguna persona maliciosa trataba de arruinarla diseminando insinuaciones acerca de que ella charlaba jactándose de conocer secretos culpables de la gente. Que esos secretos resultaran ser o no ciertos, nada tenía que ver con ello.

—Muy bien —le dije—; olvidemos dónde la señora del rico hombre pasa sus tardes, quizá jugando a la pelota, pero simplemente por fórmula: ¿tenía la señora Jervis Horrocks una hija, y había ésta enfermado, siendo atendida por el doctor Brady?

—Sí —admitió Bess Huddleston con impaciencia—; la hija de la señora Horrocks murió un mes antes, y su médico de cabecera fue Brady.

—¿De qué murió?

—De tétanos.

—¿Cómo lo contrajo?

—Hiriéndose el brazo con un clavo, en el establo de la escuela de equitación.

Wolfe murmuró:

—No hay medicina equivocada que...

—Fue algo terrible — interrumpió Bess Huddleston—. Pero completamente ajeno a esto. Voy a llegar tarde a mi audiencia con el alcalde. Esto tiene claridad meridiana: alguien, queriendo arruinarme, ha concebido esta infame manera de hacerlo; eso es todo. Hay que ponerle coto, y si usted es tan sagaz como lo suponen, puede tener buen éxito; porque debo decirle que sé quién lo ha hecho.

Alargué el cuello para observarla mejor. Wolfe abrió tamaños ojos.

—¿Qué? ¿Lo sabe?

—Sí. Creo que lo sé. No; me consta.

—Entonces, señora, ¿para qué me molesta?

—Porque yo no puedo probarlo, y ella lo niega.

—¡Ajá! —Wolfe le asestó una mirada penetrante—. Resulta usted menos inteligente de lo que parece si, careciendo de pruebas, la ha acusado.

—¿Dije acaso que la había acusado? No. Lo discutí con ella, y lo mismo con Maryella, con mi sobrino, el doctor Brady y mi hermano. A todos los consulté, y visto que no podía resolverlo por mí misma, vine a verlo a usted.

—¿Por eliminación, entonces, la culpable es *Miss* Nichols?

—Claro.

Wolfe frunció el ceño.

—Pero no posee pruebas. ¿En qué clase de indicios se basa?

—Tengo... tengo la intuición.

—¡Bah! ¿Basada en qué?

—En que la conozco.

—¡Ajá! —Wolfe seguía cejijunto y movía sus labios con el gesto habitual de cuando raciocinaba—. ¿Por adivinación, frenología? ¿Qué aspectos específicos de su carácter ha observado? ¿Acostumbra quitar las sillas de debajo de la gente?

—Suprima los chistes —replicó Bess Huddleston, ceñuda a su vez—. Sabe usted muy bien a qué me refiero. Digo que la conozco; eso es bastante. Por los ojos, la voz, los modales...

—Ya veo. Lisa y llanamente, ella le desagrada. Pero debe ser extremadamente estúpida o extremadamente inteligente por haber usado su propio papel de cartas en las notas anónimas. ¿Ha recapacitado sobre eso?

—Seguro. Es muy inteligente.

—Pero sabiendo que ella es la autora, ¿cómo la mantiene en su casa, a su servicio?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Si la despidiera, ¿acaso eso la detendría?

—No. Pero usted manifiesta que la considera culpable a causa de que la conoce; eso significa que hace una semana, un mes, un año, siempre era la clase de persona que le haría esa jugarreta. ¿Por qué no se desembarazó entonces de ella?

—Porque... —Bess Huddleston vaciló—. ¿Qué diferencia hay? —acabó por preguntar.

—Hay una diferencia enorme para mí, señora. Usted me contrata para investigar el origen de esas cartas. Eso es lo que hago en este momento; considero la posibilidad de que las enviara usted misma.

Sus ojos echaron chispas.

—¿Yo? ¡Qué disparate!

—Entonces contésteme. —Wolfe insistió imperturbable—. Puesto que usted sabía cómo era *Miss* Nichols, ¿por qué no la despidió?

—Porque la necesitaba. Es la mejor auxiliar que jamás he tenido. Sus ideas son simplemente... Acuérdese del festival de enanos y gigantes de Stryker... fue idea de ella; eso se lo digo en confidencia. Ha sido uno de mis más grandes éxitos.

—¡Ajá! ¿Cuánto tiempo ha trabajado para usted?

—Tres años.

—¿Le paga usted adecuadamente?

—Sí. Al principio no, pero ahora sí. Diez mil anuales.

—Entonces, ¿por qué ella ha de querer arruinarla? ¿Por mera perversidad? ¿O le tiene inquina?

—Tiene... ella cree que tiene un agravio.

—¿Sobre qué?

—Es algo... —Bess Huddleston sacudió la cabeza—. No tiene importancia; es un asunto privado y no le serviría a usted de nada. Estoy dispuesta entonces a pagar lo que me pida por descubrir quién envió esas cartas y obtener pruebas.

—Quiere decir que me pagará por poner en la picota a *Miss* Nichols. —Absolutamente. A quienquiera que sea el autor.

—¿No importa quién?

—Eso mismo.

—Pero usted está segura de que es *Miss* Nichols...

—No estoy segura. Dije que tengo la intuición, nada más. —Bess Huddleston se levantó y recogió su bolso de sobre el escritorio de Wolfe—. Bien. Tengo que marcharme. ¿Puede visitar mi residencia esta noche?

—No, el joven...

—¿Cuándo puede venir?

—Imposible. El joven Goodwin irá. —Wolfe se incorporó a su vez —. Puesto que ya ha discutido usted el asunto con todas esas personas, me agradaría verlos. Primero a las señoritas. Mándelas aquí. Estaré desocupado a las seis. Esta es una tarea desagradable y quiero terminar de una vez.

—¡Dios mío! —exclamó Bess Huddleston, con ojos vivaces — . ¡Qué

atracción sería usted para una fiesta! Podría hacérsela pagar a los Crowthers, a lo menos por cuatro mil... sólo que adiós fiestas para mí, si no concluyen esos anónimos. Telefonearé a las chicas...

—Aquí tiene un teléfono —le dije.

Llamó, dándole instrucciones a la que denominó Maryella, y se marchó a toda prisa.

Cuando regresé al despacho, tras acompañar a la visitante hasta la puerta, Wolfe había abandonado su asiento. Nada de alarmante había en eso, ya que faltaba un minuto para las cuatro, hora por lo tanto para que subiese a ver sus orquídeas, pero lo que me heló y dejó pasmado fue el verlo inclinado; más aún, doblado en dos sin lugar a dudas, y con su mano en mi cesto de papeles.

Se enderezó.

—¿Se ha hecho daño? —inquirí ansioso.

Desdeñando mi pregunta, se acercó a la ventana para examinar un objeto que sostenía entre el pulgar y el índice. Di un paso hacia él y me lo entregó; le eché un vistazo. Era la instantánea de la cara de una joven, nada especial para mi gusto, recortada en forma de hexágono y del tamaño de una moneda de diez centavos.

—¿La quiere para su álbum? —le pregunté. Eso también lo dejó pasar.

—Nada hay en el mundo —dijo, tomándosela conmigo como si le hubiese enviado un anónimo— tan indestructible como la dignidad humana. Esa mujer gana dinero matando el tiempo para los tontos. Con eso, me paga a mí por bucear en el lodo. La mitad de mi parte se va en impuestos que serán empleados en bombas que harán pedazos a la gente.

Y sin embargo, no carezco de dignidad. Pregúntale a Fritz, mi cocinero; a mi jardinero Teodoro; pregúntate tú mismo, mi...

—Mano derecha...

—No.

—Primer ministro...

—No.

—Camarada...

—¡No!

—Cómplice, lacayo, ministro de la Guerra, asalariado, colaborador...

Como él ya estaba a medio camino del ascensor, yo tiré la fotografía sobre el escritorio y me fui a la cocina a por un vaso de leche.

CAPÍTULO DOS

—Tarde llegan —reproché a las muchachas, al tiempo que las introducía en la oficina—. El señor Wolfe calculó que estarían ustedes aquí a las seis en punto, hora en que bajó de los invernáculos, y han pasado veinte minutos. Ahora se ha ido a la cocina y está ensayando cierto picadillo salado...

Se habían sentado, y yo las observaba de pie.

—¿Querrá usted decir que está comiendo picadillo salado? —preguntó Maryella Timms.

—No. Eso viene después. Ahora está inventando un plato.

—Es culpa mía —dijo Janet Nichols—. Yo no regresé hasta después de las cinco, y tenía que cambiarme de ropa de montar. Lo siento.

No parecía que fuera una amazona. No es que estuviese mal conformada, pues poseía un cuerpo menudo y de lindas formas, con excelentes caderas, pero la cara se avenía más con el «metro» que con una cabalgata bajo el sol. Naturalmente, yo me había esperado algo fuera de lo común, de una manera u otra, ya que de acuerdo con Bess Huddleston escribía anónimos y había planeado la fiesta de los gigantes y enanos de Stryker; para decir verdad, me decepcionaba. Parecía más bien una maestra de escuela, o quizá sea más exacto definirla diciendo que parecía una maestra de escuela antes de que llegue su aspecto a cristalizarse en el prototipo.

Maryella Timms, en cambio, no era decepcionante, pero me crispaba los nervios. Su cabellera nacía mucho después de sus sesgadas cejas, con lo que su frente parecía aún más alta y ancha de lo que era, y noble y espiritual. Pero tenía ojos excesivamente recatados, cosa incongruente. Si uno es noble y espiritual, no tiene por qué recatar la mirada. No hay motivo para extremar el recato. Además, ¡ese acento! ¡Picadiiiillo salaaado...! Ya pasó la época de la guerra civil, y de todos modos ganaron los de mi lado, pero esas bellas del Sur me sacan a la superficie al nombre del Norte por nacimiento, por educación y por preferencia.

—Veré si lo puedo arrancar de allí —dije, y crucé el vestíbulo camino de la cocina.

A primera vista se me ocurrió que conseguiría que Wolfe fuese a atender sus asuntos, porque aun no había puesto manos a la obra, es decir, al picadillo. La mixtura, o sea el punto de partida, se hallaba en una fuente sobre la mesa larga, y Fritz, en un extremo de ella, y Wolfe, en el otro, discutían el procedimiento. La impresión de extrañeza de ambos al verme era la que supongo causaría yo si hiciese irrupción en una reunión de gabinete en el salón de actos de la Casa Blanca.

—Ahí están —anuncié—; Janet y Maryella.

A juzgar por la expresión de su cara al abrir la boca, era ya cosa

segura que Wolfe iba a decirme que las mandase volver a la mañana siguiente, pero no alcanzó a manifestarlo. Una puerta se abrió a mis espaldas, y nos envolvió «esa voz»:

—Suuupe que estaaaba haciendo picadiiillo…

Esta es la última vez que trato de reproducirla.

La dueña de la voz pasó a mi lado, directamente hacia Wolfe, y se inclinó a examinar el contenido de la fuente.

—Permítame —dijo, y por cierto no sería capaz de modular sus cadencias—, pero el picadillo de carne es una de mis especialidades. Nada más que carne sola, ¿verdad?

—Como puede verlo —concedió Wolfe a regañadientes.

—Está cortada demasiado fina —dictaminó Maryella.

Wolfe puso mala cara. Pude comprobar que se debatían en él emociones contrarias. Una mujer en su cocina era un ultraje. Una mujer criticando sus platos o los de Fritz, inadmisible. Pero la preparación del picadillo de carne era uno de los más arduos problemas de su vida, y que jamás nadie resolvió. Contrarrestar el sabor de la carne de lata, y sin embargo conservar su peculiaridad, quitarle esa condenada sequedad sin tornarla gaseosa, había exigido años de teoría y experimentos. Arrugó el ceño, pero no la echó de la cocina.

—Le presento a *Miss* Timms —dije — . El señor Wolfe, el señor Brenner. La señorita Nichols está dentro.

—Cortada demasiado fina, ¿por qué? —preguntó Wolfe con tono iracundo — . No es carne fresca, que deba soltar jugo.

—Vaya, vaya, cálmese. —Maryella le puso la mano en el brazo—. No está perdida, solamente que es mejor más gruesa. Y ahí hay demasiadas patatas para esa cantidad de carne. Pero sin menudos de cerdo no podrá…

—¡Menudos! —tronó Wolfe.

Maryella asintió.

—Menudos frescos de cerdo. Ese es el secreto. Fritos en aceite de oliva con jugo de cebolla…

—¡Cielos! —Wolfe miraba atónito a Fritz —. Nunca he oído semejante cosa, ni se me había ocurrido. Fritz, ¿qué opinas?

Fritz reflexionaba muy serio.

—Puede ser que resulte —concedió — . Con probar, a título de experimento…

Wolfe se volvió hacia mí, con súbita decisión. —Archie, ve a casa de Kretzmeyer y pregunta si tiene menudos de cerdo. Dos libras.

—Mejor, déjeme ayudarlo —dijo Maryella—. Es casi una manía…

He aquí, ahora, cómo entré en relación tan estrecha con Janet

desde el primer día. Pensé que bien podía acompañarme hasta el mercado, por los menudos, y como Maryella se había agregado a Wolfe, y por lo que toca a Wolfe él no se despegaría de ella mientras durase el experimento, me decidí a llevarla. Y cuando regresamos a casa ya tenía yo determinado que en muchos aspectos era una perfecta inocente, aunque admito que esto no significaba mucho, porque me resistía a creer que quien no fuese una verdadera hiena apelara a recurso tan incalificable como el de las cartas anónimas. Admito también que no parecía muy chispeante, y hasta un poco distraída en la conversación; pero dadas las circunstancias no había de extrañarme, si es que estaba enterada del motivo de su visita a la oficina de Nero Wolfe, como probablemente sucedía.

Entregué los menudos a los artistas del picadillo, en la cocina, y volví a reunirme con Janet en el despacho. Por el camino hasta el mercado fui contándole detalles del injerto de orquídeas, y cuando ya en casa me acerqué a mi escritorio para sacar un paquete de fichas de datos sobre esos cultivos, que quería enseñarle, noté que faltaba algo. De modo que le di las fichas para que las mirase, y con un pretexto cualquiera volví a la cocina y pregunté a Wolfe si alguien había entrado en la oficina mientras yo estuve fuera. De pie, junto a Maryella, miraba a Fritz disponer los menudos sobre la tabla de picar, y todo lo que obtuve fue un gruñido indefinible.

—¿Ninguno de ustedes salió de la cocina? —insistí. —No —repitió lacónicamente — . ¿Por qué?

—Alguien se ha cernido mis bombones —dije, y la dejé con sus compinches para retornar al despacho. Janet estaba sentada con las fichas en la falda, revisándolas. Me puse delante y la interrogué amistosamente:

—¿Qué hizo de ella?

Levantó la vista. En esa posición, con la cabeza inclinada, parecía bastante bonita.

—¿Qué hice... de qué?

—De la instantánea que sacó de mi escritorio. Es la única foto que poseo de usted. ¿Dónde la puso?

—¡Yo no he hecho nada! —Cerró la boca, y luego repitió desafiadora—: ¡Yo no he hecho nada!

Me senté meneando la cabeza para convencerla por las buenas.

—Escúcheme un poco —le dije—. No me mienta. Somos camaradas; juntos hemos ido a buscar los menudos en su propio antro; menudos de jabalí. Ese retrato es propiedad mía y lo quiero. Digamos que se coló en su bolso. Mire por si acaso.

—¡En el bolso no está! —Con esa inusitada nota de valentía en la voz, y hasta color en las mejillas, parecía otra persona. Tenía el bolso a su lado, sobre el asiento, y lo apretaba con la mano izquierda.

—Entonces yo examinaré su bolso —Y me dispuse a tomarlo.

—¡No! —dijo—. Ahí no está. —Aplicó la mano sobre su estómago —. La tengo aquí.

Me detuve en seco, pensando por un segundo que se la habría tragado, y recapacitando, volví a mi sillón y dije:

—Muy bien. Ahora tendrá que devolvérmela. Le dejo tres caminos: o sacarla por su propia mano, o que lo haga yo, o llamo a Maryella y la sujeto a usted mientras ella la busca. La primera opción es la más digna. Yo volveré la espalda.

—¡Por favor! —No sacaba la mano de encima del estómago—. ¡Por favor! ¡Es mi retrato!

—Es un retrato de usted, pero no es suyo.

—¡*Miss* Huddleston se lo dio!

No tenía objeto negar lo evidente.

—Digamos que sí.

—Y ella le dijo... ella... piensa que yo envié esas cartas odiosas... ¡Yo sé que lo cree!

—Eso —dije con firmeza— es otro asunto, que mi jefe tiene entre manos. Lo que yo quiero es el retrato. Probablemente no tiene importancia, excepto como una foto de la joven que imaginó el festival de los gigantes y los enanos para Stryker. Si se la pide al señor Wolfe, él probablemente se la devolverá. Quizá hasta exista la posibilidad de que *Miss* Huddleston la haya sustraído; no lo sé. No dijo de dónde la había sacado. Lo que sé es que usted la tomó de mi mesa, y quiero que me la devuelva. Usted puede obtener otra; yo no. ¿Llamo a Maryella? —Y volví la cabeza en actitud de disponerme a lanzar un grito.

—¡No! —exclamó, y levantándose de la silla me dio la espalda y se puso a hacer ciertas contorsiones. Cuando me entregó la instantánea la sujeté bajo un pisapapeles en el escritorio de Wolfe, y me puse a ayudarla a recoger las fichas del suelo, porque se le habían caído de la falda.

—Mire lo que ha hecho —le dije—. Están todas mezcladas ahora. A ver si me ayuda a ponerlas en orden otra vez.

Hubo un instante en que me pareció que iba a prorrumpir en lágrimas, pero se contuvo. Pasamos juntos una hora no exactamente bulliciosos, pero al menos amigablemente. Evité el tema de las cartas, porque no sabía qué táctica iba a emplear Wolfe.

Cuando finalmente abordó la cuestión, no usó de táctica ninguna. Era después de las nueve, y nos habíamos reunido en el despacho, tras dar cuenta debidamente del picadillo y sus accesorios. El mejunje era exquisito; excelente. Wolfe se sirvió tres platos, y en su conversación con Maryella, mientras duró la comida, no sólo se mostraba sociable, sino hasta respetuoso, ciertamente. Un momento embarazoso se

produjo al principio, cuando Janet no quiso servirse picadillo, y se dio orden a Fritz de cortarle una loncha de jamón. Maryella observó, resentida:

—No quieres comerlo porque yo lo he preparado.

Janet protestó que no era por eso, sino que simplemente no le gustaba la carne en conserva.

Pero después, en la oficina, se vio claramente que entre la secretaria y la ayudante reinaba muy escasa simpatía. No es que una acusara a la otra de escribir las ponzoñosas misivas; nada de hostilidad abierta, pero algunas miradas que sorprendí al alzar la vista de mi libreta de notas, y el tono de voz al hablarse, delataban que brotaría no menuda llama si alguien arrimaba allí un fósforo. Wolfe no consiguió nada, a mi modo de ver, excepto una colección de detalles sin importancia. Ambas jóvenes se conducían con gran discreción, para calificarlo con suavidad. Según ellas, Bess Huddleston era una jefe muy satisfactoria. Admitían que sus célebres excentricidades dificultaban a veces las cosas, pero sin consecuencias. Janet trabajaba con ella hacía tres años, y Maryella dos. No tenían la menor idea de quién podía haber enviado esas espantosas cartas, y Bess Huddleston carecía de enemigos, que ellas supieran. ¡Oh!, claro está que en ocasiones había lastimado el amor propio de algunos, pero en asuntos intrascendentes, y eran legión las personas que en los meses anteriores podían haber echado mano al papel de cartas de Janet, pero quien fuese les era imposible imaginarlo, y así todo por el estilo. Sí, habían conocido a la hija de Jervis Horrocks, Helen; había sido íntima amiga de Maryella. ¡Qué muerte repentina! Al doctor Alian Brady le conocían muy bien; estaba de moda y gozaba de gran reputación, para su edad; un hombre que triunfaba. A menudo salía a pasear a caballo con alguna de ellas o con Bess Huddleston. ¿En la escuela de equitación? No; Bess Huddleston tenía caballerizas en su residencia de Riverdale, y el doctor Brady solía salir del Centro Médico cuando las visitaba alguna tarde; eran apenas diez minutos de camino.

Bess Huddleston era soltera, y su hermano Daniel algo así como químico; no muy sociable, pues se presentaba a comer a casa apenas puede decirse que una vez por semana. El sobrino Larry, pues... no era más que eso: un joven que vivía allí, y ganaba un sueldo colaborando con los negocios de su tía. No existían otros parientes conocidos, ni amigos más íntimos, aparte de que Bess Huddleston contaba por cientos las amistades de ambos sexos y todas las edades.

Eso se sucedió por espacio de dos horas.

Después de acompañarlas hasta su coche —de paso reparé que quien conducía era Maryella—, regresé a la oficina y me quedé de pie, viendo a Wolfe vaciar un vaso de cerveza y servirse otro.

—Aquel retrato de la acusada —dije— está bajo su pisapapeles, por si lo quiere. Ella lo quiso; es decir, ella se apoderó de él en mi ausencia y lo escondió en un lugar demasiado íntimo. Lo recuperé, no importa

cómo. Supe que ella se lo pediría; me he llevado un chasco. Y si cree usted que va a resolver el caso con...

—Al infierno con el caso —suspiró Wolfe, como epitafio a la cerveza—. Debí pensarlo mejor. Mañana ve a echar una ojeada por allá. A los sirvientes también. Examina la máquina de escribir. Al sobrino; habla con él y resuelve si hace falta que lo interrogue; en ese caso, lo traes. Y al doctor Brady lo mismo. Después del almuerzo será la mejor hora.

—No me cabe duda —dije sarcástico.

—A eso de las dos. Hazme el favor, toma tu libreta y anota una carta. Que salga esta noche por el expreso. «Al profesor Martingale, de Harvard. Querido José: He hecho un importante descubrimiento. Recordarás nuestra discusión del invierno pasado frente a la posibilidad de emplear menudos de cerdo en la preparación de...»

CAPÍTULO TRES

Siempre, desde un incidente que ocurrió cierta vez en febrero de 1935, en una misión que me encomendó Wolfe, me pregunto sistemáticamente a mí mismo, al salir de la oficina para asuntos de servicio: «¿Debo llevar revólver?» Rara vez lo hago, pero si tal hubiese sido el caso, aquel martes, por la tarde, juro que habría encontrado buen uso para él. Tan cierto como que mi nombre es Archie y no Archibaldo, habría dejado en el sitio, seco de un tiro, a aquel condenado orangután.

Antes se invertían sus buenos tres cuartos de hora en trasladarse en automóvil desde la calle Treinta y Cinco hasta Riverdale, pero ahora, con la ruta Oeste y el puente Henry Hudson, sobraba con veinte minutos. Nunca había visto la mansión Huddleston, pero informado por diarios y revistas, su tapia original no me sorprendió. Estacioné el coche en un espacio abierto sobre la carretera, que corría paralela a la acera, empujé el portón y pasé dentro, internándome hacia la casa por un sendero que cruzaba el césped. Había árboles y arbustos alrededor, y a la derecha un estanque ovalado.

A unos veinte pasos escasos de la casa, me detuve en seco. No sé de dónde había aparecido, pero allí estaba avanzando por el sendero, grande y negro, con los dientes brillándole en amplia sonrisa, si se puede considerar así su mueca. No se movió mientras yo le miraba. Me censuré a mí mismo: «¡So tonto!», y seguí adelante, pero cuando estuve más cerca produjo cierto gruñido que me obligó a detenerme otra vez. «Muy bien», me dije, «si esta es su senda privada, ¿por qué no avisa?», y corté camino por la derecha, reparando en que había otro sendero en el lado contrario del estanque. No di media vuelta, sino que me desvié al sesgo, porque tenía curiosidad por ver lo que hacía y lo que hizo fue

darme caza a todo vapor. Así, acaeció que yo iba mirando con un ojo a mis espaldas para no perderle de vista, cuando tropecé con un tronco que había en el césped a la orilla del estanque, caí de bruces y por poco me zambullí, y cuando salté sobre mis pies, nuevamente el tronco empezó a arrastrarse por el suelo de costado, acercándoseme. Era uno de los cocodrilos. El orangután se sentó a reírse. No quiero decir que produjera ruido de carcajadas, pero en la cara se le leía. Entonces es cuando le hubiera disparado un tiro. Di la vuelta en derredor del estanque, en busca de otro camino y fui hacia la casa, pero he aquí que lo encontré otra vez, diez yardas más adelante, mientras el orangután emitía aquellos ruidos con la garganta.

Volví a detenerme.

Una voz de hombre intervino:

—¿Quiere jugar al marro? [2]

Harto entretenido había estado yo para ver al hombre que, por otra parte, acababa de salir junto a un arbusto por el extremo de la galería. Con una ojeada vi que vestía camisa verde y pantalones color ladrillo;

—¿Quiere jugar al marro? —repitió. —Yo no —dije.

—Si lo hace enojar, le morderá. Corra por el césped y cuando él quiera tocarlo, esquívelo. Después de tres veces, déjelo correr a él y exclame: «¡Míster!» en tono admirativo. Se llama así.

—Más vale dar media vuelta y marcharse a casa.

—Yo no haría la prueba; se arrepentiría.

—¿Y si le doy una paliza?

—Pruebe... Yo lo dudo. Además, si le hace daño y mi tía llega a enterarse... Supongo que es usted Archie Goodwin; yo soy Larry Huddleston. No he mandado esas cartas ni sé quién lo hizo o pudo hacerlo. Mi tía bajará luego; ahora está arriba, discutiendo con el hermano Daniel. No puedo invitarlo a pasar hasta que no corra con «Mister».

—¿Es preciso que todo el que viene aquí juegue al marro con este maldito grandullón de orangután?

—No es orangután, sino chimpancé. Con los extraños es raro que juegue; eso significa que usted le ha caído en gracia.

Tuve que pasar por ello. Me dirigí al césped, salió al paso, lo esquivé tres veces, exclamé: «¡Míster!» en tono tan admirativo como me fue posible y di por concluida la función. Con un grito de gozo, «Míster» corrió hasta un árbol y saltó a una rama. Me miré el revés de la mano y

---

2 Juego de muchachos, en que unos persiguen a otros procurando tocarles. Se juega divididos los niños en dos bandos. tendría mi edad o quizás algo menos, y parecía dispuesto a dárselas de protector conmigo.

vi sangre. El sobrino me interrogó, tan pronto observó que mi mano sangraba, con aire muy azorado.

—¿Es que le ha mordido?

—No, me caí y debo haberme rasguñado. No es más que un arañazo.

—Sí, ya le vi caer sobre «Moisés». Le pondré un poco de yodo.

Dije que no valía la pena molestarse, pero él me condujo a través de la galería al interior de la casa, hacia un gran salón dos veces más largo que ancho, con enormes ventanas y una chimenea gigantesca, y sillas, divanes y almohadones como para un regimiento de huéspedes. Al abrir la alacena en la pared próxima a la chimenea, descubrió un estante con gasa esterilizada, esparadrapo, vendas, etcétera, etcétera, en prolija disposición.

Mientras me humedecía con yodo el rasguño, dije, por no quedarme callado:

—Es un acierto tener a mano el equipo de primeros auxilios.

Él asintió.

—Lo tenemos así a causa de «Míster». Nunca muerde muy fuerte, pero a veces le desgarra la piel a alguno. Y además, «Longo» y «Lulú» suelen mordisquear en sus juegos...

—¿«Longo» y «Lulú»?

—Sí, los osos.

—¡Ah, claro; los osos! — Eché una mirada a mi alrededor, y deposité el frasco de yodo sobre el estante. En seguida él cerró el botiquín—. Y ahora ¿dónde están?

—Echando una siestecita en algún lado. Siempre dormitan por la tarde; ya los verá luego por ahí. ¿Salimos a la galería? ¿Qué prefiere: *whisky,* gin...?

Hermoso lugar esa galería situada en el lado de la sombra, con pavimento de piedras irregulares separadas por ribetes de césped. Allí pasé sentado con él una hora, sin conseguir más que tres *whiskys* con soda. No me despertó gran simpatía. Hablaba en tono muy teatral, lucía un pañuelo verde en el bolsillo de pecho de la camisa, haciendo juego con ella. Mencionó el Registro Social por lo menos tres veces en menos de una hora, y llevaba un reloj de pulsera hexagonal, cuando un reloj no tiene absolutamente por qué ser de otra forma que redondo. Me pareció sumamente obtuso aun para las exigencias más simples de la vida, si bien admito que en una fiesta seguramente causaría sensación. Confieso que no le arranqué ningún secreto, y se limitó a indignarse con referencia a las cartas. Todo lo que pude saber de él fue que escribía a máquina, que Maryella había ido a la ciudad a recados y que Janet había salido a pasear a caballo con el doctor Brady. Su tono al mencionar a este último fue ligeramente irónico, pero no pude atar cabos.

Cuando dieron las cinco sin que su tía hubiera bajado, fue a averiguar, y volvió al momento, diciéndome que subiera. Me acompañó arriba, señalóme una puerta y desapareció. Entré en lo que resultó ser un despacho, pero no había nadie allí. ¡Qué desorden! Las guías de Teléfonos amontonadas sobre una silla; los secantes usados desde la declaración de la Independencia; la máquina sin tapar. Examinaba yo el conjunto con ojos de censura, cuando oí pasos y apareció Bess Huddleston seguida de un personaje esmirriado, de ojos tan negros como los de ella, pero por lo demás muy flacucho e insignificante. Al pasar ante mí, ella saludó:

—Lo siento. ¿Cómo está? Mi hermano. El señor Gooldwin.

—Goodwin —corregí con firmeza, y estreché la mano del hermano. Me sorprendió observar que daba un firme apretón. La hermanita se había sentado ante un escritorio, y abría una gaveta. Sacó una libreta de cheques, tomó una pluma del soporte, la mojó en el tintero, extendió el cheque, trató de secarlo, consiguiendo naturalmente un borrón, y se lo entregó al hermano Daniel.

Éste, en cuanto lo vio, protestó:

—No.

—Sí —replicó ella.

—Te digo, Bess, que no...

—Te aguantarás, Dan, al menos por esta semana. Eso es todo lo que hay. Te he dicho mil veces...

Se detuvo, acordándose de que yo estaba delante, y le echó una mirada significativa.

—Muy bien —dijo él, y después de meter el cheque en su bolsillo, se sentó meneando la cabeza con aire preocupado.

—Veamos —Bess se volvió hacia mí—. ¿Qué hay de aquello?

—Nada de que envanecerse —contesté—. Hay una colección de impresiones digitales sobre la carta y el sobre, pero puesto que usted discutió el asunto con su hermano, su sobrino, las dos niñas y el doctor Brady, supongo que todos habrán tocado ambas cosas. ¿No es verdad?

—Sí.

Me encogí de hombros.

—Perfectamente. Maryella le enseñó al señor Wolfe cómo se prepara el picadillo de carne; el secreto consiste en añadir menudos de cerdo. Aparte de eso, nada de particular. Excepto que Janet sabe que usted cree que es ella. Y también que quería quedarse el retrato aquel.

—¿Qué retrato?

—La instantánea que usted me indicó que tirase al cesto. Le llamó la atención y la pidió. ¿Hay inconveniente en que se la devuelva?

—¿Tiene usted algo que decir respecto a eso? ¿Algún detalle que

pudiera contribuir...?

—No, ese retrato no tiene nada que ver. Me refiero a que no está relacionado con el asunto en cuestión.

—Solicité al doctor Brady que llamase a nuestra oficina a las dos, esta tarde, pero estaba muy ocupado.

Bess Huddleston se acercó a una ventana, miró hacia afuera y se volvió.

—Para venir a pasear en mis caballos no estaba tan ocupado —dijo con aspereza—. Deberían estar ya de regreso; me pareció oírlos en la caballeriza.

—¿Vendrá a la casa?

—Sí, para los aperitivos.

—Bien. El señor Wolfe me advirtió que le dijera que existe la posibilidad remota de que haya impresiones dactilares en la otra carta, la que recibió el hombre rico.

—Esa es más difícil de pescar.

—¿No podría usted obtenerla?

—No lo creo.

—¿La ha entregado a la policía?

—¡Santo cielo!, ¡no!

—Muy bien. Ya he jugado al marro con «Míster» y hablado con su sobrino. Así que si ahora pudiera ver dónde Janet guarda su papel de cartas, y sacar una muestra de la escritura de la máquina... ¿Es esa?

—Sí, pero primero venga al cuarto de Janet; yo le enseñaré.

La seguí. Había que ir hasta el otro extremo de la casa, subir un piso y allí estaba el cuarto, pequeño, acogedor, limpio y bonito. Pero lo del papel resultó un callejón sin salida. Ni siquiera estaba en la caja, sino en el cajón de una mesita secreter sin cerradura; todo lo que se requería era tirar de la argolla metálica que hacía de tirador, y que verosímilmente, no podía contener impresiones digitales; meter la mano y sacar lo que uno quisiera, papel y sobres. Bess Huddleston me dejó a solas, pero tras una ojeada para convencerme de que allí nada había que ver, retorné al despacho. Daniel seguía en la silla donde lo dejé. Traté de escribir unos renglones como muestra en la máquina, utilizando una hoja de papel de Janet, y me lo guardaba en el bolsillo cuando súbitamente Daniel rompió el silencio.

—Usted es un detective.

—Así dicen —confirmé.

—Y está investigando quién mandó esas cartas anónimas.

—Exacto. —Chasqueé los dedos—. Nada menos que eso.

—Una persona culpable de semejante acción merece que la

sumerjan hasta la barba en una solución al diez por ciento de ácido fluorhídrico.

—¡Quiá! ¿Eso sería doloroso?

Daniel se sacudió todo.

—¡Vaya si lo sería! Bien, he permanecido aquí porque pensé que quizá querría preguntarme algo.

—Gracias. ¿Qué debo preguntarle?

—Esa es la dificultad —Parecía desconcertado—. No hay la menor cosa que puede referirle; bien desearía que la hubiese. Ni tengo informes que ofrecer, ni siquiera sospechas. Pero me gustaría expresarle un comentario... Completamente imparcial; dos comentarios.

Me senté con aire de interesarme la cosa.

—¿A ver el número uno? —dije muy atento.

—Puede transmitírselo a Nero Wolfe.

—Naturalmente; no haré otra cosa.

Daniel me observó frunciendo la boca.

—Usted acaba de mencionar cinco personas a mi hermana. El sobrino, Larry, que también lo es mío; las señoritas Nichols y Timms, el doctor Brady y yo. Creo que merece considerarse la circunstancia de que cuatro de nosotros seríamos perjudicados por todo aquello que perjudicara a mi hermana. Yo soy su hermano, y siento un cariño fuerte y profundo por ella. Las jóvenes son sus empleadas y reciben buena paga. Larry lo mismo. Francamente, y en mi carácter de tío, para él es demasiado. A no ser por la tía, sacaría a duras penas cuatro dólares diarios ayudando en una carbonería; no conozco ocupación fuera de ésa que no exceda a sus facultades. Pero la cuestión consiste en que su prosperidad depende por completo de ella. Así que lo razonable es, y ofrezco esto simplemente a título de comentario, que nosotros cuatro podamos ser eliminados, sin inconveniente, de toda sospecha.

—¡Ajá! —dije. Queda uno entonces.

—¿Uno?

—Claro, el doctor Brady. De los cinco mencionados, usted quita cuatro. Eso señala a él directamente.

—¡En lo más mínimo! —Daniel parecía consternado—. Usted no me comprende. Yo del doctor Brady sé muy poco, aunque casualmente mi segundo comentario le concierne. Insisto en que se trata simplemente de un comentario intrascendente. ¿Ha leído la carta que recibió la señora Horrocks? Entonces probablemente se habrá dado cuenta de que al mismo tiempo que pretende ser un ataque contra el doctor Brady, resulta tan manifiestamente absurdo que de ninguna manera podría hacerle mella. La hija de la señora Horrocks murió del tétanos. Para eso no existe medicina alguna, ni buena ni mala, una vez que la toxina ha alcanzado el centro nervioso; la antitoxina puede prevenir,

pero jamás, o muy raramente, curar. Así que el infundio acerca del doctor Brady es por completo inconsistente.

—Eso es interesante —admití—. ¿Es usted médico?

—No, joven. Soy químico de laboratorio. Pero cualquier manual de medicina corriente…

—Bien, lo tendremos en cuenta. ¿Qué razón supone usted que el doctor Brady tendría para poner a su hermana en la picota?

—Por lo que a mí se me alcanza, ninguna. Ninguna absolutamente.

—Entonces eso también lo elimina. Y si todos son inocentes, no queda nadie sino su propia hermana.

—¿Mi hermana?

—Tiene que haber enviado las cartas ella misma —asentí.

Eso le enfureció. En realidad, su reacción se explica porque se trataba de un asunto demasiado serio para andar bromeando, y tuve que apelar a la suavidad para calmarlo. Entonces le dio por la murria. Después de perder el tiempo con él otros diez minutos, sin obtener nada en limpio, decidí cambiar de aire. Me acompañó abajo y salimos a la galería, donde oímos voces.

Si aquello era la muestra de una alegre reunión de las que organizaba Bess Huddleston, prefiero las mías, aunque admito lo injusto de mi apreciación, ya que ella no había efectuado preparativos para el caso. La señora estaba recostada en una silla hamaca de la galería, con la falda enrollada por la brisa hasta las rodillas, exhibiendo un par de piernas desnudas sin ningún atractivo especial, y calzados los pies con sandalias rojas de tacón alto. No me agradan los zapatos sin medias, sean las piernas de quien fueren. Dos osos negros de tamaño regular sentados sobre las losas, con el lomo apoyado contra el armazón de la hamaca, saboreaban sendos caramelos entre gruñidos. Maryella Timms estaba sentada en el brazo de un sillón con la mano descansando al descuido sobre el hombro de Larry Huddleston, cuyo estudiado desgaire recordaba a John Barrymore. Janet Nichols, en traje de montar, ocupaba otra silla, el rostro rojo y acalorado, cosa que la favorecía, contrariamente al efecto que produce en la mayoría de las personas. De pie junto al otro extremo de la hamaca estaba un individuo muy tieso, el rostro vigoroso.

Al presentarnos Bess Huddleston al doctor Brady y a mí, me adelanté para estrecharle la mano, pero apenas había dado dos pasos y medio, cuando los osos se abalanzaron sobre mí, como si yo fuese su golosina preferida. Salté de lado por lo menos media milla de una vez, y su impulso los hizo pasar de largo, pero al girar sobre mis talones para observarlos, otro bulto negro y enorme salió disparado por detrás de mis espaldas, como un murciélago, y me obligó a saltar de nuevo, ya desalentado.

Brotaron risas de dos direcciones; luego la voz de Bess Huddleston:

—No lo persiguen a usted, señor Goldwyn, sino que han olido a «Míster» y le temen porque les gasta bromas.

Los osos no estaban a la vista. El orangután saltaba alegremente por sobre la hamaca. Furibundo, exclamé:

—¡Mi nombre es Goolwangel!

Brady me estrechó la mano, y riendo me alentó:

—No lo tome a mal, Goodwin; es pura simulación. Ella pretende que no puede recordar los nombres que no figuran en el Registro Social. Como toda su carrera se funda en esas ridiculeces…

—Usted sí que es ridículo —dijo Bess, desdeñosa—. Ha nacido así y cree en ello a pies juntillas. En cambio para mí es un negocio. Pero, por

Dios, basta de… ¡«Míster», pícaro, deja de hacerme cosquillas en los pies!

«Míster» no se inmutó. Ya le había quitado las sandalias rojas, y depositándolas cuidadosamente sobre una losa, procedió a hacerle cosquillas en la planta del pie derecho. Ella se puso a gritar y a darle puntapiés. El mono la emprendió con el otro pie, y recibió igual tratamiento. Eso pareció satisfacerle, pues se dispuso a marcharse, pero su papel siguiente no fue premeditado. Un hombre con librea de mayordomo se aproximaba, portador de una bandeja con vasos y botellas, y justamente llegaba a un extremo de la hamaca, cuando «Míster» le dio un empellón, y de los buenos. El hombre perdió el equilibrio, y con un alarido, todo se fue al suelo. Brady cogió una botella al vuelo, y yo otra, pero todo lo demás se estrelló en las piedras. «Míster» dio un salto de veinte pies, aterrizó en una silla, y allí se sentó a morirse de risa mientras el criado temblaba todo él de pies a cabeza.

—Por Dios, Haskell —dijo la Huddleston—. No te vayas a marchar ahora, que tenemos huéspedes para la comida. Ve a tu cuarto, toma un traguito y acuéstate. Nosotros limpiaremos esto.

—Mi nombre es Hoskins —dijo el hombre con voz ronca.

—Claro, eso es. Anda y tómate un trago.

El hombre se retiró y todos pusimos manos a la obra. Cuando «Míster» vio lo que hacíamos, inmediatamente se puso a ayudar, y demostró ser el recolector de vidrios rotos más veloz que jamás he visto. Janet salió en busca de utensilios, entre ellos un par de escobones, pero la dificultad era que no se podía barrer a fondo por el césped que había entre las lajas. Larry fue a buscar otro juego de vasos, y finalmente Maryella resolvió el problema trayendo un aspirador. Bess Huddleston se quedó en la mecedora, y el doctor Brady acarreó los restos, hasta que finalmente volvimos a la normalidad, cada cual sirviéndose un vaso, incluso «Míster», sólo que el suyo no era alcohólico, o yo no hubiese permanecido allí un minuto más. Lo que ese pajarraco habría sido capaz de emprender con un par de Martinis bajo la piel, más valdría contemplarlo desde un aeroplano.

—Este parece ser el día de las roturas —dijo Bess Huddleston, sorbiendo su bebida—. Alguien me rompió el frasquito de las sales de baño, lo derramó en el suelo y lo dejó abandonado.

—¿Quién, «Míster»?

—No lo creo; nunca entra allí. A los sirvientes no me he atrevido a preguntarles.

Pero evidentemente en la mansión Huddleston se desconocía la posibilidad de pasar un cuarto de hora en apacible sociedad, estuviese o no sobrio «Míster», porque la próxima perturbación no fue culpa suya, a menos que lo fuera indirectamente. La serenidad del ambiente no era muy plácida. No soy un lince para ciertos matices, pero no hacía falta un Nero Wolfe para notar que Maryella coqueteaba con Larry Huddleston, y esto contraía los músculos faciales del doctor Brady. Janet, azorada, se esforzaba por disimular que no reparaba en la escena, y en cuanto a Daniel, bebía distraído abundantemente, porque estaba preocupado por algo. La Huddleston trataba de aguzar el oído para enterarse de lo que yo hablaba con Brady, pero simplemente me limité a invitarlo a pasar por nuestra oficina. Esa tarde no podía, pero al día siguiente quizá... tenía tantos compromisos...

El incidente se produjo cuando la dueña de la casa, anunciando que más valía que fuese a ver si había comida y quien la sirviese, se sentó a ponerse las sandalias. Esto es, se colocó una, pero en cuanto metió el pie en la otra soltó un chillido, y sacudió el pie.

—¡Caray! —exclamó — . ¡Un pedazo de vidrio dentro de la sandalia! Me he cortado un dedo.

«Míster» saltó a su lado, y todos los demás la rodeamos. Como Brady era médico, se hizo cargo de la situación. No era gran cosa: una simple cortadura de media pulgada de largo en la parte más carnosa del pulgar, pero sangraba bastante, y «Míster» empezó a gemir sin que hubiera modo de acallarlo. El hermano Daniel trajo el equipo de primeros auxilios de la sala, y después que Brady aplicó una buena dosis de yodo, remató la obra de arte protegiendo la herida con un espléndido vendaje.

—No es nada, «Míster» —decía Bess Huddleston para tranquilizarlo—. No sigas... ¡eh!

«Míster» había arrebatado el frasco de yodo, y después de quitarle el tapón, empezó a verter cuidadosamente su contenido, gota a gota, en una de las franjas de césped. Por nada quiso entregarlo a Brady o a Maryella, sino que lo devolvió a su ama, en cuanto ésta lo reclamó, con el tapón bien colocado, y ella se lo pasó a su hermano.

Eran más de las seis, y como no me habían invitado a cenar, y por otra parte bastante zoología había ya probado en un solo día, me despedí para marcharme. Cuando me instalé en mi «dos asientos» que aguardaba en la carretera, y retorné a mis semejantes, aspiré profundamente los olores conocidos y familiares de la gasolina y el

campo con verdadero alivio.

En la oficina, Wolfe, que estaba haciendo marcas sobre un gran mapa de Rusia, recientemente adquirido, dijo que mi informe lo recibiría más tarde. De modo que después de confrontar el tipo de mi muestra con la carta de Horrocks, y hallar que estaban escritas con la misma máquina, subí a mi aposento para darme una ducha y cambiarme. Después de la comida, instalados en el despacho, me indicó que le hiciera un relato detallado, sin dejar nada olvidado, lo cual significaba que aún no se había dedicado al caso y que seguía sin formar opinión. Le manifesté que prefería leer el informe escrito, porque cuando se lo hacía verbalmente solía perder el hilo a causa de sus muecas que me ponían nervioso; pero él se limitó a reclinarse en el respaldo y, cerrando los ojos, mandó que empezara el relato.

Era cerca de media noche cuando concluí, con las interrupciones de costumbre. Cuando se le antoja un examen a fondo, es capaz de preguntar, como si tal cosa, si el animal derramó el yodo en el césped con la mano derecha o la izquierda. Si este hombre fuese de un volumen transportable, y visitase los lugares personalmente, me ahorraría no poca saliva, pero, ¿qué remedio me queda? Para eso me pagan. En parte, al menos.

Se incorporó, desperezándose, y yo por fin bostecé.

—¿Qué? —le pregunté a la ofensiva—. ¿Todo resuelto? ¿Incluso la prueba?

—Tengo sueño —dijo, disponiéndose a marcharse. Desde la puerta se volvió—: Has cometido el número habitual de fallas, naturalmente, pero en realidad la más importante es que omitiste investigar el incidente del frasquito roto en el baño de *Miss* Huddleston.

—¡Bah! — dije —. Si no es más que eso... No era un frasco de anónimos, sino de sales de baño.

—Igual es sospechoso, y se presta a interpretaciones. Eso de romper un frasco y marcharse simplemente, dejándolo todo desparramado... Nadie lo hace.

—Usted no conoce a ese orangután. Yo, sí.

—¡Qué orangután! ¡Chimpancé! Quizá lo haya hecho, sí. Por eso debiste investigar. Porque si no fue el animal, entonces hay gato encerrado. Algo altamente insólito. Si el doctor Brady llegara un minuto antes de las diez, lo veré antes de subir al invernadero. ¡Buenas noches!

CAPÍTULO CUARTO

Eso fue el martes por la noche, 19 de agosto. El viernes, 22, Bess Huddleston contrajo el tétanos, y el lunes, 25, murió. Prueba de cómo

todo, desde la guerra hasta los «picnics», depende del tiempo, según Wolfe observó, discutiendo el caso con un amigo, días pasados. Si hubiese llovido intensamente en Riverdale entre el 19 y el 26 de agosto, habría sido imposible probar que era homicidio, y no hablemos de capturar al asesino. No porque él desplegase gran..., pero, ¡oh...!

El miércoles, 20, el doctor Brady acudió a la oficina para su entrevista con Wolfe, y el día siguiente el hermano Daniel y el sobrino Larry. Lo único, en realidad, que obtuvimos a la larga, fue la impresión de que entre los hombres la hostilidad era patente. Entretanto, siguiendo las instrucciones de Wolfe, yo estrechaba mis tentáculos alrededor de Janet, atrayéndola a mi mortal abrazo. Realmente, no era tarea enojosa, porque el miércoles la llevé a un partido de fútbol, sorprendiéndome agradablemente la revelación de que sabía distinguir un penal de un tiro libre; en cuanto al viernes por la noche, fuimos a bailar a la terraza del Flamenco, comprobé que le daba ciento y raya a una Pavlova. No era de las que se arriman, y permanecía más bien un tanto rígida, pero tenía muy buen oído, y siempre sabía lo que era preciso hacer. El sábado por la mañana, mi ficha para Wolfe, respecto a ella, rezaba lo siguiente:

1.—Si roe su conciencia un agravio contra Bess Huddleston, se requiere un hombre más sagaz que yo para averiguarlo.

2.—No hay en su temperamento ningún rasgo fundamentalmente malo, salvo que preferiría vivir en el campo a la ciudad.

3. —No tiene ninguna sospecha definida acerca de quién remitió los anónimos o tuvo motivos para hacerlo.

Wolfe me mandó dedicarme entonces a *Miss* Timms, para variar.

No me apresuré, sin embargo, a citar a Maryella para el sábado o el domingo, porque Janet me había contado que pensaban ir todos a Saratoga a pasar el fin de semana. Un lunes por la mañana, pensé, no era momento propicio para iniciar una novela; así que aguardé hasta la tarde para telefonear, pregunté por Maryella, y supe la noticia. Subí a los salones en que se guardan las plantas, donde Wolfe era un espectáculo curioso, en camiseta, cortando brotes de una hilera de *vandas* para reproducción, y le espeté:

—Bess Huddleston ha muerto.

—Déjame en paz —dijo malhumorado—. Yo hago lo que puedo. Alguien seguramente recibirá otra carta antes de mucho, y cuando...

—No señor. Se acabaron las cartas. Estoy puntualizando hechos: el viernes por la noche se le declaró el tétanos en el corte que tenía en el dedo, y hace cosa de una hora murió. La voz de Maryella se ahogaba de aflicción, al decírmelo.

Wolfe me miró cejijunto.

—¿Tétanos?

—Sí, señor.

—¡Y representaba una cuenta de cinco mil dólares!

—Que hubiéramos cobrado con sólo que a usted le entrara un poco de amor al trabajo en vez de...

—Era inútil, tú bien lo sabes. Yo esperaba otra carta. Archívalo todo, incluyendo la de *mistress* Horrocks, por si las piden. Me alegro de quitármelo de encima.

Yo, no. Abajo, en el despacho, mientras reunía en la carpeta las piezas, consistentes en la carta de *mistress* Horrocks, la instantánea de Janet, un par de informes redactados por mí, y unas notas dictadas por Wolfe, sentía como si tuviera que abandonar un partido de fútbol a mitad del segundo tiempo, empatados a goles. Pero la perspectiva no ofrecía la menor posibilidad, y ciertamente tratar de convencer a Wolfe era tarea vana. Telefoneé a Janet, para preguntarle si había algo que pudiera hacer, y ella me respondió, con una vocecita débil y fatigada, que no creía que hubiese nada.

De acuerdo con la noticia necrológica del *Times* de la mañana siguiente, el funeral se celebraría el miércoles por la tarde, en la capilla de Belford, calle Setenta y Tres, con la asistencia de numeroso público, sin duda alguna, y a pesar de hallarnos en pleno verano, atraídos por la última reunión de Bess Huddleston. Era una cordial invitación con la Muerte.

Decidí concurrir. A menos que yo me desconozca a mí mismo, no fue meramente por curiosidad o por volver a ver a Janet; no es mi costumbre frecuentar funerales para mirar a las jóvenes, aunque sean buenas bailarinas. Llamémosle un presentimiento. Pero lo que vi no fue algo siniestro, sino enteramente increíble. Desfilé al lado del ataúd, entre la multitud, porque a distancia lo había visto y no acertaba a creerlo. Pero me acerqué, y allí estaban ocho orquídeas negras, que no podían proceder de otra parte del mundo, y una tarjeta con sus iniciales garabateadas de puño y letra: «N. W.»

A mi regreso, cuando Wolfe bajó del invernadero a las seis de la tarde, no mencioné mi descubrimiento; lo consideré inoportuno, pues deseaba dedicarme a meditarlo con calma.

La misma noche del miércoles, después del funeral, fue cuando contesté a la campanilla de la puerta, y ¿a quién encuentro en el rellano, sino a mi viejo colega el inspector Cramer de la Brigada de Homicidios? Le di la bienvenida con falso entusiasmo y le acompañé al despacho, donde Wolfe seguía haciendo marcas en el mapa de Rusia. Cambiáronse saludos, y sentado Cramer en la silla tapizada de rojo, sacó un pañuelo, para enjugarse el sudor de las superficies descubiertas, puso un cigarro entre sus labios, y le clavó los dientes.

—Le veo encanecido —observé—. Me parece que no hace mucho ejercicio. Un trabajador cerebral...

—Dios sabrá por qué tiene usted a este hombre... —dijo a Wolfe.

Wolfe gruñó:

—Es que una vez me salvó la vida.

—¡Una vez! —exclamé indignado — . Para empezar…

—Cierra el pico, Archie. ¿Qué puedo hacer por usted, inspector? — Puede decirme qué le encargó hacer Bess Huddleston.

—¡Ajá! —Las cejas de Wolfe se fruncieron imperceptiblemente—. ¿Usted…? ¿La Brigada de Homicidios? ¿Por qué quiere saberlo?

—Porque hay un imbécil que nos tiene ya hartos allá en el Departamento. El hermano. Dice que ha sido asesinada.

—¿De veras?

—Como lo oye.

—¿Qué pruebas ofrece? —Ninguna.

—¿Entonces a qué molestarme? Y usted mismo…

—Porque no podemos taparle la boca. Ha ido a ver hasta al comisario jefe. Y aunque no posee pruebas, exhibe un argumento. Me gustaría hacérselo entender.

Wolfe se recostó en su sillón, suspirando.

—Adelante.

—Bien. El hermano empezó a perseguirnos el sábado último, hace cuatro días. A ella se le declaró la infección el día anterior. No hace falta que le cuente lo relativo a la cortadura del pie, porque Goodwin estaba allí…

—Estoy enterado.

—Bien, me lo figuro. El hermano, Daniel, afirma que no pudo contraer el tétanos por esa causa. Que era un fragmento limpio de vidrio caído dentro de su zapato, cuando se estrelló la bandeja con los vasos, en la galería. Él estaba presente. Y la sandalia era limpia y casi nueva. No había caminado descalza. Asegura que es imposible que hubiese gérmenes tetánicos en esa herida, al menos no en cantidad como para provocar un ataque violento por la noche, pero el médico no le permitió verla, y, naturalmente, él no puede afirmar…

—¿El doctor Brady?

—Sí. Pero el hermano no nos deja a sol ni a sombra, especialmente desde que falleció, y ayer temprano mandé un par de hombres para una inspección ocular. Quiero preguntarle, Goodwin, ¿cómo era el trozo de vidrio? El que cayó dentro de la sandalia y la lastimó.

—Ya sabía yo que en realidad venía a verme a mí —le dije jovialmente—. Era un fragmento de esos vasos de vidrio azul, gruesos, especiales, última moda, para los combinados. Se rompieron varios.

Cramer asintió.

—Así me dijeron. Enviamos las sandalias al laboratorio, e informaron que no tenían gérmenes de tétanos. Claro que existía otra

posibilidad, la del yodo y el vendaje. Mandamos al laboratorio todo el equipo que había en la alacena, pero la gasa era esterilizada, y el yodo en buen estado; así que, naturalmente, no había microbio alguno. Con ese fundamento...

—¿Y los vendajes siguientes? —murmuró Wolfe.

—No. La cura que halló Brady puesta, cuando fue llamado el viernes por la noche, era la misma que él colocó el primer día.

—Escuche —interrumpí—. ¡Ya sé! ¡Santo Dios! ¡Ese orangután! Le hizo cosquillas en los pies... Le pasó los gérmenes.

Cramer hizo un gesto negativo.

—Eso también lo consideramos. Nos lo sugirió... el sobrino. Parece que existía la posibilidad, aunque para mí es descabellado. Ahora, respecto a lo que dice el médico, Brady...

—Dispense —dijo Wolfe—. Usted habló con esa gente. ¿Llegó *Miss* Huddleston a decirles algo antes de morir, a alguno de ellos?

—Apenas. ¿Sabe cuál es el efecto del tétanos?

—Vagamente.

—Pues es muy grave. Como la estricnina, únicamente que peor, porque no hay períodos de relajamiento y dura más. Cuando Brady se presentó allí el viernes por la noche, ya tenía la mandíbula apretada. Le dio «avertina» para aliviarla, tratamiento que continuó hasta el final. Mi delegado, que estuvo la noche del sábado, informa que ella estaba doblada hacia atrás. El domingo ella entre dientes habló con Brady, expresando que quería despedirse de su gente, y él los introdujo uno por uno; tengo sus declaraciones. Nada especialmente significativo. Claro que sólo dedicó pocas palabras a cada uno, porque ya estaba grave. El hermano trató de decirle que su próxima muerte no era casual, sino un crimen, pero Brady y la enfermera no le dejaron.

—¿Ella misma no lo sospechaba?

—Al menos no hay prueba de ello. Medité en qué estado se hallaba — Cramer se pasó el cigarro al otro lado de la boca—. Según lo que Brady afirma acerca del tétanos, una tricentésima parte de un grano de toxina es fatal. Los bacilos y esporas son en más o menos número habituales en todos sitios, pero por supuesto, sobre todo, cerca de los caballos. Pululan en la tierra de una caballeriza. Pregunté a Brady si podría haber infectado la herida o el vendaje con sus propios dedos cuando la curó, puesto que acababa de dar un paseo a caballo, pero dijo que se había lavado las manos, y lo mismo la joven Nichols, y ella lo corroboró. Dijo que era altamente improbable que hubiese habido bacilos en el fragmento de vidrio, en la sandalia, en la piel del pulgar, o en la mano del mono, al menos en cantidad tal, como para provocar un ataque tan virulento y fulminante; pero, observó, también es muy difícil que cuando un hombre cruza una calle, mientras dura la señal verde, sea atropellado por un vehículo, y sin embargo a veces sucede. Manifiesta lamentar profundamente no haber regresado el martes por la

noche o el miércoles a darle una inyección de antitoxina, pero tampoco se culpa, porque ningún médico lo habría hecho dado el caso. Después que el veneno alcanza los centros nerviosos, como sucedía cuando Brady llegó la noche del viernes, es demasiado tarde, por más que él lo intentó igualmente. Todo cuanto ha declarado Brady se confrontó con los tratados de medicina, y no hay ninguna discrepancia.

—No me agradó su símil —declaró Wolfe —. Al hombre que cruza la calle es muy fácil que lo atropellen; por eso yo jamás me arriesgo. Con todo, eso no implica nada en contra de Brady. Repito, Cramer, ¿por qué me molesta a mí con todo eso, y por qué usted mismo se toma este trabajo?

—Eso es lo que vine aquí a averiguar.

—No es el lugar adecuado. Pruebe con su propia cabeza.

—¡Oh, diablo! —exclamó Cramer—. Yo estoy convencido de que fue accidental. Pero ese condenado hermano no nos suelta. Y antes de llegar a mayores, y sacarlo del Departamento de Policía por una oreja, pensé que convenía cambiar unas palabras con usted. Si allí había alguien maquinando un crimen, usted debería saberlo. De seguro que lo sabe, puesto que se había encargado de un trabajo para ella. Usted no se molesta por trivialidades; así que me gustaría enterarme de qué se trataba.

—No me cabe duda —dijo Wolfe—. ¿Ninguno de ellos se lo explicó? —No.

—¿Absolutamente ninguno? —No.

—Entonces, ¿cómo sabe que me había contratado?

—El hermano mencionó la presencia de Goodwin, y eso me indujo a interrogarlo. Pero no parece estar enterado de la índole de su función.

—Ni yo.

Cramer se quitó el cigarro de la boca y estalló con vehemencia:

—¡Mire! ¿Qué puede a usted costarle? ¡Suelte prenda de una vez! Yo lo que quiero es acabar pronto, nada más. Tengo bastante que hacer. Lo que quiero saber es....

—¡Basta! —cortó Wolfe secamente—. Dice usted estar convencido de que la muerte fue fortuita. No posee una brizna de evidencia de un crimen. A mí *Miss* Huddleston me confió una misión enteramente privada; su fallecimiento no me exime enteramente sino meramente me priva de esa tarea. Si poseyera un auto del juez podría emplazarme a declarar, pero no es ese el caso. ¿Quiere cerveza?

—¡No! —replicó Cramer furioso — . ¿Quiere contestarme una simple pregunta? ¿Piensa que ha sido asesinada?

—No.

—Entonces opina que ha sido puramente accidental.

—Tampoco.

—¿Qué diablos piensa entonces?

—Nada. Es decir, nada respecto a ese caso. No sé nada del asunto, ni me interesa. La mujer ha muerto, cumpliendo una ley de la Naturaleza; déjela descansar en paz. Me basta con haber perdido mis honorarios. Por qué no me pregunta lo siguiente: si supiera lo que yo sé, si yo le explicara la índole de la misión que me encomendó, ¿consideraría que su muerte requiere ulterior investigación?

—Muy bien. Se lo pregunto.

—La respuesta es no, puesto que usted no ha descubierto la más mínima circunstancia sospechosa. ¿Quiere cerveza?

—Sí, quiero —gruñó Cramer.

Consumió una botella, pero sin adelantar terreno en informaciones concretas, ni en hipótesis. Por fin se marchó.

Después de que lo acompañé hasta la puerta, observé, al entrar en el despacho:

—El viejo «Ricitos» parece que mejora con la edad. Claro que ha disfrutado de la ventaja de estudiar mis métodos... Demuestra haber considerado todos los aspectos posibles casi tan bien como yo.

—¡Psch...! — Wolfe empujó a un lado la bandeja, para hacer lugar el mapa—. No es que disienta esencialmente, casi tan bien como tú. Pero o le ha faltado la penetración suficiente para hilar todos los sucesos de aquella tarde, o se ha perdido la oportunidad de encontrar un crimen. La semana pasada no ha llovido, ¿verdad? Pues, no.

Lo miré receloso.

—No me lo diga. ¿Cuántas veces me deja adivinarlo?

Pero la incógnita quedó allí, pues se enfrascó en su mapa, no haciendo caso de mis preguntas. Era una de las múltiples ocasiones en que con placer lo habría arrojado del Empire State Building abajo, siempre que existiese forma de atraerlo hasta allí. Claro que existía la posibilidad de que simplemente estuviera tomándome el pelo, pero lo dudo. Le conozco los matices de voz.

Aquello me estropeó la noche. En vez de dormirme en treinta segundos, perdí treinta minutos esforzándome por penetrar lo que el muy diabólico había querido inferir, y desperté dos veces con pesadillas. En la primera me llovía encima por una gotera del techo, y cada gota era un germen de tétanos, y en la segunda anduve perdido en un desierto, donde no había llovido en cien años. A la mañana siguiente, después que Wolfe hubo subido a trabajar en la jardinería, a partir de las nueve, me obstiné muy en serio, y sentado ante mi escritorio recorrí mentalmente todos los pormenores de aquella reunión en Riverdale, con la precisión de segundos, tal cual se lo informé a Wolfe. Y ahí di en la tecla. Lo habría captado antes, de no haber mediado diversas interrupciones, llamadas telefónicas, etc., etc.; pero la cosa era

indudable: resaltaba como una mancha de «rouge» en plena mejilla.

Tenía un indicio. Para confirmarlo me comuniqué con el doctor Vollmer, que vivía y tenía consultorio en la misma calle. Supe así que el tétanos mortal posee un tercio de las vidas que un gato: o sea, tres: una como toxina, otra como bacilo, y otra como esporo. El bacilo o el esporo se introducen en el organismo y fabrican la toxina, que hace el trabajo rudo, viajando no en el torrente sanguíneo, sino en los nervios. El bacilo y el esporo son ambos anaerobios, pero pueden vivir en la superficie del suelo y el polvo por espacio de años, y es lo que generalmente sucede, especialmente tratándose del esporo.

Y ahora, ¿qué? ¿Dejarlo ahí? Wolfe era capaz, pero él es inhumano, mientras que yo era y soy todo lo contrario. Además, la posibilidad de tener éxito era interesante aparte de que le daría a Wolfe una lección. Faltaba poco para las once, y quise salir antes de que él bajara, de modo que le telefoneé que tenía que nacer una diligencia, fui hasta el garaje de la Avenida Diez, y saqué mi cochecito. Dirigiéndome al centro, me detuve en una ferretería cerca de la calle Cuarenta y Dos, a comprar un cuchillo de cocina de hoja larga, una llana de jardinero, estrecha, y cuatro bolsas de papel. Entonces me metí en la cabina telefónica de la botica de la esquina, y pedí el número de los Huddleston.

Contestó la voz de Maryella, y solicité hablar con *Miss* Nichols. En seguida fui atendido, y empecé a decirle que suponía que pronto se mudaría de allí, y que me agradaría conocer sus señas.

—Es usted muy amable al haberme llamado —dijo—. Es... es una sorpresa agradable. Naturalmente yo pensé que... me refiero a la semana pasada... pensé que cumplía exclusivamente su función de detective...

—No se burle de mí —le dije—. Sorprenderse de una llamada telefónica una persona que baila como usted... Aunque supongo que por ahora no bailará...

—No; por el momento, no.

—¿Se marchará pronto?

—Esta semana, no. Estamos tratando de ayudar al señor Huddleston a ordenar las cosas.

—¿Me mandará su dirección cuando se vaya?

—Pues... sí, por supuesto. Si usted lo quiere...

—Claro que quiero, usted lo sabe. ¿Qué le parece si le hago una visita? ¡Nada más que para saludarla!

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—Ahora mismo. Podría llegar dentro de veinte minutos. Tengo ganas de verla, de veras.

—Pues... —silencio—. Me parece muy bien. Si quiere tomarse usted la molestia.

Asegurándole que no era ninguna molestia, colgué el receptor, volví al auto, y me puse en camino hacia la entrada de la Ruta Oeste por la calle 46.

Admito que la hora estaba muy mal calculada. Si hubiese llegado, digamos, entre las doce y media y la una, con ellos sentados a la mesa, podría haber dispuesto de una oportunidad, diciendo que ya había almorzado, y que esperaría a Janet en la galería. Por supuesto, tal como resultaron las cosas, aquello me habría hecho quedar como un zoquete, así que celebro haber cambiado el plan. El caso es que al estacionar el coche al otro lado de la verja, provisto del cuchillo y la llana en ambos bolsillos del pantalón, y las bolsitas dobladas en uno de los de la chaqueta, y cruzar por el césped, di con Larry que estaba junto al estanque, y al parecer de muy malas pulgas. En cuanto oyó que me aproximaba concentró sobre mí todo su mal humor.

—¡Hola! —dije amistosamente—. Qué, ¿no hay más cocodrilos? — No.

—¿Y «Míster»? ¿Y los osos?

—Tampoco. ¿Qué diablos hace usted aquí?

Supongo que lo prudente habría sido apaciguarlo, pues realmente estaba muy irritado. ¡Ese tonillo y ese empaque! Así que contesté:

—Vine a jugar al marro con «Míster».

Y me dirigí hacia la casa, encontrándome en el camino con Janet, que cruzaba el césped. Estaba más bonita que nunca o quizá no tan bonita como interesante; creo que se había cambiado el peinado, o algo así. Me saludó, dándome la mano para que se la estrechase, y advirtió a Larry:

—Dice Maryella que tendrá que ayudarla en lo de las cuentas de Corliss. Algunas datan de antes de su permanencia aquí, y al parecer no se fía mucho de mi memoria.

Larry se dio por enterado, pero no se marchó sin plantarse primero delante de mí:

—¿Qué busca? —me preguntó.

—Nada especial —manifesté—. Libertad de palabra, de religión, de...

—Si es por la cuenta, mándela por correo. Cobrará usted el tres por ciento.

Reprimí mi primer impulso, y me limité a hacer un gesto negativo.

—No hay cuenta. Vine a ver a *Miss* Nichols.

—Sí, ¿eh? Vino a espiar...

Pero Janet le sujetó por un brazo.

—Vamos, Larry. El señor Goodwin me telefoneó a ver si podía visitarme. Vamos...

Con las ganas que tenía de propinarle un cachete, me era insufrible verla con su mano posada en el brazo de él, mirándolo en la forma que lo hacía, pero él dio media vuelta y se marchó hacia la casa, y yo me detuve y lo dejé alejarse.

—¿Qué clase de bicho le ha picado? —pregunté a Janet.

—Bien... —dijo ella—. Después de todo, usted es un detective... Y se le ha muerto la tía... ¡Qué terrible, qué terrible...!

—¡Ajá! Si quiere usted atribuirlo al duelo... ¿Y esa alusión al tres por ciento?

—¡Oh...! —vaciló — . Dios sabe que eso no es ningún secreto. Los negocios de *Miss* Huddleston no marchaban muy bien. Todos pensaban que era rica, pero parece que gastaba el dinero tan pronto como lo ganaba.

—O más rápido aún, si es que los acreedores sólo han de percibir un tres por ciento. —Eché a andar hacia la galería, y ella se puso a mi lado—. En ese caso, el hermano y el sobrino irán de capa caída. Lo siento por Larry; es probable que esté abrumado por la pena, después de todo.

—¡Qué observación tan mezquina! —protestó Janet.

—Entonces la retiro —hice un gesto indiferente—. Hablemos ahora de otra cosa.

Me devanaba los sesos, pensando cuál sería el mejor plan para sentarme con ella en la galería, y luego inducirla a que me dejase solo unos minutos, que era todo cuanto necesitaba; pero el sol canicular del mediodía caía a plomo, y tuve que seguirla al interior de la casa. Me invitó a sentarme en un sofá con ella, pero previ que era más seguro sentarme en una silla, enfrente, a causa de las herramientas que tenía en los bolsillos. Platicamos un rato.

Por supuesto, lo más sencillo habría sido decirle lo que pretendía y poner manos a la obra; niego que fuera el sospechar de ella, en calidad de redactora de anónimos o de homicida, lo que me inhibió, sino más bien el deseo natural de no herir sus sentimientos, revelándole que el verdadero objeto de mi presencia allí no era el de verla. Según el desarrollo de los sucesos, convenía que nos mantuviéramos en términos amistosos. Obligado por la idea de acabar de una vez, estaba pensando en encargarla de algo, preferentemente en el piso superior, que la alejase cinco minutos, cuando de pronto vi por la ventana un cuadro que me hizo abrir tamaños ojos.

Era Daniel Huddleston, en la galería, con un bulto de papel de diario bajo el *brazo,* y empuñando un cuchillo de hoja larga en una mano, y una llana de jardinero en la otra.

Me puse de pie para observar mejor.

—¿Qué pasa? —preguntó Janet, y se incorporó a su vez. Le hice señas de callar, y murmuré en su oído:

—Primera lección para el buen detective: no hacer ruido.

El hermano Daniel se detuvo aproximadamente en el centro de la galería, frente a la hamaca; se arrodilló sobre una laja, depositó el bulto y unos diarios doblados a su lado, con la llana, y clavó el cuchillo en la franja de tierra con césped, al borde de la piedra. No lo hacía furtivamente, ni miraba por encima del hombro, pero trabajaba con presteza. Con la llana levantó un trozo de tierra, del ancho de la franja de césped, una seis pulgadas de largo por tres de profundidad, y la envolvió en un pedazo de diario. Luego excavó una segunda, a la derecha del primer agujero, y finalmente una tercera, por la izquierda, envolviendo cada cual por separado.

—¿Qué misterio es éste? —susurró Janet. Le apreté el brazo.

Ya concluía. Abriendo el paquete que había llevado consigo, sacó tres franjas de tierra del tamaño y forma de las que acababa de sacar, las ajustó en las hendiduras, apretólas con el pie hasta nivelarlas con las piedras, y metiendo en un paquete los tres pedazos ya preparados, así como las herramientas, se marchó con aire de llevar un destino determinado.

Así la mano de Janet, y mirándola afectuosamente, le dije:

—Mire, pequeña; mi único defecto es la curiosidad. De otro modo, sería perfecto. No lo olvide. Además, es hora de que usted almuerce.

No sé qué contestó ella detrás de mí, pues yo ya me encaminaba hacia la puerta. Surgí en la galería cautelosamente, la crucé en diagonal, y entreabriendo un seto, espié a través. Daniel llevaba cuarenta pasos de ventaja, y cortaba camino por el césped, no en dirección de la carretera donde mi auto estaba estacionado, sino por el lado opuesto, de la derecha. Decidí darle otros veinte pasos de delantera antes de salir al descubierto, y estuve acertado, pues súbitamente arriba resonó una voz:

—¡Eh, tío Dan! ¿Adonde va?

Daniel Huddleston se detuvo en seco y giró sobre sus talones. Alargué el cuello, y por entre las hojas vislumbré la cabeza de Larry, asomando por una ventana del piso alto, y la de Maryella a su lado.

Larry volvió a gritar:

—¡Lo necesitamos!

—¡Los veré luego! —contestó Daniel.

—¡Pero es hora de almorzar! —añadió Maryella.

—¡Hasta luego! —Daniel dio media vuelta y se marchó. —¿En qué andará? —dijo Maryella a Larry.

—Está tocado —declaró éste.

Dejaron de asomarse, pero como podían seguir mirando, me escurrí por el costado de la casa hacia la esquina, y de allí fui rodeando setos y arbustos antes de tomar decididamente la dirección que Daniel

llevaba. No estaba a la vista. Esta parte del parque me era desconocida, y no tardé en meterme en medio de un matorral que llegaba a la verja. Abrirme paso a través no podía a causa del ruido, de modo que lo orillé, corrí por el costado, y al fin di con una senda. De Daniel, ni el rastro. La senda daba acceso a una serie de escalones de piedra hasta una explanada, y desde una altura lo divisé. Cien pies más adelante había una puerta en la verja, la cual cerraba en este preciso momento, y echaba a andar por un caminillo entre hileras de árboles recién plantados. El paquete seguía bajo su brazo. En cierto modo, me interesaba más el paquete que él mismo, porque, ¿y si lo echaba a una alcantarilla? Por lo tanto, me acerqué mucho más que en cualquier persecución ordinaria, y seguí su camino por la puerta y el sendero. Al extremo, no muy lejos, hizo alto, y yo me oculté entre los árboles.

Se había detenido en la acera de una calle pavimentada. Había vehículos que circulaban, de forma que deduje se trataría de una calle principal, y justamente había llegado a esa conclusión cuando un ómnibus con imperial hizo un alto estrepitoso delante de Daniel, él subió, y adiós.

Corrí a la esquina: era Marble Avenue, en pleno Riverdale. El ómnibus ya estaba demasiado lejos para leer el número, y no se divisaban taxis en ninguna de las dos direcciones. Bajé a la calzada, a cruzarme en el camino del primer automóvil que pasara. Alcé mi mano imperiosamente. Por desgracia, estaba ocupado por dos mujeres de edad respetable, pero no había tiempo para detenerse a escoger. Me colé en el asiento posterior, mostré a la que conducía, velozmente, mi autorización de detective, y le dije en tono expeditivo:

—Asunto policíaco. Acelere y trate de alcanzar un ómnibus que va delante.

La conductora emitió un gritito, la otra manifestó:

—Usted no tiene cara de policía. Salga de aquí. Si no, lo llevaremos a una Comisaría.

—Como quiera, señora. Pero mientras charlamos cómodamente sentados, se fuga el pistolero más peligroso de Nueva York. Va en el ómnibus.

—¡Ay! ¡Nos va a tirar! —No. Está desarmado.

—Entonces, ¿por qué es peligroso?

—¡Dios me ampare! —estiré la mano para abrir la portezuela—. ¡A ver si consigo un auto conducido por un hombre!

Pero entonces el coche salió disparado.

—¡Nada de eso! —replicó la conductora con amor propio—. Yo guío tan bien como cualquier hombre; mi marido me lo ha dicho.

En eso tenía razón. En seguida ya iba a cincuenta, y se las arregló en los cruces, de tal modo, que no tardamos mucho en ponernos a la par con el ómnibus. Es decir, encontramos un ómnibus, y cuando se

detuvo en una esquina, le indiqué pasara de largo, lo cual hizo con limpieza, mientras yo, cubriéndome la cara con la mano, escudriñaba a ver si lo distinguía. En efecto, iba dentro.

—Estoy siguiendo a ese hombre —dije a las damas—. Creo que se dispone a reunirse con un político de mal vivir. Delante del primer taxi vacío que vean, pueden abandonarme, si quieren; pero, naturalmente, de un taxi es posible que el individuo sospeche, mientras que jamás se le ocurriría temer de un automóvil como éste, con dos bellas damas elegantemente vestidas.

La conductora puso su aire más severo.

—En ese caso —declaró—, es nuestro deber.

Y a fe mía que siguió pacientemente a aquel ómnibus por espacio de tres interminables cuartos de hora, toda Riverside Drive, Broadway y los suburbios. Pensé que por lo menos podría brindarles alguna diversión, y me puse a contarles relatos de mis experiencias con pistoleros y secuestradores y otras hierbas. Al cruzar la calle Cuarenta y Dos, con Daniel siempre dentro del ómnibus, determiné, fascinado, que probablemente su meta era el Cuartel General de policía, y me había enfrascado tan intensamente en la consideración de cómo interceptarle el paso, que por poco le pierdo de vista, cuando saltó a la acera en la calle Treinta y Cuatro. Pagué a las damas con las gracias y una cordial sonrisa, salté fuera, y zigzagueando por entre la muchedumbre atareada del mediodía, por poco se me escapa. Le di alcance de nuevo y llevaba dirección al Oeste, por la calle Treinta y Cuatro.

En la Octava Avenida dobló hacia el centro. Yo me mantenía a veinte pasos más atrás.

En la Treinta y Cinco volvió a doblar para el Oeste.

Allí es donde me puse a sospechar. Sin duda alguna. Iba derecho como una bala. Cuando pasó la Novena Avenida, siempre hacia el Oeste, ya la cosa era incuestionable. Apreté el paso. Empezó a mirarlos números de las casas, llegó hasta la escalinata y subió.

Amigos, tened presente lo que os digo: a mí nadie se me escapa. Hombre que sigo, hombre que alcanzo. Así fue como perseguí a éste cruzando Nueva York de parte a parte, prendido de él como un perro de presa, derechito hasta la puerta de Nero Wolfe.

CAPÍTULO CINCO

Mi cerebro había funcionado aceleradamente al recorrer las últimas dos manzanas. Consideré, para rechazarlas, tres maniobras distintas para impedir que Wolfe se enterase. Todas parecían buenas, pero malhaya de mí, bien sabía que ninguna lo era bastante. Él lo descubriría indefectiblemente, no importa lo que yo hiciese. De modo

que subí en dos zancadas detrás de Daniel, le saludé, le hice entrar, utilizando mi llave, y penetramos juntos en el despacho.

—¿Cómo le va, señor Huddleston? Archie, ¿dónde has estado?

Y fui sacando de mis bolsillos cuchillo, llana y bolsas, y depositándolos sobre la mesa.

Daniel murmuró algo, con expresión atónita.

—¿Qué es esa hojarasca? —preguntó Wolfe.

—Nada de hojarasca —declaré—. Son herramientas. Resulta que anoche tampoco llovió. Así que me fui a Riverdale a buscar la franja de césped donde el orangután arrojó el yodo. El caballero tuvo la misma idea; simplemente se me adelantó. Ahí lo tiene en ese diario. Pensé que quizá se le ocurría tirarlo al río, de modo que lo seguí, y me condujo hasta aquí. Por lo tanto me tomé el trabajo en balde, pero no por idiota. Ahora puede usted reírse.

No se rió, sino que miró a Daniel.

—¿Es eso lo que trae en ese paquete, señor Huddleston?

—Sí —dijo Daniel—. Quiero...

—¿Por qué me lo trae a mí? Yo no soy químico; usted, sí. —Porque quiero comprobar el procedimiento. Quiero que... —Llévelo a la policía.

—No. —Daniel hablaba y se mostraba determinado—. Los policías no me toman en serio. Quizá no se equivoquen. Pero si analizo esto yo mismo, sin nadie para...

—No lo analice usted mismo. ¿No tiene colegas, amigos?

—Ninguno que me inspire confianza para darle esto.

—¿Está seguro de que trae el trozo donde fue vertido el yodo?

—Sí. Había unas gotas en el borde de la piedra. Tomé también parte de cada costado, para establecer una comparación.

—Exactamente. ¿Quién se lo sugirió?

—Nadie. Se me ocurrió esta mañana, e inmediatamente me puse...

—¡Ajá! Le felicito. Llévelo a los Laboratorios Fisher. Los conoce, ¿verdad?

—Sí, por cierto. —Daniel se sonrojó—. Pero casualmente no llevo dinero encima. Cobran muy caro.

—Hágalo a crédito, sobre los bienes de su hermana. ¿No es usted el pariente más cercano?

—No hay bienes. El pasivo excede considerablemente al activo.

Wolfe puso mala cara.

—¡Qué descuido andar sin dinero! ¡Caramba, usted no debería ir sin él! Comprenderá, caballero, que este asunto no me atañe. Y tengo el almuerzo servido. Debía de despacharlo con viento fresco. Pero usted

parece capaz de hacer buen uso de su cerebro, y eso es un fenómeno tan raro que da lástima desperdiciarlo. Archie, telefonea al señor Weinbach de los Laboratorios Fisher. Dile que va a presentarse el señor Huddleston, con un análisis de suma urgencia, y que lo cargue a mi cuenta. Usted podrá reembolsarme, amigo, a su comodidad.

Daniel vaciló.

—Yo suelo... Soy extremadamente moroso para pagar mis cuentas...

Wolfe le aseguró:

—Esta la pagará. Ya me ocuparé de ello. ¿Qué es el argirol?

—¿El argirol? Pues, un compuesto de proteína y plata. Argirovitelina. —Mancha como el yodo. ¿Pueden los bacilos del tétanos vivir en él? Daniel recapacitó.

—Creo que sí... Es bastante más débil que...

Wolfe sacudió la cabeza con impaciencia.

—Dígale a Weinbach que ensaye con eso.

Se incorporó, concluyendo:

—Me espera el almuerzo.

Después de dar cumplimiento a la llamada telefónica y acompañar hasta la puerta a Daniel con su paquete, me reuní a Wolfe en el comedor. Ya que no se permitía hablar de negocios durante la comida, aguardé hasta que estuvimos de regreso en el despacho, antes de observar:

—Debería hacerle saber que Janet le vio excavando esa tierra, y que Maryella y el sobrino...

—No tienes ya que decírmelo. No me concierne. —Señaló al cuchillo y la llana que seguían sobre su escritorio — . ¿De dónde sacaste toda esa cantidad de cosas?

—Las compré.

—Me haces el favor de ponerlas en otra parte. Y que no figuren en la cuenta de gastos.

—Entonces las tendré en mi cuarto.

—Como gustes. Ahora ocúpate de llevarle una carta a Hoehn.

Su tono añadía: «Y este es el fin del asunto Huddleston para la oficina, para ti y para mí».

No pongo en duda que lo hubiera sido, si no fuera por su vanidad. Quizá no fue eso; tal vez la razón por la que permitió que el hermano Daniel invadiese otra vez su retiro, fue que quería recalcar en él la conveniencia de que saldara a la mayor brevedad posible la cuenta de los Laboratorios Fisher. El caso es que cuando Daniel regresó unas horas después, la misma tarde, poco antes de las siete, Fritz recibió

orden de hacerlo pasar al despacho. A primera vista me di cuenta de que algo sucedía, por la expresión de sus ojos y la contracción de sus mandíbulas. Avanzando hasta el escritorio de Wolfe, anunció:

—¡Mi hermana fue asesinada!

Retiró de su bolsillo un sobre, y de éste un papel que pretendió desplegar, con la mayor torpeza, ya que las manos le temblaban. Tuvo que asirse con una mano al borde de la mesa, pues perdía el equilibrio, y buscando una silla con la vista, se sentó.

—Comprendo que con la excitación ando un poco flojo —dijo excusándose—. Pero no comí sino una manzana en el desayuno, y después no he probado nada.

Probablemente era la única cosa en el mundo que podía decir para evitar que Wolfe le enviara de nuevo a la policía, y ordenarme a mí echarlo a cajas destempladas. La única clase de hombres que logra acceso a esa casa, sin objeción, es la que lleva el estómago vacío. Considerándolo no con simpatía, sino indignado, Wolfe oprimió un botón, y al aparecer Fritz, le dijo:

—¿Falta mucho para la sopa?

—Está casi lista, señor, menos los champiñones. —Trae un tazón de caldo, galletas, queso y té caliente.

Daniel trató de protestar, pero Wolfe ni lo escuchó siquiera. Suspiró profundamente, recostándose con los ojos cerrados, como si un hombre que sólo ha comido una manzana en veinticuatro horas fuera objeto demasiado lastimoso para contemplar. Cuando llegó Fritz con la bandeja, ya tenía yo lista una mesa delante de Daniel, que devoró unas cuantas galletas y se puso a soplar la sopa y engullirla ansiosamente.

Yo me había incautado de la hoja de papel que él sacó del sobre, y constituía el informe de los Laboratorios Fisher, y la recorría con la vista. Daniel tomó unas cuantas cucharadas más y dijo:

—Yo sabía; estaba seguro. No podía...

—¡Coma! —ordenó Wolfe severamente.

—Estoy comiendo, no se aflija. Acertó en lo del argirol; fue una hipótesis buena. Argirol puro. —El tenedor envió una buena tajada de queso al gaznate de Daniel, pero él prosiguió—: Ni rastro del yodo. Y millones de bacilos de tétanos, cientos de millones. Weinbach declaró que jamás había visto caso semejante; todos concentrados en un trozo de tierra, sobre los tallitos del césped, y la superficie del mantillo. Los otros dos pedazos no presentan señales ni de la argirovitelina, ni del tétanos. Weinbach dijo...

Sonó la campanilla de la puerta, pero no me moví de mi asiento, dejándolo para Fritz, ya que no había motivo para esperarse intrusiones desagradables. Pero el desarrollo de los sucesos demostró que se trataba precisamente de la clase de invasión que más aborrecía Wolfe. Un corredor de Seguros o una esposa que quiere que sigan a su marido,

son tan fáciles de ahuyentar como un mosquito, especialmente si yo me encargo de ella. Pero esto era más complicado. El rumor de las protestas de Fritz llegó desde el vestíbulo; una protesta indignada, y luego la puerta se abrió de un golpe y el inspector Cramer entró a zancadas. Tal como suena. Con lo primero que sus ojos se encontraron, fue conmigo, y me aniquilaron; luego vio a Daniel, emitió un gruñido de triunfo, se puso en jarras y barbotó:

—¡Venga acá, usted! —Y a mí—: ¡Usted también, mocito! ¡Andando! Le guiñé el ojo:

—Si tuviera usted tiempo de echar una ojeada a cierto interesante documento que se llama la Constitución de los Estados Unidos...

—Calla, Archie —interrumpió Wolfe—. Señor Cramer, haga el favor de explicar, en nombre del cielo, qué le pasa.

—Absolutamente nada —repuso Cramer con aire sarcástico —. ¿Qué me pasa? Maldita la cosa. ¡Vea! —Por cierto, jamás le había visto más amostazado ni resentido; se adelantó hasta el pupitre y marcó sus palabras a martillazos, golpeando con el dedo—: Anoche, sentado ahí mismo, ¿qué me dijo? ¿Qué fue lo que me dijo?

Wolfe hizo un gesto de desagrado.

—Ese tono y esos modales, Cramer...

—Se lo repetiré, por si lo ha olvidado: ¡que no estaba interesado en la muerte de Bess Huddleston! ¡Que no sabía nada respecto a esa muerte! ¡Que no estaba enterado! —Cramer seguía martilleando sobre el escritorio—. Pues bien, esta tarde, en mi oficina, a uno se le ocurrió una idea... ¡Porque a veces tenemos ideas! Mandé allá un detective, y el joven Huddleston le enseñó dónde el mono había vertido parte de aquel yodo, y cuando fue a sacar un pedazo de tierra con el césped para analizarlo, descubrió que ya se lo habían llevado. Habían sustituido cuidadosamente la franja con otra tierra, pero el césped era distinto. Empezó a preguntar, y supo que era Daniel Huddleston quien había efectuado el cambio, y que Goodwin había estado allí, marchándose con él.

—No con él —corregí enfáticamente—, sino detrás de él.

Cramer no hizo caso.

—Fuimos por Huddleston y no pudimos hallarlo. Vine, pues, a verlos a usted y a Goodwin, ¿y qué encontré? ¡Que me cuelguen! ¡Encontré a Huddleston, comiendo aquí muy bien sentado! ¡A ver si ésta no es la jugada más sucia que jamás me ha hecho! Arrebatar una prueba, destruir...

—¡Pamplinas! —interrumpió Wolfe con frialdad—. ¿Acabará usted de gritar? Si desea conocer el propósito de la visita del señor Huddleston...

—¡No hace falta que me lo diga! ¡A él se lo voy a arrancar! ¡Y a Goodwin! ¡Por separado! ¡Me los llevo a la Central!

—No —dijo Wolfe—. De aquí no salen.

Este fue el colmo de la situación. Veinte minutos antes, sólo el estómago vacío de Daniel logró impedir que Wolfe lo abandonase a las garras de la policía, y por cierto no habría perdido el apetito si yo le hacía compañía; pero esto era diferente. Que la fuerza pública sacase una persona de su casa, quienquiera que fuese, con culpa o sin ella u orden judicial, excepto la instigación de Wolfe, era un insulto intolerable a su orgullo, a su vanidad y su sentido de equidad en las cosas. Así, tal cual era de esperar, actuó con un estallido de energía rayano en la violencia. Se irguió con toda su masa en el asiento, para decir:

—Señor Cramer, siéntese.

—¡Ni en broma! —Cramer se sentía muy seguro—. Usted no me va a embrollar con una de sus malditas...

—Archie, muéstrale al inspector Cramer ese informe de los Laboratorios Fisher.

Se lo planté bajo las narices. Tuvo el impulso de hacerlo a un lado, pero no hay policía, así sea inspector, que resista el deseo de leer un papel. Me lo arrebató, pues, y lo estudió con gesto avinagrado. Daniel se disponía a decir algo, pero Wolfe le hizo señas de callar, y él tornó a sus galletas con queso; luego puso azúcar en su té y empezó a revolverlo.

—¿Y qué hay con esto? —masculló Cramer—. ¿Cómo puedo saber...?

—A veces pongo en dudas su caletre —le espetó Wolfe sin más — . Yo no estaba ni estoy interesado en la muerte de *Miss* Huddleston, por más que me fastidien usted y el señor Huddleston y Archie continuamente con ello. No tengo cliente, porque se murió. Se escandaliza usted de encontrar a este caballero aquí, comiendo. Si tiene hambre, ¿por qué no ha de hacerlo el pobre hombre? Cuando se presentó aquí a la una con el pedazo de tierra, le indiqué que lo llevara a la policía. Me dijo que no lo tomaban en serio. Por qué regresó aquí con el parte del laboratorio, no lo sé; sólo doy fe de que estaba hambriento. Si a usted le fastidia la falta de seguridad de que el fragmento examinado por el laboratorio sea el mismo en el cual vertió el chimpancé parte del contenido del frasco del supuesto yodo, no es culpa mía. ¿Por qué no se incautó usted mismo del pedazo la primera vez que el señor Huddleston lo llamó, hace cinco días? Era obviamente el primer paso que cabía dar.

—Entonces yo no sabía que el chimpancé había derramado...

—Era su deber saberlo. Con un interrogatorio adecuado lo habría obtenido. O una investigación se hace en forma competente, o no se hace. Bien, inspector; aquí tiene su informe, guárdelo. Recibirá por él una cuenta de los Laboratorios Fisher. Archie, toma nota de eso. En el frasco no había yodo, sino argirol, y rebosaba de bacilos tetánicos. Acción desusadamente fea; nunca he oído una manera más censurable para cometer un crimen, ni al mismo tiempo más sencilla. Confío,

caballero, que no tardará en hacer un arresto. Es indudable, ya que sólo hay cinco personas en danza, las cinco que estaban presentes, descontando a Archie...

—Espere un momento —protestó Daniel—; se equivoca. Ese frasco pudo ser puesto allí en cualquier oportunidad...

Wolfe negó con la cabeza.

—No. Únicamente esa tarde. Podríamos argüir sobre la inverosimilitud de que fuera dejado en el estante por un período indeterminado, al alcance de todos, pero no hace falta. El frasco del botiquín contenía yodo bueno a las cuatro de esa tarde.

Cramer murmuró algo, y Daniel preguntó:

—¿Cómo lo sabe?

—Porque fue usado a esa hora por Archie. Tropezó con un cocodrilo y se rasguñó la mano.

—¡Dios Santo! —exclamó Cramer, y se sentó. Daniel me miró y yo le hice una señal afirmativa. Entonces se encaró con Wolfe, la boca abierta en desconcierto mayúsculo, y el rostro gris:

—Entonces no pudo haber... no pudo haber sido... —tartamudeó.

—¿Qué es lo que no pudo haber sido? —preguntó Cramer.

—Un extraño, pues... —Daniel sacudió la cabeza lentamente, como tratando el rechazar una idea siniestra. De pronto gritó con desesperación— : ¡No puedo creerlo! ¿Uno de ellos? ¿Las dos muchachas, o Larry o Brady?

—¡O usted, señor mío! —añadió Wolfe, secamente—. Usted estaba allí. Precisamente por su empeño en llamar la atención de la policía, cabe la posibilidad de que usted no sea tan inocente como parece. Ahórrese la indignación... calma. Sus procesos digestivos le echarán a perder la sopa y el queso, si no. Inspector, puede entonces ir considerando lo siguiente: fue una improvisación. Aunque no impremeditada; muy lejos de ello. Existía un frasco cuidadosamente preparado, habiéndosele vaciado el yodo, que se reemplazó después de lavarlo, con argirol y un ejército de gérmenes tetánicos. Malo, malo —prosiguió Wolfe, contrayendo la boca—. Para pensar semejante expediente se requiere una persona extremadamente odiosa, cuanto más hacerlo. Y se hizo. Presumo que implicaba crear una situación que requiere el uso de yodo; de hecho, hay motivo para creer que esa situación había sido creada, o se hallaba en proceso; pero el accidente de la galería proporcionó una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla. Desde el punto de vista de la técnica, fue concebida y ejecutada en forma brillante. Sólo era menester hacer dos cosas: deslizar un fragmento de vidrio en la sandalia de *Miss* Huddleston, cosa sencillísima, ya que todo el mundo trajinaba recogiendo pedazos y substituir el frasco de yodo del botiquín por el falsificado. Sin riesgo alguno, porque si *Miss* Huddleston sacudía el vidrio de su calzado antes de ponérselo, o si por alguna razón no se cortaba, el frasco podía

hacerse desaparecer otra vez, y aquí no ha pasado nada. Queda un detalle, es claro; si el frasco de la alacena tenía un rótulo distinto...

—Todos tenían el mismo —murmuró Cramer.

—¿Todos?

—Sí. Había siete frascos de yodo en la casa, contando la cocina, y eran todos iguales de tamaño, forma y membrete.

—Los compraron al por mayor —expliqué—, a causa de «Míster»y de los osos.

—Ahí tiene, Cramer —dijo Wolfe—, precisamente una de sus especialidades: siete, no ocho, frascos. Siete. Y por supuesto, usted hizo analizarlos todos, y era yodo bueno.

—Lo era. ¿Y a qué viene todo ese sarcasmo? ¿Acaso no corrobora su afirmación? Y podría aducir algo más. El asesino tuvo que salir de la galería y entrar en la casa en el intervalo entre la rotura de los vasos y el momento en que *Miss* Huddleston se cortó, para cambiar los frascos de yodo.

Wolfe negó.

—Eso nada significa. Todos entraron en la casa en ese ínterin. *Miss* Nichols fue por escobones y recipientes; el sobrino en busca de otra bandeja para los aperitivos; *Miss* Timms, de un aspirador de polvo, y el doctor Brady a llevar los residuos.

Cramer lo contempló exasperado.

—¿Y no sabía nada respecto a ello? ¡Jesús! ¡No estaba interesado!

—Yo, no —interrumpió Daniel—. Yo no salí de la galería en ese período.

—Que yo sepa —admitió Wolfe—, eso es exacto. Pero en su lugar yo no me jactaría. Usted fue por el yodo, y el frasco que usted entregó al doctor Brady es el que se usó. ¡Otra vez boquiabierto! Usted pasa, señor Huddleston, de la ira a la indignación con sorprendente agilidad. Francamente, pongo en duda la posibilidad de que usted haya asesinado a su hermana. En tal caso, su dominio de los músculos faciales supera toda la experiencia que conozco. Si se queda a comer conmigo, decidiré ese punto antes de concluir el último plato. Tenemos perdices en escabeche. —Le relucieron los ojos—. Ya están listas. —Apartando el sillón, se puso en pie—. Así que, inspector Cramer, al parecer, queda restringido a cuatro, lo cual simplifica su tarea. Le ruego que me excuse, pero...

—Sí, con mucho gusto. —Se incorporó a su vez—. Pero saboreará solo sus perdices. Huddleston y Goodwin irán conmigo. —Nos abarcó de una mirada—: ¡Vamos!

Wolfe se mostró disgustado.

—Creo haberle limpiado ya el terreno de maleza... Si insiste en interrogarlos esta noche, pueden visitarlo en su oficina... digamos, a las

diez.

—No, vendrán ahora.

Lo que revelaba la cara de Wolfe, con su característico abrir y cerrar de la boca, era un espectáculo interesante, especialmente para mí que sé lo difícil que es apartarle de una idea fija; poco menos que imposible; pero puedo sinceramente reconocer que gocé, a causa de quién lo hacía, e intervine:

—Yo me quedo para las perdices. Y si aparezco o no, luego a las diez, dependerá...

—Al diablo con usted — masculló Cramer—. Ya nos veremos después. Vamos, señor Huddleston.

Wolfe avanzó un paso, y su voz estuvo tan próxima a temblar de furor como nunca:

—¡El señor Huddleston está invitado a mi mesa!

—Yo lo eximo de concurrir. Vamos, señor Huddleston.

Wolfe se volvió hacia Daniel, dominándose ante tan insufrible provocación:

—Caballero, le he invitado a mi mesa. Usted no tiene ninguna obligación, moral o legal, de acompañar a este hombre por la fuerza. Le agrada fanfarronear. Goodwin puede llevarlo en el auto, más tarde.

Pero Daniel dijo con firmeza:

—Opto por irme con él ahora mismo, señor Wolfe. Con todos los días que he perdido tratando de que se ocuparan de esto...

Las perdices estaban buenas, y comí tanto como Wolfe. Por lo demás fue uno de los ágapes más fúnebres que jamás hubo bajo su techo; no pronunció palabra, hasta la hora del café.

CAPÍTULO SEIS

He descrito esa escena con detalles, a causa de que de no haber sido por ella dudo que el asesino de Bess Huddleston hubiera sido atrapado. Alguno de la caterva de Cramer quizá se lo hubiera figurado, pero jamás en la vida habrían conseguido pruebas suficientes para encarcelarlo. Y Wolfe, sin cliente ni encargo alguno, daba el asunto por concluido. Así habría sido si Cramer no hubiese conseguido sonsacarle un convidado a comer, delante de sus propias barbas, poniéndolo furioso hasta tal punto que tuvo que tomar dos dosis de «amphojel» por la noche. Dos dosis; la primera inmediatamente después de comer; me mandó a su cuarto por la botella. La segunda fue mucho después de medianoche, a mi regreso tras de mi careo con el inspector Cramer, en la Central. Me deslicé silenciosamente por los dos pisos hasta mi

cuarto, pero justamente empezaba a desvestirme cuando zumbó el teléfono interior en mi mesita de noche, y a consecuencia de las órdenes recibidas descendí y entré en el cuarto de Wolfe. Estaba la luz encendida, pero no se hallaba en la cama, por lo que continué hasta el baño, donde lo encontré tomando una inyección de «amphojel», con un gesto tan tremendo en el rostro, que del miedo habría hecho caer del cuadrilátero a Joe Louis. Que era un espectáculo no cabe duda, con las diez yardas de seda amarilla que se requerían para confeccionarle un pijama.

—¿Y...? —preguntó.

—Nada; lo rutinario. Preguntas y una declaración firmada.

—Me las pagará. —Wolfe puso una cara como una gárgola furiosa, y depositó la botella de «amphojel» en el botiquín—. No me aplicaba esto desde aquel asqueroso experimento que hicimos, la primavera pasada, con anguilas. Me las pagará. Ve a Riverdale por la mañana. Consulta ampliamente al caballerizo y averigua...

—Dudo que lo haya. Los caballos ya no están; los acreedores no sacarán sino un dos por ciento.

—Búscalo. Dondequiera que esté. Deseo saber si alguien ha sacado de allí recientemente algún material; de las proximidades del establo. Una bolsita de papel llena, en el montón de deyecciones, sería lo más ajustado. Interrógalo. Si se hace rogar, lo traes aquí. Luego... ¿Hay sirvientes en la casa?

—El mayordomo —asentí—. Creo que se ha quedado con la esperanza de que le paguen.

—Pregúntale acerca del frasco que *Miss* Huddleston encontró roto en su cuarto de baño. Todo lo que sepa de ello. Lo mismo a los demás sirvientes que estaban allí en ese momento. Todos los pormenores posibles...

—¿A los demás también? Maryella, Janet, Larry...

—No. No lo menciones a nadie sino a los criados. Telefonea antes de volver. Y no te vayas sin dejarme el número de cada teléfono sobre mi escritorio: el de Riverdale, el de Huddleston, del doctor Brady; nada más. Me las pagará. Buenas noches.

Así que por fin se interesó. Sin cliente que nos diese el encargo, sin honorarios a la vista, por fin teníamos un caso, lo cual era preferible que pasarse el día calentando sillas y escuchando la radio.

Con seis horas de sueño quedé como nuevo, y antes de las ocho de la mañana siguiente me encontraba en Riverdale. No telefoneé de antemano, puesto que de todos modos tenía que ir por mi coche, que dejé en la carretera el día anterior. Habría preferido interrogar a Janet o aun a Larry, pero Hoskins me dijo que ambos dormían hasta tarde, mientras que Maryella estaba tomando el desayuno, de modo que obtuve las señas de ella, y a Dios gracias no eran en un pueblo perdido en la loma del diablo, sino simplemente en Brooklyn. Se podrá decir lo

que se quiera de Brooklyn, y me adhiero a ello, pero posee una ventaja, y es su proximidad.

La comisión fue una de las más simples que jamás cumplí, una vez que di con la dirección y el hombre. Se llamaba Tim Lavery, y ostentaba una cicatriz en la mejilla que le daba aire de traidor de película, hasta que sonreía. Le abordé cautelosamente, simulando que era otro mi interés, pero pronto comprendí que no era necesario irle con demasiados rodeos, y lo interrogué directamente.

—Desde luego —dijo—. Un día, hace cosa de un mes, tal vez un poco más, el doctor Brady llenó una caja vacía de bombones que había llevado con ese fin. Dijo que lo quería para un experimento. Una de sus pacientes había muerto del tétanos... he olvidado su nombre...

Fingí que no era nada insólito.

—¿De dónde sacó lo que se llevó? ¿Del pesebre?

—No, del montón de excrementos. Saqué una paletada del medio para él.

—¿Quién le acompañaba ese día? ¿Alguna de las niñas?

Tim negó con la cabeza.

—Aquel día vino solo. Habían estado paseando a caballo, no recuerdo con cuál de las dos, y después que entraron en la casa, él regresó solo con la caja y dijo lo que quería.

—¿Recuerda el día? ¿La fecha?

No pudo hacer más que precisar que era la última semana de julio. Completé los detalles, me cercioré de que podría disponer de él cuando fuera necesario, y en la primera cabina telefónica llamé a Wolfe. Como contestaba desde el invernadero, con la mente ocupada, por lo tanto, en otra cosa, no expresó ninguna satisfacción; cosa insólita en él, por lo demás, y me indicó que mi descubrimiento no establecía variante en el programa de tareas asignadas.

Seguía con suerte, al detenerme, poco después de las diez, delante de la residencia Huddleston, en Riverdale. Pero en vez de bajar por la entrada principal, continué a lo largo de la carretera, hasta otra puerta que se abría sobre un sendero hasta la entrada de servicio. Allí Hoskins departía en la cocina con una mujer de aire apocado, con uniforme de criada. Actuaron con cierta reserva, pero no hostiles; más aún, Hoskins me invitó con una taza de café, que acepté de buen grado. Tanteando el terreno para evitar interrupciones molestas, se me dijo que Larry y Maryella habían salido; que Daniel no había aparecido por allí esa mañana, que no esperaban visitas oficiales, y que Janet terminaba de tomar el desayuno en la cama. Día libre, pues, pero con el presentimiento de que una delegación de Cramer podía hacer irrupción de un momento a otro, me puse manos a la obra sin pérdida de tiempo.

Ambos recordaban perfectamente. Un rato después del almuerzo, aquel martes por la tarde, Hoskins había sido llamado a las

habitaciones de *Miss* Huddleston, arriba, y le mandó ocuparse del baño. Había vidrios rotos por todas partes: en la bañera, en el piso, restos de un gran frasco de sales que solía guardarse en un estante alto arriba en la bañera. *Miss* Huddleston no lo había roto; Hoskins tampoco. La sirvienta, interrogada, dijo que ella no fue, y luego, ayudada por Hoskins, limpiaron el destrozo. Pregunté por el chimpancé. Era posible —dijeron— ; con aquella bestia todo era posible, pero no se le permitía subir, *y* rara vez se le veía por allí; además, no se le observó en el interior de la casa ni un solo momento en el transcurso de todo el día.

Amplié con todos los detalles posibles, preguntando aún cómo eran los restos del frasco roto, y me los describieron como de vidrio grueso, pesado, de color crema, pero que ya los habían tirado con los desperdicios. Le pedí a Hoskins me llevara a hacer una inspección ocular por el cuarto de baño, y cuando nos marchamos hacia la escalera, la criada vino detrás murmurando no sé qué acerca de la bandeja del desayuno de *Miss* Nichols. La alcoba de *Miss* Huddleston se asemejaba más a un museo que a un dormitorio con las paredes cubiertas de autógrafos y cartas en marcos, y todo el espacio libre lleno con los más diversos objetos, desde un maniquí de señora vestida a la esquimal, hasta una hilera de faroles chinescos; pero lo que me interesaba más era el baño. Todo en colores, al estilo de la otra guerra, parecía un arco iris. Me mareaba como para realizar un trabajo decente de inspección, pero conseguí rehacerme y tomar nota de detalles, tales como la posición del estante donde estuvo el frasco de sales. Ahora se veía una botella nueva, casi llena, y ya extendía mi mano para bajarla y examinarla de cerca, cuando sobresaltado presté oído, acercándome a la puerta. Hoskins se había detenido en medio del cuarto, inmóvil, de espaldas hacia mí.

—¿Quién gritó? —pregunté.

—Al otro lado del vestíbulo —dijo sin volverse—. No hay nadie sino *Miss* Nichols…

No había nada de desgarrador en aquel grito; en realidad, apenas se dejó escuchar, y no se repitió. Pero un grito es un grito, y haciendo a un lado a Hoskins, franqueé la puerta, que continuaba abierta, en dirección al vestíbulo, sin detenerme.

—La última puerta de la derecha —advirtió Hoskins.

Yo ya lo sabía, por haber visitado el cuarto de Janet anteriormente. La puerta estaba cerrada; apreté la perilla y entré, sin encontrar a nadie, pero había otra puerta entreabierta, revelando un rincón del cuarto de baño. Me disponía a entrar, cuando me detuvo la voz de la criada:

—¿Quién es?

—Archie Goodwin. ¿Qué…?

La muchacha apareció en el umbral, azorada:

—¡No puede entrar! ¡*Miss* Nichols no está vestida!

—Bueno. —No insistí, por delicadeza—. Pero he oído un grito. ¿Necesita un salvador, Janet?

—¡Oh, no! —La vocecita de la invisible Janet era tan débil que apenas pude oírla—. No, estoy bien. —Pero la voz no sólo llegaba débil, sino temblorosa.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

—Nada serio —dijo la criada—. Una herida en el brazo; se cortó ahora mismo con un pedazo de vidrio.

—¿Qué... qué dice? —exclamé, alelado. Y sin esperar respuesta, crucé por delante de la criada y entré en el cuarto de baño. Janet, desnuda y toda mojada, permanecía sentada en un banquito. Sin hacer caso de las protestas y apartando a la criada, roja como una remolacha ante ese atentado contra el pudor, arranqué una toalla de la percha y se la tendí a Janet.

—Tome —dije—. Esto cuidará de las conveniencias. ¿Cómo diablos se hizo eso?

Levanté un brazo para verlo. El corte, de cerca de una pulgada de largo, en mitad del antebrazo entre la muñeca y el codo, parecía peor de lo que era probablemente a causa de la mezcla de sangre y yodo. Realmente, no era como para desmayarse, pero la cara de Janet amenazaba hallarse próxima a ello. Le quité el frasco de yodo de la mano y le puse el tapón.

—Nunca grito —dijo Janet, subiéndose la toalla hasta la barbilla—. De veras, nunca. Pero fue algo tan... eso de cortarme con vidrio..., tan pronto después de *Miss* Huddleston... —Tragó saliva—.No grité cuando me corté, no soy tan boba; de veras. Grité cuando vi el pedazo de vidrio en el cepillo... Parecía...

—Aquí está —dijo la doncella.

Lo observé. Era un pedazo de vidrio cortante, amarillo crema, no mucho mayor que la uña de mi pulgar.

—Parece como si fuera un trozo del frasco que se rompió en el cuarto de baño de *Miss* Huddleston, y sobre el cual nos estuvo interrogando —dijo la criada.

—Lo guardaré para recuerdo —anuncié, y lo sepulté en el bolsillo donde ya tenía guardado el frasco de yodo. Recogí el cepillo de baño del suelo, completamente mojado—. Es decir, que usted se metió en la bañera, se enjabonó, empezó a frotarse con el cepillo, recibió el corte, y al mirar el cepillo y ver el trozo de vidrio alojado entre las cerdas, gritó, ¿eh?

Janet asintió.

—Sé que fue estúpido gritar...

—Yo estaba en el dormitorio, y corrí, y...

—Muy bien —interrumpí—. Déme un poco de gasa y venda.

—Ahí en el botiquín —dijo Janet.

Me lucí con un perfecto vendaje, empleando abundante gasa, porque la herida seguía sangrando un poco. Donde le hacía falta sangre era en la cara, que seguía pálida y asustada, por más que trató de sonreír al darme las gracias.

La palmeé en su bien formado hombro.

—No hay de qué, pequeña. Aguardaré abajo hasta que se vista. Yo la prefiero con esa toalla, pero creo que será prudente ir por un médico y hacerle inyectar antitoxina. Yo la llevaré, cuando...

—¿Antitoxina? —murmuró sin aliento.

—Claro. —Volví a darle una palmadita—. Nada más que por precaución; no se aflija. Esperaré abajo.

Hoskins, que rondaba por el vestíbulo, se tranquilizó cuando le dije que no hacía falta nada, sino un pedazo de papel para envolver el cepillo de baño. Esperé a encontrarme solo, en la sala de abajo, saqué el frasquito de yodo de mi bolsillo, lo destapé y olí; cualquier cosa que fuese, no era yodo. Apreté, pues, fuertemente el tapón en su lugar, me lavé las manos en un lavabo próximo, y después busqué un teléfono para llamar a Wolfe.

Contestó personalmente, desde el invernáculo, ya que todavía no eran las once, y le pasé el parte detallado. En cuanto concluí me dijo en tono de urgencia:

—¡Sácala de allí inmediatamente! —Sí, señor; ésa es mi intención...

—¡Maldición, en seguida! ¿Por qué me telefoneas? Si Cramer llega...

—Un momento —dije firmemente—. Estaba desnuda, y para hacer de *lady* Godiva carecíamos de caballo blanco y por lo demás usa melena corta. En cuanto se vista saldremos. Iba a sugerirle que llamase al doctor Vollmer para pedirle que tenga lista una dosis de antitoxina. Llegaremos dentro de media hora aproximadamente. ¿O puedo telefonearle desde aquí...?

—No, lo haré yo. Marchaos tan pronto como sea posible.

—Muy bien.

Avisé a Janet, desde el otro lado de la puerta de su cuarto, que la esperaría delante de la puerta principal, y luego salí y puse el coche en el lugar indicado. Deliberaba acerca de qué partido tomar si se presentaba un camión de la policía, cuando apareció ella, un poco flojilla sobre sus piernas, pero ni un botón sin abrochar. La ayudé a subir y partimos a toda velocidad, haciendo volar la grava.

Al parecer, no estaba de humor para charlar. Le expliqué que el doctor Vollmer era un viejo amigo nuestro, instalado con su consultorio en la misma manzana que Nero Wolfe; de modo que allí la llevaba. Intenté preguntarle lo más esencial, por ejemplo, si tenía idea de cómo

el pedazo de vidrio se introdujo entre las cerdas de su cepillo de baño, pero se mostró completamente incapaz ni de suponerlo. Lo que le hacía falta era un hombre que le sostuviera la mano; pero ¡ay!, yo tenía que conducir. Era evidente que se había llevado una tremenda sacudida.

No hubo necesidad de explicar nada al doctor Wollmer, puesto que Wolfe había conversado con él telefónicamente; en total no permanecimos allí más de veinte minutos. Le limpió la herida cuidadosamente, aplicó un poco de su propio yodo, le inyectó la antitoxina en el brazo y luego me llamó a una habitación contigua para pedirme el frasco de yodo que yo tenía. Cuando se lo di lo destapó, olió con ceño fruncido, vertió parte del contenido en una redoma de vidrio y me lo devolvió, no sin asegurarle el tapón más fuerte aun de lo que yo lo hubiera hecho.

—Pronto estará bien —dijo—. ¡Qué treta diabólica! Dígale al señor Wolfe que le telefonearé tan pronto sea posible.

Escolté a Janet hasta el automóvil; no había sino unos cientos de pasos de allí hasta la puerta de Wolfe, y descubrí que los últimos treinta no podría cubrirlos porque dos coches estaban parados allí delante. Janet ni siquiera había preguntado por qué la llevaba a ver a Wolfe; por lo visto se confiaba en mí, y la premié con una sonrisa tranquilizadora, mientras abría la puerta con mi llave y le hacía ademán de que entrase.

Ignorando quiénes podían ser los visitantes, propietarios de los coches que había visto, en vez de conducirla directamente a la oficina la llevé a la sala del frente. Pero uno de ellos estaba allí, muy repantigado en un sillón, y Janet profirió una exclamación al verlo. Era Larry Huddleston. Le saludé, invitando a Janet a sentarse, y no queriendo utilizar la puerta de comunicación con el despacho, di la vuelta por el vestíbulo. No estaba Wolfe, pero sí dos visitantes más, que eran Brady y Daniel Huddleston, y evidentemente, a juzgar por sus actitudes, hacían pocas migas.

«¡Ajá! —pensé—. Fiesta tenemos», y me fui a la cocina, donde encontré a Wolfe.

Estaba contemplando de pie junto a la mesa larga cómo Fritz pintaba con una mixtura de especias unas tajadas de hígado de ternera, y presenciando lo mismo, muy cerca de él, mucho más cerca de lo que jamás he visto a mujer o niña alguna en edad tolerable, y con una mano muy pasada entre su brazo y su volumen, estaba Maryella.

Wolfe me concedió una mirada ligera.

—¿De vuelta, Archie? Estamos haciendo *rollitos* de carne; *Miss* Timms tuvo una idea. —Inclinóse a escudriñar el hígado, y se enderezó con un suspiro hasta lo más hondo de su ser. Luego se volvió hacia mí—: ¿Y *Miss* Nichols?

—En la salita. El doctor Vollmer sacó una muestra y telefoneará lo antes posible.

—Bien. Horno ligero, Fritz, porque no sé cuánto tardaremos. Deja

que Archie atienda la puerta. Archie, estamos ocupados y no visibles para nadie. Andando, todos. Vamos, *Miss* Timms.

Ella no pudo pasar la puerta pegada a él, porque no había espacio.

CAPÍTULO SIETE

El doctor Brady nos recibió de mal talante.

—Hace más de media hora que me tienen aquí esperando. ¿Cuánto durará esto? Debo estar de regreso en mi consultorio a la una.

Yo me había instalado ante mi escritorio, y él estaba cerca, en una silla de respaldo corto. Y vecina a él, Maryella, en la mecedora que me gusta para leer, y al otro lado de ella, Larry. Después Daniel Huddleston, y terminando el arco, Janet en la de cuero rojo, con los hombros caídos y aires de hallarse allí sólo a medias. A juzgar por las apariencias, ninguno se encontraba muy a gusto, ni siquiera Maryella: miraba ya a uno, ya a otro, después observaba a Wolfe, se mordía los labios y volvía a componerse la garganta.

Los ojos entornados de Wolfe enfocaron a Brady.

—Temo que quizá se retrase un poco, doctor. Lo siento...

—Pero ¿qué clase de comedia es ésta? Usted dijo por teléfono...

—Un momento... —Wolfe interrumpió secamente—. Lo que dije fue que vinieran. —Recorrió el círculo con la mirada—: La situación ha variado, desde que se la presenté a ustedes por teléfono, para todos. Dije que se sabía definitivamente que *Miss* Huddleston había sido asesinada. Ahora vamos un poco más allá: sé quién la asesinó.

Se quedaron atónitos. Maryella se mordió los labios con ganas, y Janet se aferró a los brazos del sillón y quedó sin aliento. En cuanto a Daniel, se inclinaba, con la barbilla saliente como un jugador de fútbol que espera el toque del silbato. Brady carraspeó. El único que expresó algo inteligible fue Larry, que dijo roncamente:

—¡Y un cuerno!

Wolfe hizo un gesto de confirmación.

—Pues sí. Ese es un cambio en la situación; el otro es que se ha hecho un intento para asesinar a *Miss* Nichols... ¡Un momento! No hay motivo para alarmarse; la tentativa ha sido frustrada.

—¿Cuándo? —preguntó Brady—. ¿Qué clase de tentativa?

—¡Asesinar a Janet! —exclamó Maryella, con voz incrédula.

Wolfe se enojó.

—Eso irá más rápido y fácilmente si no interrumpen. Lo expondré todo con tanta brevedad como sea posible; les aseguro que no tengo

ningún deseo de prolongar lo desagradable. Especialmente ya que no considero nada simpática la presencia en este recinto de una persona extremadamente odiosa, a la que llamaré persona X. Como saben ustedes, X empezó su campaña para perjudicar a *Miss* Huddleston, enviándole anónimos...

—¡Se equivoca! — barbotó Larry, indignado —. ¡Nosotros no sabemos que uno de los que están aquí haya enviado ninguna de esas cartas! ¡Ni usted tampoco!

—Tomemos una tregua, señor Huddleston. —Wolfe agitó un dedo en advertencia—. Yo establezco determinados hechos: usted suspenda su juicio. Al final habrá un veredicto, al que usted se adherirá o no. X envió esas cartas. Después, insatisfecho con los resultados (me veo obligado a excluir a las mujeres temporalmente a causa de la falta de elasticidad de la terminación genérica), o porque sucedió algo determinado, no importa qué, X se resolvió a algo más concreto y concluyente: al crimen. La técnica fue sugerida sin disputa por la reciente muerte de *Miss* Horrocks, por el tétanos. Una pequeña cantidad de materia procurada en el establo, formaría con agua la emulsión requerida. Filtrado y mezclado en argirol, el compuesto se colocó en un frasco con el rótulo de yodo, y sustituyó el que existía en el botiquín del cuarto de baño de *Miss* Huddleston.

—¿En su cuarto de baño? —Maryella seguía incrédula.

—Sí, *Miss* Timms. Pero X no tenía paciencia para esperar indefinidamente una solución de continuidad accidental en la epidermis de *Miss* Huddleston. Coronó sus preparativos estrellando un frasco de sales e insertando una astilla de vidrio entre las cerdas del cepillo de baño. Magníficamente simple. Se supondría que la astilla se alojó allí al romperse el frasco. Si ella la veía y la retiraba, paciencia; otra vez triunfaría. En caso contrario, tenía que cortarse, y allí estaba el frasco de yodo...

—¡Absurdo! —estalló Larry — . Es imposible que usted... —No, ¿eh? —replicó Wolfe—. ¡A ver, Archie!

Lo saqué de mi bolsillo y se lo entregué; él lo sujetó entre el pulgar y el índice.

—Aquí está. Es el mismo fragmento de vidrio.

Todos alargaron el cuello. Brady por poco se sale de la silla, al par que preguntaba:

—¿Cómo, cielos...?

—Siéntese, doctor Brady. ¿Que cómo lo conseguí? Ya llegaremos a eso. Hemos hablado de los preparativos. Pero la casualidad intervino para provocar mejores circunstancias. Aquella misma tarde, en la galería, una bandeja de vasos se cayó y las piezas saltaron por todas partes. X concibió una brillante improvisación sobre el terreno. Ayudando a recoger los pedazos, depositó uno en la sandalia de *Miss* Huddleston, y al entrar en la casa con algún pretexto, como todos

ustedes lo hicieron a raíz de aquella pequeña catástrofe, corrió a sacar el pedazo de vidrio del cepillo, se apoderó del frasco de yodo falsificado, lo llevó abajo y lo colocó en la alacena de la sala, en sustitución del genuino que allí había. Para una persona activa, medio minuto, a lo más un minuto entero, fue suficiente.

Wolfe suspiró.

—Saben ustedes perfectamente que tuvo suerte. Al introducir *Miss* Huddleston su pie en la sandalia, se cortó el dedo, el hermano le llevó el yodo, el doctor Brady se lo aplicó, y ella contrajo el tétanos y murió.

Sus ojos se clavaron veloces en el rostro del doctor Brady.

—De paso, doctor, eso me sugiere una pregunta. ¿Vale la pena mencionar que usted no notó la ausencia del olor característico del yodo? Es una simple pregunta.

Brady puso mala cara.

—Por lo que a mí me toca —dijo con aspereza—, primero tienen que probarme que el frasco no contenía yodo; por lo tanto...

—Tonterías... Ya se lo dije por teléfono. El espacio de tierra donde el chimpancé vertió algo de su contenido ha sido analizado. Argirol, nada de yodo, y una superproducción de gérmenes tetánicos. Está en poder de la policía. Le digo a usted, y lo mismo a todos los presentes, que por desagradable que resulte este interrogatorio en la forma que yo lo llevo, sería infinitamente más desagradable si se encargase la policía. La alternativa de ustedes...

La campanilla de la puerta me reclamó, ya que Fritz había recibido orden de no ocuparse de eso. Salí precipitadamente, deseoso de no perderme nada espectacular, y naturalmente tuve la precaución, dadas las circunstancias, de apartar la cortina para espiar por el vidrio. Acertado estuve en hacerlo. Jamás vi el rellano ocupado con tantos funcionarios a la vez. ¡El inspector Cramer, el teniente Rowcliff y el sargento Stebbins! Corrí la cadena del cerrojo para que la puerta no se abriera más de cinco pulgadas, giré la llave y tiré de la perilla, hablando a través de la rendija:

—Se mudaron.

—¡Escuche, maldito fantoche! —dijo Cramer descortésmente —. Abra la puerta.

—No puedo. Se rompieron las bisagras.

—¡Le digo que abra! ¡Sabemos que están aquí!

—¿De veras...? En cambio, ¡las cosas que usted *no sabe*! A ver,

¡muéstreme si tiene orden de allanamiento! ¿No? Y todos los jueces se han ido a almorzar a...

—Por Dios, si piensa...

—Yo no; el que piensa es el señor Wolfe. Lo único que yo tengo es

fuerza bruta. Como esto...

Y cerré de un portazo; me aseguré de que el pestillo estaba bien corrido; en la cocina, me subí a una silla para desconectar la campanilla; cerré la puerta trasera con doble cerrojo, advirtiéndole a Fritz que la dejara de esa forma, y regresé al despacho. Wolfe cesó de hablar para mirarme; le hice una señal afirmativa, y dirigiéndome a mi sitio le anuncié:

—Tres hombres coléricos. Probablemente volverán con papel de oficio.

—¿Quiénes son?

—Cramer, Rowcliff y Stebbins.

—¡Ajá! —Wolfe se mostró satisfecho—. Desconecta la campanilla. —Ya está.

—Pon el cerrojo a la puerta de servicio. —Ya está.

—Bueno. —Continuó entonces dirigiéndose al auditorio—: Un inspector, un teniente y un sargento de policía han bloqueado este edificio. Puesto que están investigando el crimen, y todas las personas relacionadas con él han sido congregadas aquí por mí y ellos lo saben, mis puertas infranqueables los irritarán lo indecible. Pero los dejaré entrar sólo cuando sea el momento oportuno; no antes. Si alguno de ustedes desea salir ahora, Goodwin le acompañará hasta la calle. ¿Alguien lo quiere?

Nadie se movió, ni habló, ni respiró siquiera.

Wolfe estuvo conforme.

—Durante tu ausencia, Archie, el doctor Brady determinó que al aire libre en aquella galería y con la brisa que reinaba, no era probable que la ausencia del olor de yodo hubiera sido advertida por él o por cualquier otro. ¿Es exacto, doctor?

—Sí —dijo Brady secamente.

—Muy bien; yo estoy de acuerdo. —Wolfe examinó el grupo—. De modo que la improvisación de X fue un éxito. Más tarde, por supuesto, restituyó el yodo genuino en la alacena y retiró el falso. Desde su punto de vista, tocaba la perfección. Habría sido invulnerable a cualquier prueba, en efecto, a no haber derramado el chimpancé parte de la mezcla sobre el césped. No sé por qué X no subsanó eso; tiempo tuvo de sobras, días y noches enteros. Posiblemente no vio al chimpancé hacerlo, o quizá recapacitó en las consecuencias. Que era temerario, no nos cabe duda. Ciertamente, debió haberse desprendido del yodo supuesto y del pedazo de vidrio que había sacado del cepillo de baño, cuando ya no le hizo ninguna falta, pero se abstuvo...

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Larry.

—Porque los conservó. Tiene forzosamente que haberlo hecho, puesto que los utilizó. Ayer puso el frasco de yodo falso en el botiquín

del cuarto de baño de *Miss* Nichols, y el pedazo de vidrio en su cepillo de baño.

Yo los observaba minuciosamente, trataba de sorprenderlos, pero él o ella era demasiado buen actor. Aquel que no se sorprendía, realizaba una imitación tan buena que yo no pude adelantar más de lo que estaba al principio. Wolfe también los examinaba uno por uno, con sus ojillos, única parte móvil en él; los brazos cruzados y la barba descansando en la corbata.

—La trampa obró. Esta mañana *Miss* Nichols se metió en el baño, se cortó el brazo, sacó el frasco del botiquín y aplicó...

—¡Santo Dios! —Brady saltó del asiento—. Entonces debe...

Wolfe extendió una mano, serenándolo.

—Cálmese, doctor. Se le ha administrado antitoxina.

—¿Por quién?

—Por una persona de confianza. Haga el favor de sentarse; gracias. *Miss* Nichols no necesita sus servicios profesionales, pero me agradaría emplear su conocimiento técnico. Primero... Archie, ¿tienes ese cepillo?

Estaba sobre mi escritorio, todavía envuelto en el papel que Hoskins me facilitó. Le quité el papel *y* ofrecí el cepillo a Wolfe, pero en vez de recibirlo me preguntó:

—Tú usas cepillo para bañarte, ¿verdad? Muéstrame cómo se manipula. En tu brazo.

Acostumbrado a órdenes extravagantes, obedecí sin chistar. Empecé por la muñeca e hice vigorosas frotaciones sobre el hombro y la espalda.

—Eso bastará, gracias. Sin duda todos ustedes, si utilizan cepillo de baño, lo manejan en forma similar. Es decir, no en movimiento circular, o alrededor del brazo, sino a lo largo, hacia arriba y abajo. De modo que la herida que *Miss* Nichols tiene en el brazo, tal como Goodwin me la ha descrito, corre en sentido longitudinal, y se halla a mitad de camino entre la muñeca y el codo. ¿Es exacto, *Miss* Nichols?

Janet asintió con la cabeza, se aclaró la garganta, y dijo: «sí», con voz casi inaudible.

—¿Y tiene casi una pulgada de largo? ¿Un poco menos?

—Sí.

Wolfe se encaró con Brady.

—Veamos ahora, caballero, sus conocimientos técnicos. Para establecer una premisa incontrovertible. ¿Por qué *Miss* Nichols se abrió una herida de casi una pulgada de largo en el brazo? ¿Por qué no arrojó el cepillo en el momento en que sintió que le rasgaba la piel?

—¿Por qué? —hizo Brady desdeñoso — . Por la obvia razón de que no lo sintió.

—¿No?

—Es claro. No sé qué premisa trata usted de establecer, pero con la dureza de las cerdas raspándole la piel, es imposible que advirtiera el corte agudo de vidrio. Absolutamente. No debió saber que se había cortado hasta que vio la sangre.

—Bien. —Wolfe parecía decepcionado —. ¿Está seguro de eso? ¿Daría usted su declaración respecto a ello? —Desde luego.

—Entonces quedamos en eso. Concluye de esta manera mi exposición de los hechos. Ahora, corresponde a ustedes el turno de hablar. A todos ustedes. Claro que esto es altamente irregular, que los interrogue a todos juntos, pero llevaría demasiado tiempo hacerlo con propiedad, por separado.

Se recostó juntando las yemas de los dedos en la cima de su magnificencia central.

—*Miss* Timms, comenzaremos por usted. Hable, por favor.

Maryella no dijo nada. Me pareció que se entendían con los ojos, pero no habló.

—Bien, *Miss* Timms…

—No sé… —trató ella de suavizar el enronquecimiento de su voz—. No sé de verdad lo que usted quiere que diga…

—¡Pamplinas! —exclamó Wolfe—. Lo sabe de sobra. Usted es una mujer inteligente. Ha vivido dos años en esa casa. ¿Es verosímil que un sentimiento torcido o malvado, una emoción cualquiera, naciese en alguna de esas personas, y se distendiera hasta la enormidad del homicidio, y que usted lo ignorase totalmente? No lo creo. Quiero que me diga las cosas que le arrancaría si la tuviese aquí sola toda la tarde acosándola a preguntas.

—No podría arrancarme lo que no tengo dentro.

—¿No quiere hablar, entonces?

—No puedo. —Maryella parecía contrita—. Si no tengo nada que decir…

Wolfe apartó de ella la vista.

—¿*Miss* Nichols?

Janet sacudió la cabeza.

—No voy a repetirlo; insisto con usted en lo que le dije a *Miss* Timms.

—Ya sé. —Janet tragó saliva y continuó con un hilo de voz—: No puedo decirle nada; honradamente, no puedo.

—¿Ni aun decir quién trató de matarla? ¿No tiene idea de quién amenazó su vida esta mañana?

—No, no… Eso es lo que me atemorizó tanto. No sé quién sería.

Wolfe masculló algo y se volvió a Larry.

—¿Señor Huddleston?

—Maldito si sé nada —exclamó Larry, con semblante ceñudo. —¿Usted tampoco, doctor Brady?

—Me parece —dijo Brady fríamente— que se ha detenido antes de terminar. Usted dijo que sabía quién asesinó a *Miss* Huddleston. Si... —Prefiero este sistema, doctor. ¿Tiene algo que decirme? —No.

—¿Nada que trasluzca o se relacione con este asunto tan serio? —No.

Los ojos de Wolfe se clavaron en Daniel.

—Señor Huddleston, usted ya ha hablado, a mí y a la policía. ¿Tiene algo nuevo que añadir?

—No lo creo —contestó Daniel, más abatido que ninguno —.Convengo enteramente con el doctor Brady que si usted...

—Bien, me lo esperaba de ustedes —bramó Wolfe, recorriendo con sus ojillos todo el auditorio—: Les advierto a todos, con sólo, por supuesto, una excepción, que la policía los interrogará, y será una experiencia bien enojosa. No harán distingos entre lo procedente y lo improcedente; imputarán significación, por ejemplo, al hecho de que *Miss* Timms ha estado tratando de conquistar a Larry Huddleston con sus evidentes encantos...

—¡No es verdad! —gritó Maryella indignada—. Cualquier...

—Pues lo ha hecho. Al menos, hay la prueba del martes, diecinueve de agosto. Goodwin es un buen observador. Usted se sentó en el brazo del sillón de Larry, le lanzó caídas de ojos...

—¡No es cierto! ¡No estaba tratando de conquistarlo!

—¿Le ama? ¿Lo desea? ¿Es un pasatiempo?

—¡Cierto que no!

—Entonces la policía sospechará doblemente. Pensarán que andaba detrás de él por el dinero de su tía. Y hablando de dinero, algunos de ustedes han de estar enterados de que el hermano de *Miss* Huddleston la apremiaba sacándole dinero, muy descontento con lo que obtenía. No obstante rehúsan decirme...

—Yo no estaba descontento —interrumpió Daniel, con la cara encendida y levantando la voz—: Usted no tiene derecho a hacer insinuaciones...

—No hago insinuaciones — Wolfe era contundente—. Estoy demostrando en qué clase de datos la policía haría hincapié. Son capaces de suponer que usted sonsacaba a su hermana...

—¡Sonsacarle dinero! —chilló Daniel escandalizado—. Me lo daba para investigar...

—¡Esas investigaciones! —estalló el sobrino mofándose—.

¡Investigaciones, por cierto! ¡El Elixir de la Vida! Os presento, señores...

Daniel se puso en pie de un bote, y por un instante pensé que su intención era cometer un desaguisado con Larry, pero al parecer simplemente se erguía para espetarnos un discurso:

—¡Eso —farfulló, con la mandíbula temblorosa de rabia— es una mentira garrafal! Mis motivos y mis métodos son estrictamente científicos. Lo del Elixir de la Vida es una concepción romántica e inadmisible; el término científico propio es «panacea». Mi hermana estaba de acuerdo conmigo, y como mujer de imaginación y luces, en el transcurso de bastantes años ha costeado generosamente...

—¡Panacea! —Wolfe lo contemplaba incrédulo—. ¡Y dije que era capaz de hacer buen uso de su cerebro!

—Le aseguro, caballero...

—No pierda el tiempo. Siéntese. —Wolfe estaba disgustado—. No me importa si despilfarraba el dinero de su hermana, pero hay cosas que ustedes saben que me interesan, y son muy tontos al no decírmelas. Doctor, doctor —el dedo amenazó a Brady—, debería usted avergonzarse de sí mismo. Está por debajo de su capacidad. Es una estupidez disimular hechos que forzosamente serán descubiertos a la larga. Dijo que nada podía decirme en relación con este aspecto del caso. ¿Qué hay de la caja de residuos del establo que se procuró con el propósito manifiesto de extraer de ellos gérmenes tetánicos?

Daniel resopló, volviendo la cabeza para envolver a Brady en una mirada estupefacta. Brady quedó apabullado, aunque no tanto como era de esperar. Contempló a Wolfe un momento, y luego dijo tranquilamente:

—Admito que debería habérselo dicho.

—¿Eso es todo? ¿Por qué no se lo comunicó a la policía, cuando ellos abrieron la investigación?

—Porque pensé que carecía de fundamento, y así continué creyéndolo hasta esta mañana, cuando usted me telefoneó. No habría servido de ninguna utilidad...

—¿Qué hizo con el material?

—Lo llevé al consultorio, e hice algunos experimentos con dos de mis colegas. Era para resolver una controversia; luego lo destruimos. Todo.

—¿Sabía algo respecto a eso alguna de las personas presentes? —No sé... —Brady quedó caviloso—. Sí, recuerdo haberlo discutido.

Advirtiéndoles cuán peligrosa podía resultar la menor herida...

—No a mí —dijo Daniel encolerizado—. Si hubiese sabido que usted...

Se miraron furibundos, y Daniel murmuró algo entre dientes y se sentó.

Tintineó el teléfono, y giré en mi sillón para contestar. Era el doctor Wollmer, por lo que hice una señal a Wolfe, que atendió. Cuando colgó el auricular, les dijo:

—El frasco con el cual *Miss* Nichols trató su herida esta mañana, contenía gérmenes tetánicos como para destruir la población de toda una ciudad, convenientemente distribuidos. —Se encaró con Brady—: Supongo que se imaginará cómo la policía considerará el episodio, especialmente visto que lo ocultaba. Le causaría a usted infinidad de molestias. En un asunto de este carácter, cualquier evasión u oculta— miento jamás debe ser intentado sin la guía de un experto. De paso, ¿cuánto hace que conocía a *Miss* Huddleston?

—La conocí casualmente hace algún tiempo; varios años.

—¿íntimamente mucho tiempo?

—No podría decir que era amistad íntima; únicamente que desde hace un par de meses caí en la costumbre de visitar la casa a menudo.

—¿Qué le hizo adoptar esa costumbre? ¿Se enamoró de ella?

—¿De quién?

—De *Miss* Huddleston.

—¡Qué ocurrencia! —Brady se mostró no sólo atónito, sino ofendido—. Era bastante vieja, como para ser mi madre.

—Entonces, ¿por qué ese súbito interés en visitarla?

—Pues..., ¿no puede uno ir de visita...?

Wolfe expresó su disconformidad.

—Sí; pero en ese caso... ¿Fue por codicia o por avaricia? ¿Por pasear gratuitamente a caballo? Lo dudo; sus ingresos son probablemente suficientes. ¿Por mera conveniencia? No; le quedaba fuera del camino, tenía que molestarse. Mi suposición, para emplear el eufemismo corriente, es el amor. ¿Se había enamorado de *Miss* Nichols?

—No.

—¿Entonces qué? Le aseguro, doctor, que la policía no le trataría a usted con tanta prudencia. ¿Qué era?

Una expresión rara se reflejó en la cara de Brady; o mejor, una serie de expresiones: primero fue denegación, vacilación, azoramiento, y, por fin, una resolución heroica; todo el tiempo con los ojos clavados en Wolfe. Rompió repentinamente el silencio, con una voz anormal, forzando su tono:

—Me había enamorado de *Miss* Timms. Violentamente.

—¡Oh! —Maryella exclamó asombrada—. Ciertamente que nunca...

—No interrumpa, por favor —dijo Wolfe impertérrito — . ¿Había notificado a *Miss* Timms su pretensión?

—No. —Brady se jugaba el todo por el todo—. Tuve miedo. Ella era

tan... sin ánimo de ofender; tan terriblemente coqueta...

—¡Eso no es cierto! Sabe usted perfectamente bien...

—¡Basta! —Wolfe fue perentorio, y barrió con su mirada todo el círculo —. Así que todos ustedes, menos uno, sabían que el doctor Brady se había procurado la caja de residuos del establo, y me ocultaron la información. Son ustedes un caso perdido. Probemos otra cosa, más concreta. El día que *Miss* Huddleston vino aquí, me dijo que *Miss* Nichols tenía un agravio contra ella, y sospechó que era quien le enviaba los anónimos. Yo pregunto a todos, incluso a usted, *Miss* Nichols, ¿cuál era el agravio?

Nadie pronunció palabra.

—Los interrogaré individualmente. *¿Miss* Nichols?

Janet sacudió la cabeza, y contestó con voz apenas audible:

—Nada. No era nada.

—¿Señor Huddleston?

Daniel manifestó a su vez que no tenía idea.

—*¿Miss* Timms?

—No sé —dijo Maryella, y por la forma como los ojos de Wolfe se detuvieron en ella un instante, comprendí que él sabía que estaba mintiendo.

—¿Doctor Brady?

—Si supiera algo, se lo diría; pero nada sé —manifestó el médico.

—¿Joven Huddleston?

Larry lo esperaba para hacerle frente con una sonrisa torcida en la boca.

—Le repito —dijo con acritud— que maldito si sé nada. Eso es cosa suya.

—¡Ajá! ¿Puede permitirme su reloj un momento, por favor?

Larry lo miró extrañado.

—Ese juguetito hexagonal que tiene en la muñeca —dijo Wolfe — . ¿Puedo verlo un momento?

El semblante de Larry expresó varios cambios, como poco antes el de Brady. Primero intrigado, luego desafiador, por fin satisfecho de algo. Dijo con cierta sorna:

—¿Qué quiere hacer con mi reloj?

—Quiero examinarlo; le ruego que tenga la bondad... Hasta ahora no ha colaborado mucho.

Larry, con los labios contraídos nuevamente con expresión aviesa, desabrochó la correílla de la pulsera y se levantó para acercar el reloj, por encima del escritorio, a Wolfe, cuyos dedos lo sujetaron al tiempo

que me indicaba:

—La carpeta Huddleston, Archie.

Fui a abrir el armario y saqué la carpeta, que le alcancé. Wolfe la tomó y se puso a hojearla.

—Quédate ahí, Archie; como defensa y como testigo. Dos testigos serían lo ideal; doctor Brady, ¿me hace el favor de ponerse al lado del señor Goodwin y fijarse en lo que hago? Gracias.

Wolfe clavó la vista, por la abertura entre Brady y yo, sobre Larry.

—Es usted un joven muy tonto, señor Huddleston. Increíblemente falto de seso. Se regocijaba neciamente porque pensó que yo esperaba hallar una fotografía de *Miss* Nichols en la tapa de su reloj, y quedaría contrariado al no verla. Se ha equivocado. Ahora, doctor, y Archie, tengan a bien observar. Aquí está la tapa del revés del reloj. Aquí hay un retrato de *Miss* Nichols, recortado con seis lados, para encajar en él. La seguridad se obtendría definitivamente abriendo el reloj, pero no he de hacerlo, porque la policía se ocupará más adelante de verificarlo, y comparar microscópicamente ambas piezas para demostrar que el retrato estuvo contenido en el reloj. ¡Archie!

Me interpuse. De todos modos, le debía a Larry una paliza, por malos modales, aunque más no fuera, pero no hubo necesidad de recurrir a ello, puesto que se limitó a intentar una zambullida entre Brady y yo para apoderarse del reloj. Así que simplemente le aferré los brazos y lo empujé de vuelta a su silla, quedándome en actitud expectante.

—Así —Wolfe continuó imperturbable— que coloco reloj y retrato en sobres separados que quedarán a buen recaudo. Eso es. Señor Huddleston, ¿se preguntará usted cómo está en mi poder esa fotografía? La dejó aquí su tía. Le sugiero que ya es hora de que colabore un poco, de modo que comenzaré con una pregunta que me servirá para hacer una prueba. ¿Cuándo le quitó su tía ese retrato?

Larry trataba de parecer desdeñoso, pero sin gran éxito. El rostro no le respondía, porque algunos de sus músculos se contraían por su cuenta.

—Probablemente —dijo Wolfe— es hora de dejar entrar a la policía. Supongo que ellos adelantarán más aprisa con usted.

—¡Gordo sinvergüenza! — Pero el desdén, en la voz de Larry, se había convertido en un gemido.

Wolfe hizo una mueca.

—Probaré una vez más, joven. Estas preguntas las tendrá que contestar, si no a mí, a alguno menos gordo, pero más importuno. ¿Preferiría que lo sonsacase a los criados y amigos o conocidos? Ya es bastante penoso de por sí; ello sólo empeoraría el caso. ¿Cuándo le sacó su tía la fotografía?

Larry movía las quijadas, pero no la lengua. Wolfe aguardó diez

segundos, y luego ordenó secamente. —Hazlos entrar, Archie.

Avancé un paso, pero antes de que siguiera adelante, Larry barbotó:

—¡Maldito sea! Demasiado sabe cuándo la sacó. La tomó el día que vino aquí.

Wolfe asintió.

—Más vale así. Pero ésa no era la primera vez que se oponía a sus relaciones con *Miss* Nichols, ¿verdad?

—No.

—En qué se basaba, ¿en consideraciones morales?

—Diablo, no. Se oponía a que nos casáramos. Me ordenó romper el compromiso. Era secreto, pero sospechó e interrogó a Janet, y cuando ella se lo dijo, me mandó romper.

—Y, naturalmente, usted se puso furioso —la voz de Wolfe era suave como una seda—. ¡Ardía en deseos de venganza!

—No. —Larry se inclinó hacia delante, conteniendo con dificultad su excitación nerviosa—. ¡No puede salirme con eso, ahora! No va a endosarme el muerto a mí. Yo en realidad nunca quise casarme con ella, y lo que es más, nunca tuve la intención de hacerlo. ¡Puedo probarlo con el testimonio de un amigo!

—Verdaderamente. —Wolfe casi había cerrado los ojos — . ¿Acaso un hombre como usted tiene amigos? En fin... Pero después que su tía hizo romper el compromiso, ¿seguía conservando el retrato en su reloj?

—¿Qué remedio tenía? Quiero decir, debía aguantar a Janet, y eso no era fácil, viviendo en la misma casa. La temía. Usted no la conoce. Yo abrí a propósito la tapa del reloj delante de mi tía para que me quitara esa maldita foto. Janet atribuía gran importancia a ese retrato, y pensé que cuando supiera que no lo tenía...

—¿Usted sabía que *Miss* Nichols mandó los anónimos?

—No. Quizá lo sospechaba, pero no estaba seguro.

—¿Sospechó luego, cuando su tía...?

—¡Basta! ¡Basta! Era Janet.

No levantó la voz; no hacía falta. Sólo el tono era suficiente para hacer cesar a todo y a todos. Era como lo que uno esperaría oír brotar de una vieja tumba abandonada, si es que uno espera semejante cosa. Excepto la boca, nada se movía en ella. Tenía los ojos clavados en la cara de Wolfe, con una expresión tal que me fue forzoso mirar hacia otra parte. Al parecer, produjo el mismo efecto en los demás, porque hicieron otro tanto. Todos miramos a Wolfe.

—¡Ah! —dijo él lentamente — . Un poco excesivo para aguantarlo, ¿eh, *Miss* Nichols?

Ella seguía devorándolo con la vista.

—Tal como yo esperaba —dijo Wolfe—, usted ha perdido todas sus defensas; nada le queda en que contenerse. Lo más sencillo ahora sería dictar una confesión y que usted la firmara. Entonces le enviaría una copia a cierto amigo mío, editor de la *Gaceta,* y saldría en primera página esta noche. Le agradaría también un retrato exclusivo de usted, que Goodwin podría hacerle con mucho gusto. Sé que a usted le complacería.

«¡Ajá! —pensé—. No sólo va a poner en ridículo a Cramer, sino que le causará un disgusto mayúsculo.» Daniel murmuró algo por lo bajo, y lo mismo Brady, pero Wolfe los obligó a guardar silencio con un gesto.

—Para satisfacción suya —prosiguió —, debo reconocer, *Miss* Nichols, que su crimen no fue evidente ni con mucho. Sólo me percaté cuando Goodwin me telefoneó de Riverdale, esta mañana, aunque por supuesto había reparado en el reloj hexagonal del joven Huddleston cuando vino hace nueve días, presumiendo que había contenido su retrato. Pero su actuación de hoy ha sido tan torpe, calculo que perturbada por la impresión de ayer, cuando vio sacar el pedazo de tierra, previendo las consecuencias, y así es como intentó desviar las sospechas, simulando un ataque contra usted. ¿Sabe dónde quería ir yo a parar hace un momento, cuando pregunté al doctor Brady por qué no arrojó usted el cepillo en el instante en que sintió el pinchazo del vidrio sobre su piel? ¿Y cuando él contestó, como era de esperar, que usted no sintió que se cortaba?

Miss Nichols callaba.

—Esa —dijo Wolfe— era precisamente la conclusión; que usted tiró *el cepillo* cuando lo había frotado contra su brazo por espacio menor de una pulgada, ya que sabía que el vidrio estaba allí para herirla, por haberlo puesto usted misma. De otro modo el corte hubiera sido mucho más largo, probablemente la mitad de la longitud del brazo. Ha presenciado la demostración de Goodwin en el cepillo, frotándose desde la muñeca hasta el hombro. Todo el mundo lo hace así. Al menos, nadie mueve el cepillo un centímetro y se detiene. Pero, aun aparte de eso, su estratagema de hoy era descabellada, si es que se proponía, como en efecto fue, hacerla aparecer como una tentativa de otra persona para darle muerte. Esa persona tenía que saber que después de lo acontecido, y aunque emplease yodo falso, ciertamente le sería administrada la antitoxina, por lo que el plan sería un fiasco. En cambio, usted, al imaginar la escena, sabía que una dosis de antitoxina la salvaría de todo riesgo. En realidad...

—¡Basta! —dijo Janet, en el mismo tono tormentoso de antes. No pude mirarla.

Ese fue mi error; no mirarla. Porque en forma completamente imprevista se transformó en un rayo. Fue tan veloz e inesperado, que yo seguía en mi silla cuando ella arrebató el fragmento de vidrio del escritorio de Wolfe, y cuando entré en acción, ya había girado como un torbellino en dirección a Larry Huddleston, apuntando el arma a su cara. Todos los demás entraron en actividad, pero ninguno lo bastante

pronto, ni siquiera Larry. Daniel la sujetó entre sus brazos, inmovilizándole contra su cuerpo el izquierdo, y yo le retuve el otro, incluso la muñeca, pero ya la mejilla de Larry, desde el ojo hasta casi la barbilla, estaba surcada por una línea roja.

Todos hacían ruido y hablaban, menos ella.

—¡Silencio! —ordenó Wolfe, iracundo — . Archie, si te has despertado al fin...

—¡Al diablo! —dije — . No soy un genio como usted. —Oprimí con fuerza la muñeca de Janet—. Suelte eso, joven.

Janet dejó caer el pedazo de vidrio al suelo y se quedó rígida, viendo a Brady examinar la mejilla de Larry.

—Sólo ha interesado la epidermis —dijo Brady, desplegando un pañuelo—. Tome: sosténgase esto.

—¡Dios santo! —gimió Larry—. Si deja cicatriz...

—¡Era mentira! —gritó Janet—. ¡Mentiste!

—¿Qué? —replicó Larry, mirándola rabioso.

—Quiere decir —interrumpió Wolfe— que usted mintió cuando dijo que ni deseaba ni tenía intención de casarse con ella. En eso lo justifico; ya la cosa olía bastante mal aquí. Dios sabe por qué ella lo querría. Cuando su tía intervino, ella se vengó. Quizá para decirle a su tía, como alternativa: «O me lo deja, o la arruino». Probablemente. O decididamente, arruinarla y recogerlo a usted entre los despojos. ¿O las tres cosas, *Miss* Nichols?

Janet, de espaldas a Wolfe, seguía enfrentada a Larry, siempre sin hablar. Yo no me separaba de ella.

—Pero —dijo Wolfe— su tía vino a verme, y eso la atemorizó. Además, cuando vino por la tarde y halló aquí aquel retrato, el que usted tuvo en su reloj, el temor se convirtió en rabia. Como muchacha sentimental...

—¡Cielos! —murmuró Brady involuntariamente—. ¡Sentimental! Un escalofrío recorrió a Janet de pies a cabeza. De un brazo, la

conduje hasta la silla de cuero rojo, donde se dejó caer. Wolfe dijo con brusquedad:

—Archie, tu libreta de apuntes. No, primero la cámara fotográfica.

—¡No puedo soportar eso! —exclamó Maryella, irguiéndose. Buscó algo en qué apoyarse, y la suerte, como es natural, quiso que fuera el brazo de Brady—. ¡No puedo!

Wolfe la miró ceñudo.

—Llévele arriba a mostrarle las orquídeas, doctor. Son tres pisos. Y también al herido, y póngale un parche. Fritz le dará lo que necesite. Le aconsejo que huela el yodo.

Por la tarde, a las seis, yo estaba sentado ante mi escritorio, y reinaba la paz y la quietud en torno mío. Wolfe había logrado salirse con la suya. Cramer llegó como una fiera, con una patrulla y una orden de allanamiento, y había partido con el rabo entre piernas, con un volumen de declaraciones, una confesión, una homicida y un ataque de apoplejía.

Pero a pesar de la escasa adoración que siento por Cramer, cuando oí e1 ascensor en que venía Wolfe del invernadero, me enfrasqué en mis papeles para no volverme y simular aún no reparar en su presencia. La excusa que había dado para retener a Maryella, era que vistas las circunstancias no podía regresar a Riverdale, y que carecía de otro lugar adonde recurrir. ¡Infundios!

Pero no tuve oportunidad para helarlo con mi desdén, porque pasaron de largo por el despacho, en dirección a la cocina. No quise despegarme de mi escritorio, pero así que pasaba el tiempo, la irritación me impidió trabajar. Hacia las siete, sonó la campanilla, y al abrir la puerta de la calle me encontré con el doctor Brady. Dijo que había sido invitado; así que lo conduje a la cocina.

Todo era allí cálida luz y fragancias apetitosas. Fritz cortaba rebanadas de un ananás maduro; Wolfe, sentado en un sillón junto a la ventana, probaba de una salsera humeante, y Maryella, sentada en un extremo de la mesa larga, con las piernas cruzadas, sorbía refresco de menta. Agitó la mano libre a Brady, por vía de saludo; él se detuvo atónito, parpadeando, y no sabía a quién mirar, si a Wolfe, a Fritz o a ella.

—Bien —dijo—. Realmente... me alegro que estén tan alegres. Las circunstancias...

—¡Tonterías! —protestó Wolfe—. No hay nada especialmente alegre, sino que estamos preparando un plato. Así, *Miss* Timms se entretiene. ¿O usted prefiere los histéricos? Tuvimos una discusión sobre el bizcochuelo. Hay dos fuentes en el horno, con dos huevos y con tres. La leche, hervida a ciento cincuenta grados. Tome ese combinado que Maryella le ofrece. Archie, ¿quieres una menta?

Brady aceptó de ella el combinado; lo puso encima de la mesa sin probarlo, y la envolvió en sus brazos. Ella no manifestó inclinación a desasirse o a arañarlo. Wolfe, plácidamente, probó otra cucharada de la salsera, pretendiendo que no veía. Fritz empezó a aderezar las tajadas de ananás.

Maryella susurró sin aliento:

—De *Miss* Huddleston.

—¡Ay, creo que no puedo respirar!

Wolfe repitió amigablemente:

—¿Una menta, Archie?

Volví la espalda sin contestar. Me fui al vestíbulo en busca de mi

sombrero y salí dando un portazo. En la esquina, en el bar de Sam, me subí a un taburete ante el mostrador. No sé si estuve mascullando algo para mí, pero indudablemente fue así, porque Sam, desde el otro lado, me preguntó extrañado:

—¿Bizcochuelo? ¿Qué diablos es bizcochuelo?

—No hable hasta que le dirijan la palabra —repliqué—, y déme un emparedado de jamón y un vaso de toxinas, que sea leche. Leche de orangután, fresca y saludable. He estado jugando al marro con una asesina desnuda. ¿Sabe usted reconocer a una asesina cuando se la muestran? Remedio seguro: déjela en remojo de yodo una noche, la seca con queso, agrega una libra de menudo de cerdo... ¿Qué? ¡Ah, *whisky*!. Sin acompañamiento. ¡Ay! Creo que no puedo respirar...

Nunca se lo he mencionado a él, ni pienso hacerlo. Pero poseo una docena de teorías. He aquí unas pocas para muestra:

1. El sabía que yo iría al funeral y envió el ramo de orquídeas pura y simplemente para fastidiarme.
2. Algo de su pasado. Cuando era joven y apuesto y Bess Huddleston lo mismo, puede ser que se hayan... ¡ejem...! tratado. Que ella no lo reconociera, no es extraño, porque difícilmente podría su propia madre, tal como está ahora. Y no hay duda que un pasado bien nutrido debe ser el suyo; eso me consta.
3. Pagaba una deuda. Sabía, o se imaginaba, que la iban a asesinar, por algo que dijo alguno aquel primer día y estuvo demasiado perezoso, o excesivamente absorto en su picadillo con menudos para molestarse. Entonces, cuando se disponían a enterrarla, se le ocurrió que le debía algo. ¿Y qué le envió? Unas orquídeas... ¿orquídeas vulgares? No, señor. Orquídeas negras. Las primeras orquídeas negras vistas jamás sobre un ataúd, en ninguna parte del Globo, desde el alba de la Humanidad. Deuda cancelada. Liquidada definitiva y satisfactoriamente. Archívese el recibo.
4. La número 3 va por mi cuenta.
5. Pero continúa siendo un misterio, y cuando él a veces me sorprende mirándolo en cierta forma, sabe perfectamente bien lo que estoy pensando.

A.G.

FIN